

PERE CERVANTES

NO NOS DEJAN SER NIÑOS

NO TODO ES IDÍLICO
EN MENORCA



Lectulandia

Ciudadela, Menorca. Cuando María Médem se reincorpora a su puesto de agente de la comisaría local tras una baja maternal, aparecen en la isla dos sexagenarias asesinadas. En el domicilio donde se descubren los cuerpos se dan tres coincidencias: un fuerte olor a algo parecido a la hierbabuena, una misma canción de Raphael reproduciéndose una y otra vez en el ordenador y un orden estricto en todas las estancias. El pasado de la protagonista como integrante del grupo de Homicidios de Barcelona es razón suficiente para que le encarguen una investigación que se presenta compleja.

Compatibilizar sus obligaciones de madre con su trabajo, a pesar de las ausencias intermitentes de su marido por exigencias laborales, incluso la turbadora presencia del enigmático Roberto Rial, responsable de la unidad de Homicidios de la central en Madrid, no son ni de lejos la principal preocupación de María. Su verdadero problema tiene nombre y apellido: Amparo García, su suegra.

Dormir varios días al mes con medio lecho vacío, trabajar en una comisaría repleta de tipos insensibles y tener un bebé del que ocuparse, pueden convertir la vida en un infierno. Pero tener que vérselas con una suegra insoportable que incluso podría ser una asesina de ancianas, es algo definitivamente peor.

Una novela negra actual y cercana que desconcierta al lector desde la primera página, obligándolo a modificar constantemente su opinión y empujándolo a continuar leyendo.

Lectulandia

Pere Cervantes

No nos dejan ser niños

ePub r1.0

Titivillus 05.01.15

Título original: *No nos dejan ser niños*
Pere Cervantes, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A mi «pequeño» PAU y a la «gran» ELENA,
responsable de su existencia*

*A mis padres, por todo lo que soy,
y a mis hermanas, por estar de manera incondicional*

Primera Parte

VENI

Lunes, 9 de septiembre

Septiembre pedía hora para su despedida y la isla no disimulaba su tristeza. La declaración de la nuera de la víctima llegó a su fin. Llevaba más de dos horas estrujándome los sesos y tenía la oficina de denuncias abarrotada. Por entonces yo era la policía encargada, como si de un médico de urgencias se tratase, de salir a esa sala de espera repleta de ciudadanos pateados y establecer una jerarquía de prioridades. Ese lunes fue sencillo: un asesinato siempre es lo primero. Y aunque debería haber sido alguien de la Judicial quien tomara esa declaración, Sánchez ordenó que fuese yo. La finada era la segunda sexagenaria que aparecía ahorcada en su casa en apenas una semana. Fue el forense de guardia quien certificó que ambas mujeres habían sido estranguladas y posteriormente colgadas por el cuello, escenificando de esa guisa unos suicidios que nunca tuvieron lugar. Y eso en Menorca constituía mucho más que una prioridad.

—Para terminar, ¿sabe si su suegra tenía enemigos? ¿Alguien que deseara su muerte?

La mujer tomó aire y aproveché la pausa para consultar mi móvil por quinta vez durante la última hora. Sin mensajes de Lola. Eso significaba que mi pequeño se encontraba bien y que en casa todo estaba bajo control. Por otra parte, no tener mensajes de Bruno corroboraba que algo estaba ocurriendo entre nosotros. La mujer lanzó una mirada renqueante a la ventana del despacho y se dejó arropar por la luz mortecina de la calle. Después se encogió de hombros y negó con la cabeza a modo de respuesta. Teclé la denominada diligencia de terminación y remisión, un formalismo burocrático con el que se cierra un atestado policial y se remite al juzgado. Una de esas herramientas procesales que sería muy práctica en las relaciones personales. Le facilité a la mujer varias copias de su declaración y consulté mi reloj con la esperanza de que mi relevo estuviera por llegar. Ansiaba quitarme el uniforme y llegar a casa para dejar que nuestros ojos se devoraran mutuamente. Y no me refiero a los de Bruno, sino a los de mi pequeño. Y aunque esa idea no me hacía sentir bien del todo, la acepté peligrosamente como un daño colateral a la pareja. El tiempo es capaz de transformar a una pareja de enamorados en cualquier cosa.

La mujer firmó, sumisa, todos los folios de su declaración, en la que daba detalles relevantes del estado en que se hallaba el piso cuando encontró el cadáver de su suegra. De su declaración destacué tres datos de vital importancia que coincidían con lo manifestado por el hijo de la otra mujer asesinada. En ambos domicilios los testigos percibieron a su llegada un fuerte olor a hierbabuena, todas las estancias estaban extraordinariamente ordenadas y en los ordenadores de las muertas sonaba

una y otra vez la misma canción de Raphael.

A pesar de su escualidez, la mujer se incorporó pesadamente. La carga del dolor, pensé. La acompañé a la salida ante la mirada inquisitiva del resto de denunciantes que exigían ser atendidos, y le dediqué una cálida sonrisa en aras de evitar que me estrechara la mano. Tener que ofrecer a diario mi mano a un sinfín de extraños es un gesto que aborrezco.

—No soportaba a mi suegra —confesó la mujer a destiempo, con voz quebrada—. Si le soy sincera, tampoco sé quién era. Nunca hice nada por conocerla. Y aquí me tiene, llorándola.

La mujer extrajo un clínex de su bolso para enjugarse delicadamente las lágrimas, encaró la puerta de salida y abandonó el edificio. Por un momento temí que sus palabras se convirtieran en una suerte de profecía en mi vida. Me quedé enredada con mis reflexiones en medio de la sala de espera, observada por todos los denunciantes. Alguien pronunció mi nombre. Era Zambrano, mi relevo. Un policía recién salido del horno tras su paso por la academia. Un atractivo asturiano encantado de que su primer destino fuese una isla cuyas lugareñas aún no lo conocían.

Regresamos al despacho con premura ignorando al resto de denunciantes.

—¿Alguna novedad en el frente? —me preguntó temeroso.

—Otra mujer muerta.

—¿Ahorcada?

—Estrangulada.

Zambrano tensó todos los músculos de su cara y entornó los ojos. Asentí y señalé con el mentón hacia el expediente que descansaba sobre la mesa.

—No te preocupes, Zambrano. El marrón de las declaraciones de los familiares me lo he comido yo.

—¿Han hallado los de la policía Científica alguna huella o señal de ADN para que piensen en un homicidio? —me preguntó tras colgar su sudadera en el perchero y exhibir un cuerpo embutido en el uniforme azul marino. Nuestras últimas promociones se alimentan de insípidas ensaladas de atún y arroz en fiambreras, de tentempiés de proteínas y de mensajes por WhatsApp que acrediten que sus cuerpos son deseados. Hace quince años nos alimentábamos de adrenalina en las calles, de imaginar que algún día viviríamos en una sociedad mejor y de una nota en la taquilla del vestuario en la que alguien te dejaba un número de teléfono con el que soñar.

—Tú ocúpate de la oficina de denuncias que ya tendrás tiempo para hacer de investigador —me salió la vena de compañera veterana—. Termina el parte de ocurrencias, que yo no he tenido tiempo, y cuidado con Sánchez, hoy muere.

Zambrano me fusiló con la mirada. Supe entonces que era el momento de largarme. Es lo que tiene tener treinta y nueve años y ser hija de policía.

—En la sala tienes gente cabreada —añadí—. Te espera una noche movidita.

—Después del uno va el dos, María.

Lola Luna era mi vecina, mi amiga y la persona que se ocupaba de Hugo cuando

yo trabajaba y Bruno deambulaba por Asia, circunstancia esta última que se producía dos semanas al mes. Esa había sido la imposición laboral que decidió su empresa en el nombre de la crisis. A unas nos recortaban el salario y las ilusiones, mientras que a otros los enviaban a hacer el viaje de Marco Polo sin derecho a dietas y sin posibilidad alguna de conciliar su vida laboral con la familiar.

Al adentrarme en mi hogar el perfume de Lola me dio la bienvenida. Ella siempre ha tenido una belleza serena, propia de algunas actrices de Hollywood a las que mi padre tanto veneraba. Es una mezcla entre Ingrid Bergman y Janet Leigh, una de esas rubias que a Hitchcock tanto le ponían. Cruzó un dedo sobre los labios para indicarme que Hugo estaba dormido. Me acerqué sigilosamente hasta la hamaca para bebés que teníamos en el comedor y le besé la mejilla, tomándome el tiempo necesario para que mi olfato pasara del sensual olor de mi amiga al de mi pequeño. Me separé apenas un metro y contemplé anonadada la angelical estampa de su carita adornada por una graciosa mueca de los labios. Me pregunté si esa dulce expresión permanecería allí cuando se convirtiera en un hombre y se acostara junto a una loba cualquiera. Quizás en mi interior ya se agazapaba una suegra en potencia. Anoté en el debe de mis retos personales no tener este tipo de pensamientos, evitar a toda costa convertirme en mi propia suegra.

Lola no dejaba de morderse el labio inferior: tenía ganas de hablar. Lancé una mirada a Hugo y no observé nada que me alarmara. Ella me conocía bien y se adelantó: sabía que mi siguiente paso habría sido explorar los brazos, piernas y torso de mi hijo en busca de alguna pequeña lesión causada por un accidente doméstico. Ese tipo de ideas habitaban en mi mente y no han dejado de reproducirse desde que fui madre.

—Hugo está bien —musitó Lola, volviendo la cabeza hacia el recibidor e indicándome que la siguiera con un gesto de la mano. Me planté ante ella y abrí los ojos a modo de pregunta—. He encontrado trabajo, María.

—¿En un país con seis millones de parados?

Lola dejó de morderse el labio y apoyó la lengua en la cara interna de la mejilla. Ese gesto también lo conocía, significaba «me estás cabreando».

—Lo siento. —Intenté corregir mi comentario con un abrazo. Lola me respondió con frialdad.

—Te lo tengo dicho, María, deja de pensar en voz alta.

Asentí cabizbaja y puse la cara que debe de poner un psicópata en su primera cita con la mujer a la que va a matar, o al menos esa es la cara que yo imaginé que pondría. Pero con Lola eso no funcionó.

—¿De qué es el trabajo? —dije, yendo al grano.

Lola tardó un par de segundos en responder. No tenía registrado el significado de sus silencios, pues las dos somos mujeres que atropellamos al hablar. Un silencio prolongado en nuestro caso es algo peligroso.

—No te rías, por favor.

Con solo pedírmelo ya me entraron ganas de hacerlo.

—Comercial de esquelas *on line*.

Exploté en carcajadas y Lola terminó secundándome. Algún laboratorio debería tratar de patentar el poder curativo de unas risas compartidas a modo de comprimido.

—Pues eso, que la muerte ha llegado a la web 2.0.

—Di más bien la industria de la muerte —maticé.

—Llámallo como quieras, pero pagan bien y tendré un horario flexible. Eso sí —alzó un dedo— nunca en turno de noche.

—Ni siquiera imaginaba que este trabajo existiera.

—Pues ya ves. Por eso quería hablarlo contigo, porque ya no podré seguir ocupándome de Hugo como hasta ahora. Es más, cuando mi madre no pueda te pediré que te quedes con Daniel.

—Faltaría más, Lola. Ya ves tú el trabajo que puede darme Daniel —dije, pensando que cuidar de un niño de diez años no había de ser muy difícil.

—No creas, estos dan guerra hasta los cuarenta. Por cierto, mañana por la mañana aún no empiezo, o sea que puedes dejarme a Hugo sin problemas.

Trataba de asimilar la información que acababa de recibir cuando de pronto capté un leve brillo en la mirada de mi amiga. La abracé de nuevo y en esa ocasión sí que percibí su calor, el cariño que nos dispensamos y un leve temblor en su respiración. Ese que aflora tras soltar un lastre pendiente.

Los ojos se me cerraban y estaba famélica.

—Intentaré avisarte con antelación para que te organices —propuso Lola.

No quería abusar de su bondad por miedo a que, como ocurre con todo, el tiempo también la transformara.

—No, Lola, ya has hecho demasiado. Bruno tiene una amiga que está en el paro y parece que es de fiar. Ya ha criado a dos niños.

Lola asintió, serena, abrió la puerta y desapareció en el rellano.

Hugo seguía en su séptimo cielo cuando acabé de dar buena cuenta de una tortilla de calabacín, una loncha de pavo y una rebanada de pan integral. Recuperar el cuerpo que había tenido exactamente un año y medio antes se había convertido en una obsesión. Me negaba a rebajarme y pedirle a la policía sílfide, encargada de la sección de vestuario, una talla más de pantalón del uniforme. La decisión de ir a trabajar en bicicleta formaba parte de ese plan.

En el telediario soltaban una retahíla de desgracias macroeconómicas y el decimoquinto caso de corrupción de nuestros gobernantes durante el último trimestre. Como colofón asignaron un número a la nueva víctima por violencia de género, pero ni una palabra sobre las dos mujeres asesinadas en Menorca. Sánchez y la prensa no se llevaban demasiado bien, así que era cuestión de horas que los dos casos se hicieran públicos tras haberse emitido el informe del forense. Intrigada por los acontecimientos, apagué el televisor y decidí repasar mis apuntes sobre perfiles criminales. De pronto sonó el timbre. Eché un vistazo a la mesa del comedor y el

sofá, tratando de encontrar qué se habría dejado Lola en esa ocasión. Ante el fracaso de mi anticipada búsqueda, abrí la puerta.

Me quedé de piedra al reconocer su cara difícil y su voz cascada. No terminé de comprender la presencia del resto de objetos que la acompañaban, en concreto dos maletas, una exagerada cantidad de laca que petrificaba un peinado de hacía tres décadas, y lo que parecía un maletín de ordenador portátil. Era Amparo Parra, de sesenta y dos años y natural de Mahón. Aquel lunes que ya estaba a punto de ser exterminado, esa inesperada visita desprendía un penetrante e inusitado olor a hierbabuena. Era mi suegra, y me odiaba. Rectifico. Nos odiábamos.

—Te estarás preguntando qué hago en tu casa a estas horas.

Obedecí el reciente consejo de Lola y me esforcé en no pensar en voz alta.

Mi suegra accedió a mi casa como de costumbre, sin pedir permiso y con aires de grandeza. Ancló las maletas en el recibidor y cerró la puerta tras de sí. Me concentré para no estallar e invoqué al temple de mi padre, por el bien de mi matrimonio.

—Uno de los motivos es que tu suegro, que en paz descanse, bueno, su espíritu o como se diga, no deja de visitarme en casa. No vayas a creer que le tengo miedo, lo que pasa es que ya me había hecho a la idea de estar sola.

Me pregunté qué clase de espíritu querría volver a visitar a semejante espécimen.

—Además, acabo de poner el piso en venta en internet, reina. Quiero viajar y no privarme de nada, así que vete olvidando de heredar. —Sentí que se me aceleraba el pulso—. De momento se lo he alquilado al chino de la tienda de mi barrio. Mientras tanto te haré el favor de tu vida, aunque ya sabes que en realidad lo hago por mis dos niños.

Una vez más, la bruja puso énfasis en «mis dos niños». Pese a todo, seguí milagrosamente callada.

—Bruno viaja mucho y sé que para ti tu profesión es lo primero, así que aquí me tienes para cuidar de mi nieto.

«¿¡Quién coño te has creído que eres!? —pensé sin mover un músculo—. Ya nos estás jodiendo bastante la vida para que ahora vengas a rematarla. ¿Sabes que eres el principal motivo de discusión entre mi marido y yo?» Eso es precisamente lo que debería haberle soltado antes de echarla de mi casa. Yo, «Miss Carácter», silencié lo que sentía y a día de hoy sigo temiendo que tanta represión pueda ser el origen de un cáncer en cualquier órgano de mi cuerpo. Una vez leí que la falta de coherencia entre lo que piensas y lo que haces puede ser una de las principales causas del desarrollo de una enfermedad incurable. Traté de calmar mi frustración y acallar a mi yo más hipocondríaco, convenciéndome de que ocultar mis debilidades al enemigo era lo mejor que podía hacer en ese momento.

—Ya sabes dónde está la cama, Amparo —logré articular de mala gana.

La bruja trató de configurar una de sus sonrisas, dignas de las malas de las películas, ese mohín que todo director de cine sueña con lograr de su actriz fetiche.

—Hugo está llorando, reina —dijo, satisfecha—. Necesita el cariño de su única

abuela.

Amparo cruzaba el pasillo que conecta el recibidor con el comedor cuando de repente la oí tarareando una canción de Raphael.

—Tienes el piso hecho un asco, mañana pondré orden —anunció con desprecio.

Ante aquella planificación de sus actos, el modo en que decidió desafiarme y la información que acababa de darme no pude más que estremecerme. Anoté en la libreta mental en la que asiento todos los asuntos pendientes que mi suegra olía inusitadamente a hierbabuena, que le había dado por canturrear canciones de Raphael y que mostraba una ignota obsesión por el orden.

Martes, 10 de septiembre, madrugada

La estancia revelaba provisionalidad. Al primer vistazo cualquier visitante esporádico concluiría que su ocupante no pretendía instalarse allí de manera prolongada. Además de una cama individual y una cómoda de madera carcomida había un escritorio de cristal soportado por un par de columnas corintias de yeso. Sobre el escritorio, cubierto de polvo, descansaban un ordenador portátil y unos cedés vírgenes. Dos maletas por abrir, ninguna fotografía y una reciente inquilina apaciguada y satisfecha configuraban la totalidad de aquellos escasos nueve metros cuadrados. Suficientes para servirle como fortaleza transitoria.

El cansancio pretendía apoderarse de su cuerpo enjuto, pero el recuerdo del placer experimentado podía con todo. Nunca pensó que matar sería tan gratificante, tan delicioso. Apoyada en la pared, fijó su pétrea mirada en la única ventana. Tras el cristal se ofrecía la estampa de un barrio dormido, ajeno a la mente enfermiza que cohabitaba con ellos desde hacía apenas unas horas. No tener apegos ni nadie que le importara la convertía en presa difícil. La mañana en que su padre la convirtió en su objeto sexual favorito, a sus escasos nueve años, ella descubrió que necesitaba matar tanto como su padre necesitaba el alcohol y los cuerpos en construcción. El tiempo le enseñó a fingir emociones en su justo momento y en su adecuada medida. Una suerte de salvoconducto para poder convivir con el resto de la humanidad. Bajó la persiana con parsimonia tratando de dar las buenas noches a una isla idílica que no imaginaba el inminente terror. Ella tenía el poder, ella decidía quién sería la siguiente y el tiempo que dedicaría a su muerte. Necesitaba perfeccionar su técnica, eliminar cualquier indicio que en un futuro pudiera terminar con aquella adicción a la que jamás renunciaría. La música, el enjuague bucal y el sobre de azúcar con el que decoró sus obras no eran retos a la policía, por cerca que la tuviera. No entendía a los asesinos que dejaban sus particulares migas de pan para poder ser atrapados. Su inteligencia estaba por encima de la del resto de mortales, se dijo una vez más, convencida. Se trataba de ser refinada, de recrearse en su obra para hacerla única y majestuosa. Digna de ser estudiada por criminólogos y psiquiatras forenses. Encendió el pequeño transistor que siempre la acompañaba. En ninguna emisora se hizo mención a sus obras. Los medios de comunicación trataban de silenciar la belleza de sus logros. Tal vez fuera una decisión policial, pensó. Su respiración se aceleró y se clavó con furia las uñas en la palma de las manos. Sentir dolor era vivir. Pronto hablarían sobre lo sucedido. Pronto tendrían un motivo más para hablar de ello. Apagó el transistor de un manotazo, se levantó de la silla y se acercó hasta el espejo que encaraba al escritorio. Los espejos no entienden de diplomacias, se dijo.

Aproximó el rostro a menos de un palmo y concentró la mirada hasta que ya no pudo reconocerse. Se apartó estremecida, como si hubiera recibido una descarga eléctrica, y se distanció de aquel objeto de consulta, cruel por sincero. Sonrió como solo lo hacen los vencedores y entonó la letra de una canción: «Si reímos felices nos achuchan, si lloramos rabiosos nos golpean, con azotes de azúcar y de espuma, pero azotes al fin que nos molestan... No nos dejan ser niños ni un momento, pues apenas nacemos nos recuerdan con el agua y la sal y el padrenuestro qué infierno fatal ya nos espera...» Besó dos de sus falanges y sopló para que aquel beso llegara a la imagen que el espejo reflejaba. Dejó que su cuerpo sondeará la ínfima calidad del colchón y acercó la palma de las manos a la nariz. Estaban heridas y olían a lejía y a jabón. Si tenía suficiente paciencia, también podría distinguir el aroma de la carne abandonada. El olor de la soledad de sus víctimas. Y es que la piel de un ser triste termina impregnándose del vinagre de la vida, concluyó. La mujer sonrió y permitió que en su duermevela se colara aquella canción de Raphael y el rostro exangüe de la que fue su última víctima.

Martes, 10 de septiembre, 6.45

Una agradable brisa se coló por los resquicios de la persiana de mi habitación. Encaré la ventana y postergué mi despertar, embelesada por aquella agradable sensación que siempre me ha aportado el final del verano. Levanté la cabeza por encima de la cuna de Hugo y lo cubrí con una sábana con un estampado de animales. Mi bebé yacía en posición fetal y me pregunté si el ser humano no tendrá impregnada en su memoria genética la melancolía. Desactivé la alarma del móvil y me dirigí a la cocina a preparar café, antes de que mi rutinaria ducha me pusiera a punto para afrontar la nueva situación.

Mi suegra ya ocupaba la mesa del comedor con su ordenador portátil. Me irritó que se me adelantara, al igual que me irrita que lean antes que yo la prensa que compro. Las páginas de un rotativo que ya ha sido leído tienen una textura distinta. Los momentos de aquel martes también iban a tener otra textura, intuí. Al verme, Amparo apuró la taza de café y levantó la mirada por encima de unas gafas de pasta que no ocultaban unas ojeras pronunciadas. «Es lo que tiene irse a vivir a casa de otros sin avisar», pensé con cierta satisfacción.

—Sí que madrugas —comentó con fastidio.

—Buenos días, Amparo —respondí energética y con mi mejor sonrisa en modo «hoy puede ser un gran día».

Lejos de ayudarme, se había preparado un café con la máquina exprés en lugar de usar la cafetera tradicional que yo había dejado preparada la noche anterior. Pensar en los demás era tarea imposible para ella. Imité su comportamiento y contuve todo tipo de ofrecimiento habitual por parte de una verdadera anfitriona. No había alcanzado el final del pasillo cuando oí su voz de cazalla, resultado de su adicción al tabaco y de los anisetes ingeridos clandestinamente.

—Hoy va a refrescar —me informó sin que se lo hubiera pedido, al tiempo que señalaba con un dedo la pantalla de su ordenador—, así que no me tengas a Hugo con camiseta de tirantes. «En la casa donde hay un viejo no faltará consejo.»

Amparo usaba el refranero español y las citas de personajes célebres como argumentos propios que le daban imperiosamente la razón. Una especie de prueba frente a la que no cabía ninguna explicación. Cansada de sus citas y refranes decidí no abrir boca, pero ella insistió.

—Antes de marcharte, no te olvides de explicarme dónde tienes todas las cosas de Hugo. El biberón, los pañales...

Recuerdo que fingí ignorarla. Me duché, irritada y con ganas de gritar. El repentino llanto de Hugo aceleró mi ritmo y me arreglé en un santiamén. Mi pequeño

estaba famélico, apenas me quedaba una hora para entrar a trabajar. Todavía despeinada y sin mi dosis de café me dejé caer en el sofá. Mientras mi retoño succionaba una de mis tetas, la otra era víctima de un sacaleches ruidoso que al menos anulaba cualquier posibilidad de que Amparo y yo mantuviéramos una conversación. La mitad de mi cuerpo alimentaba al ser humano que más quiero, mientras mi otra mitad era ordeñada por un utensilio nada sensual que me devoraba el pezón con el ansia de un presidiario. Aunque eso segundo formaba parte de mi extraña imaginación.

Cuando Hugo se hubo saciado y hube conseguido suficiente leche para que Lola dispusiera de ella durante toda la mañana, me limpié mis dos grifos naturales y vestí al niño como me dio la gana. Me tragué el café de un soplo cuando Amparo volvió a soltar una de las suyas sin levantar la vista de su ordenador.

—No creo que Hugo tenga suficiente con tu leche, reina. Hoy en día las mujeres no la tenéis de la misma calidad que nosotras. ¿Te has planteado darle un complemento?

«Mi leche al menos no contiene anís, pedazo de bruja menopáusica.» En lugar de emitir esta gran verdad, decidí continuar con mi sonrisa, un gesto del todo hostil ante quien únicamente pretendía guerrear. Fue algo más que un esfuerzo. Mi pulso se había disparado y, de haberme quedado allí más de dos segundos, mi suegra habría descubierto que me estaba ruborizando al tratar de contener mi ira.

—Que tengas un buen día, Amparo, voy a dejar a Hugo en buenas manos — puntualicé.

Cerré la puerta, cogí el ascensor para bajar al piso de Lola, le di los buenos días a la mujer que me ofrecía el espejo y solo entonces rompí a llorar.

Martes, 10 de septiembre. Shanghái, mediodía

El móvil de Bruno Parra interrumpió el tenue sonido del aire acondicionado. Con la boca pastosa y los párpados pesados trató de localizar la ubicación del artilugio. Un intenso dolor le pulverizaba las cervicales. Maldijo la botella de vino chileno que la bella Li eligió para comer. Dejó que el móvil continuara insistiendo al ritmo del *Gangnam Style* y sonrió con orgullo al contemplar el cuerpo desnudo que yacía junto a él en el futón. Recorrió sus piernas esbeltas, tersas y trabajadas, ese culo estrecho que acababa de sodomizar y una espalda que no disimulaba las horas de natación que acumulaba. A pesar de sus dolores Bruno Parra sintió una nueva erección, pero el dichoso móvil no se rendía. Fue Li quien, exhausta, moviendo solo un brazo, le entregó el aparato que reposaba a su lado. Bruno Parra vio en la pantalla la imagen de María sosteniendo en brazos al pequeño Hugo. Estaba demasiado afectado por el alcohol ingerido y no se veía capaz de mantener una conversación. Retiró de su vista la imagen de María y dejó que se cansara de insistir. Calculó que en Menorca serían las ocho de la mañana, que ella estaría llamándole desde el vestuario de la comisaría y que simplemente querría contarle lo bien que había dormido su pequeño. Sin embargo, la idea de que algo le hubiera ocurrido al bebé lo inquietó. Se incorporó sobresaltado y se dirigió pensativo a la ventana. Apartó el estor color canela y recibió la abrumadora estampa de la Oriental Pearl TV Tower, una torre emblemática cuya mejor panorámica se obtenía desde el barrio del Bund. En la calle, cientos de turistas occidentales se olvidaban de vivir el presente, obsesionados por tomar fotografías, en lugar de saborear su propia experiencia. Si fuera algo urgente me habría mandado un mensaje, quiso creer. Consultó de nuevo el móvil y al instante recibió un mensaje de texto.

Tu madre se ha instalado en casa. Esto es la guerra. Habla hoy mismo con ella y vuelve ya. Llámame.

Arqueó el labio superior tratando infructuosamente de esbozar una sonrisa. Tonterías de mujeres. Su pequeño estaba bien y María ya no se sentiría tan sola. Releyó el mensaje para verificar aquello que no le había gustado. Ni un beso, ni un te echo de menos, ni un te quiero. María estaba enfadada. Lanzó el móvil sobre un montículo de ropa que descansaba en el suelo y resolvió que Li le diera los besos que María le negaba.

Martes, 10 de septiembre, 13.00

Comprobé por décima vez que mi móvil no estuviera estropeado. Tal vez la ciudad de Shanghái había recibido un ataque nuclear y en Menorca todavía no nos habíamos enterado. Ante tal remota posibilidad decidí ocupar mi mente en otros pensamientos que no fueran Bruno ni la madre que lo parió. Eché otro vistazo a la sala de espera de los denunciantes y celebré que no hubiera presencia humana. Paseé por la segunda planta sosteniendo un fax por si a Sánchez le daba por preguntar qué hacía yo por allí. «Nunca vayas por la comisaría sin un papel en la mano», me enseñó mi padre, y yo me lo tatué en la memoria, como tantas otras cosas.

En la segunda planta se ubicaba el grupo de la policía Judicial y el de la Científica. Mi faz más chafardera necesitaba saber si se había hecho algún avance respecto a las dos mujeres asesinadas. Al fin y al cabo, tenía una posible sospechosa en mi propia casa. El despacho de la policía Judicial estaba abierto y oí el canturreo de la última mujer de la limpieza que había sido contratada desde que un cáncer demoledor se llevó por delante a la buena de Matilde. Se trataba de Consuelo, a quien yo le echaba unos cincuenta años. Era delgada, tenía la piel tersa y una mirada apagada, de esas a las que la vida se ha encargado de robar toda su chispa. Ataviada con su bata azul, la sorprendí ordenando las carpetas de una de las mesas. Llevaba los auriculares puestos y tardó un par de segundos en percibir mi presencia.

—¿Qué te trae por estas alturas? —indagó risueña, extrayéndose un auricular de una oreja.

—¿No hay ningún compañero, Consuelo?

La mujer no tuvo tiempo de responder.

—Están todos trabajando —me sorprendió por la espalda Sánchez—. Al menos eso es lo que me dicen.

Consuelo volvió a reubicarse los auriculares y continuó con su tarea. El tono de Sánchez anunciaba tormenta, y el hecho de que fuera perfectamente uniformado tampoco era un buen síntoma. Solo se vestía de ese modo para recibir a políticos, tratar con mandos policiales de la Jefatura de Palma de Mallorca o dar por saco a sus subordinados.

—Quería saber si este fax que hemos recibido es para la Judicial —me adelanté a la posible pregunta, alzando la mano que sostenía el papel.

Sánchez se quedó pensativo, como si una idea acabara de aterrizar en esa cabeza en la que no existía ninguna torre de control.

—¿Cómo andáis de trabajo por la oficina de denuncias?

«Cuando un superior que jamás se interesa por tu trabajo te pregunte, mucho ojo:

se trata de una pregunta trampa.» Otra lección de papá.

—Depende del día.

—No me seas gallega, cojones. La pregunta es sencilla, ¿tenéis o no tenéis trabajo?

—Hoy no mucho, pero ayer no paré —respondí con brusquedad, dada mi hipersensibilidad a los malos tonos.

El ajetreo de la escalera anunciaba que mis compañeros de la Judicial ya estaban de vuelta de donde fuera que hubiesen ido. Sánchez resopló, sacó pecho y dirigió su mirada al epicentro del murmullo. La inconfundible voz del oficial Garrido, un cordobés veterano conocido por ser uno de los secuaces de Sánchez, explicaba a alguien el funcionamiento de la Judicial. Ni siquiera oí las primeras palabras con las que Sánchez les dio la bienvenida. Apenas le vi, mi pulso se detuvo una vez más. Los años lo habían tratado con cariño, con demasiado cariño, pensé. Teniendo en cuenta que allí estaba yo, con cara de admiradora secreta, uniformada y prieta por culpa de los cinco kilos trescientos gramos de más. Él estrechó la mano a Sánchez, intercambiaron una mirada más propia de dos contrincantes que de dos compañeros que compartían idéntico rango jerárquico, y después cazó mi mirada para no soltarla.

—Garrido os dará todo lo que preciséis —informó Sánchez a desgana—. Mi despacho está en la tercera planta.

Los dos compañeros de Madrid asintieron ante aquel ofrecimiento tan poco sincero del dueño del cortijo. Sánchez, incómodo ante la seguridad que exhibía su análogo, abandonó la planta excusándose en una imaginaria y apretada agenda. Todos accedieron al interior del despacho de la Judicial, excepto él. Detuvo su paso a un escaso metro del lugar en el que yo permanecía petrificada. Siempre le había gustado jugar con las distancias. Una familiar bocanada de Esencia de Loewe me trasladó a otros momentos, otros lugares. Los primeros que recordé eran todos sexuales, animalmente sexuales. Los siguientes eran dolorosos. Demasiados llantos y un adiós que me costó años superar. Roberto Rial seguía allí, taciturno, con una mueca de granuja en sus labios y una pose de guapo que a sus cuarenta y cuatro años preservaba intacta, pese a algunas canas que entreveraban su pelo cortado a cepillo.

—¿Imaginaste que sería así? —me preguntó.

Para nada, pensé. Imaginé que sería en un aeropuerto, en alguna de las calles de Barcelona que nos unieron y que también nos separaron, o incluso en una cala de Menorca. Y yo estaría sola, bronceada y espectacular. Jamás imaginé que nuestro siguiente encuentro me pillaría uniformada y rechoncha.

—Nunca pensé que volvería a verte.

Mi mentira no varió un milímetro su expresión.

—¿Y ese corte de pelo? —preguntó Roberto con sarcasmo.

Cuando llegué a Menorca tenía una única obsesión: borrar mi pasado reciente. La imagen que a diario me regalaba el espejo no me ayudaba a conseguir mi objetivo. Un buen día decidí deshacerme de todo aquello que suponía un lastre. El último de

ellos fue mi larga melena azabache. «Con tu cara alargada y esos ojazos verdes, pelo corto y flequillo largo», me aconsejó Lola al poco de ser vecinas. Desde entonces esa ha sido mi elección.

—Nueva vida —respondí.

—¿Qué tal tu bebé? Y tú, ¿cómo estás?

Que Rial tuviera esa información significaba que había querido saber de mí y lo supo. Algo que yo no había hecho respecto a él, más como prevención emocional que por indiferencia autoimpuesta.

—Feliz. —Apenas hube pronunciado la palabra me di cuenta de que el tono no era sincero.

—Te lo mereces, María.

Tampoco él pareció sincero.

El joven que lo acompañaba asomó por la puerta de la Judicial. Sobrepasaba ligeramente el metro ochenta y cinco de Roberto, un rasgo del que siempre había presumido, y le calculé unos quince años menos. De complexión atlética y un atuendo más propio de un concursante de *Operación Triunfo* que de un policía, parecía haberse implantado los ojos de Roberto. Ambos ostentaban idéntica intensidad cromática y en ambas miradas parecía adivinarse el mismo océano enigmático.

—Disculpa, Roberto, pero necesitaría que vieras esto.

Roberto le indicó con un gesto de mano que se acercara a nosotros.

—Álvaro Aldea, ella es María Médem, compañera y vieja amiga.

—Encantado —respondió él, inquieto al ver que Roberto no tenía prisa alguna.

—Es su primer caso en Homicidios —me informó Roberto—. ¿Te suena?

Su comentario me arrancó una sonrisa teñida de nostalgia.

—Estás en buenas manos, Álvaro, doy fe de ello, aunque de eso ya hace mucho tiempo.

—Hay cosas que nunca se olvidan —afirmó Roberto. Me sentí confundida, sin saber muy bien a qué se refería—. He fichado a Álvaro de la Brigada de Investigación Tecnológica; ya sabes que a mí no se me dan muy bien los aparatitos.

—De eso también doy fe —añadí—. Supongo que vuestra visita se debe a los dos asesinatos.

—Si hubieras estado tú en la Judicial tal vez no habríamos tenido que venir —dijo Roberto con aire molesto, mirando de soslayo hacia el despacho de Garrido.

—Donde hay patrón, ya sabes —respondí—. La baja maternal no sienta bien en esta empresa, así que decidieron reubicarme en la oficina de denuncias. No me quejo.

—Yo sí. —Roberto volvió a confundirme.

—¿Tenéis alguna sospechosa? —pregunté.

—¿Has descartado que sea un hombre por descuido, o tienes información que yo no tengo?

—Intuición —respondí.

—A veces la intuición nos lleva a errar.

—De errores tal vez entiendas tú más que yo.

Álvaro pareció incómodo por mi último comentario. Una policía sin rango alguno estaba tuteando y metiéndose con todo un inspector jefe del Grupo de Homicidios de la Central.

—Con tu permiso, Roberto, te espero en el despacho —se despidió Álvaro, dedicándome un retraído saludo con un movimiento del mentón.

—Supongo que ya nos veremos —vaticinó Roberto.

—Eso mismo dijiste hace unos años.

—Y no me equivoqué.

Suspiramos los dos a la vez y ello nos provocó algo parecido a una sonrisa. Roberto negó con la cabeza para sí mismo y se dirigió al despacho donde le esperaban. Hacía exactamente cinco años, dos meses y tres días, fue él quien se había quedado clavado en el interior de un taxi barcelonés, viendo cómo le daba la espalda a la plaza Cataluña y a nuestra historia. Aquel martes de texturas distintas me pregunté irritada por qué demonios sabía exactamente el tiempo que había transcurrido desde entonces.

Consuelo pasó por mi lado arrastrando el carro repleto de productos de limpieza. Pese a llevar los auriculares puestos me miró con expresión socarrona.

—Huy, huy, huy... —dejó caer.

—¿Cuánto has oído?

—Hace un buen rato que se ha terminado mi canción —respondió guiñándome un ojo—. ¿Quién es?

Me apetecía decirle que Roberto Rial fue el motivo por el que reinicié mi vida. También podría haberle dicho que fue mi mentor en el Grupo de Homicidios de Barcelona y que compartimos días de vino, rosas y demasiadas espinas.

—Roberto Rial, inspector jefe de Homicidios en la Central, un enfermo del trabajo. Sencillamente el mejor.

Mi respuesta estrictamente profesional decepcionó a Consuelo.

A mediodía las vacías calles de Ciudadela advertían que al verano le quedaba su último estertor. En mi bolso el móvil emitió una campanada. Un mensaje desde Shanghái. Por lo visto los efectos del ataque nuclear habían remitido y una bacteria, vulgarmente conocida como Bruno Parra, se dignaba dar señales de vida.

Con los chinos no llegamos a un acuerdo. Sé paciente con mi madre, se está haciendo mayor y está sola. Os quiero mucho.

Devolví el móvil a su sitio, intrigada por el plural que mi marido utilizaba. No sabía muy bien si incluía a toda la humanidad, a su madre o tal vez a mi pequeño y a

una servidora. Roberto Rial acababa de irrumpir en mi vida y ya estaba despotricando de Bruno. Todas tenemos nuestra cuenta corriente de amor. Si de esa cuenta realizamos un reintegro para ingresarlo en otra, es evidente que la cantidad originaria se verá menguada. Podemos hacer equilibrios, aprender a dosificar el amor que entregamos, pero desde el momento en el que lo distribuimos, alguien saldrá perjudicado. Me daba miedo pensar que a veces nadie sale beneficiado.

Recogí a mi pequeño sintiéndome culpable. Lola me había comunicado su nueva situación laboral y a pesar de todo la había dejado al cuidado de Hugo. Le prometí que dedicaría la tarde a buscar a alguien que se ocupara de él. Lola insistió en que Amparo podría ayudarme, pero mi prolongado silencio le dio más información de lo que yo pretendía. Me insistió en que su trabajo tenía un horario flexible, que entre las dos nos apañaríamos. La besé y regresé a mi casa con mi hijo en brazos y un nudo en el estómago.

El hastío que sentía por compartir mi espacio con aquella mujer me tenía desgana y con síntomas de ansiedad. La mejor dieta que a una le pueden imponer para recuperar su figura es convivir con su suegra. Accedí al que hasta ese día había sido mi hogar, convertido ya en una morada ajena. No me molestó que el piso estuviera ordenado e inmaculadamente limpio. Lo que me irritó fue la nueva ubicación del sofá y de los muebles, y que las fotografías en las que yo aparecía estuvieran dispuestas, por no decir escondidas, detrás de otras que jamás habían decorado aquella estancia. En ellas Amparo y Bruno mostraban sus mejores sonrisas en tiempos muy lejanos. Sentí que me faltaban las fuerzas y decidí soltar a Hugo sobre la hamaca de aquel comedor que me resultaba extraño. Continué observando atónita la transformación de mi hogar. Los quemadores de aceites aromáticos, las figuras del Buda que tenía esparcidas por todo el piso y las velas que solía comprar compulsivamente habían desaparecido. En su lugar descubrí ceniceros cutres adquiridos en un todo a cien y paquetes de Marlboro ubicados estratégicamente por toda la casa. Mi hogar se había transformado en un lugar sin alma que olía ligeramente a tabaco, a lejía y a hierbabuena. Una cosa era evidente: a mi suegra le repugnaba cualquier objeto que pudiera relacionarse conmigo.

A mi espalda se abrió la puerta de la terraza que daba al intenso azul de Sa Caleta. Me volví con brusquedad y vi a Amparo ahogando un pitillo en un vaso con agua.

—Ya has llegado —irrumpió con su voz de cazalla, deslizándose su escuálida silueta con lentitud. Amparo se esforzaba en disimular un cansancio muscular, patente sobre todo en el momento de agacharse para besar a Hugo—. ¿Cómo está el rey de la casa?

Me armé de valor y ponderé la situación. Usar un tono bajo y hablar con lentitud solía darme buenos resultados con ciertos delincuentes.

—Amparo, voy a tumbarme un rato con mi hijo. Me levantaré, me prepararé un sándwich y saldré a pasear por Ciudadela. —Mi suegra me miraba expectante—. Cuando regrese quiero ver de nuevo mis budas, mis velas y mis fotografías

familiares. Simplemente quiero que todo vuelva a estar donde estaba. Todo. Y no te olvides de que en mi casa no se fuma.

—¿Me estás amenazando? —Amparo se dejó caer teatralmente sobre el sofá, se cubrió el rostro con las manos y sollozó—. Mi nuera me está amenazando. Me dejó la piel en poner orden en su caos y ella me amenaza —prosiguió, insistiendo en hablar como si yo no estuviera ante un público inexistente.

Amparo empezó a hiperventilar y se lanzó literalmente del sofá al suelo fingiendo un ridículo ataque epiléptico, uno de esos numeritos suyos en los que en alguna ocasión anterior yo ya había ejercido de espectadora. Pero aquel día Bruno no estaba, así que yo no tenía por qué seguirle el juego. Ignoré la escena confiando en mi intuición, cogí de nuevo a Hugo y me encaminé hacia el cuarto con total indiferencia. Las dos rivales estábamos mostrando nuestras armas. Al cabo de cinco minutos oí que la puerta de la calle se cerraba con estrépito. Mi pobre suegra, víctima de diversas enfermedades y achaques que solo existían en su imaginación, había decidido dar una vuelta por el barrio. En alguna página de mis apuntes de criminología tenía anotado que el psicópata es, ante todo y por encima de todo, un mentiroso manipulador.

Miércoles, 11 de septiembre

Pedalear por las angostas calles de Ciudadela a esas horas en que todo olía a mar y a ensaimada recién hecha resultaba todo un bálsamo. Una brisa liviana me permitió captar la fragancia de la colonia infantil que todavía atesoraba mi piel. La misma con la que había impregnado a Hugo poco antes de dejarlo al cuidado de Lola.

Llegué a comisaría, saludé con el mentón al compañero de la puerta y traté de candar la bicicleta en una farola próxima. Ni siquiera pude llegar al vestuario. La voz de Sánchez se difundió autoritaria desde la ventana de su despacho.

—Sube, María. Ahora.

En los años que llevaba destinada en la isla, no recordaba ninguna ocasión en que Sánchez me hubiera reclamado en su despacho. Para comunicarse conmigo solía usar mandos intermedios o fingía un encuentro casual en cualquiera de los pasillos. Subí apresurada hasta la tercera planta usando las escaleras con la intención de hacer glúteos. Me tomó casi un minuto recuperar el aliento. Advertí de mi presencia golpeando la puerta con los nudillos, pero esta venció con facilidad.

—Siéntate —me ordenó él, circunspecto.

La mesa de Sánchez mostraba un amplio surtido de documentos oficiales desparramados, un montículo de prensa cuyas noticias ya eran prehistoria, y un libro sobre liderazgo que acumulaba polvo y algún que otro trienio. Sánchez tenía una estatura próxima al mínimo de lo oficialmente exigido para entrar en el Cuerpo y los hombros caídos, y todos calculábamos que debía de afeitarse al menos dos veces al día, ya que en su rostro no asomaba ni una sombra de vello. Su apariencia de padre salesiano de tez macilenta y con un corte de pelo con raya al lado, así como las camisas monocromáticas y almidonadas que solía llevar, no casaban demasiado con aquel galimatías que exhibía su mesa, impropio de un hombre con tan impoluto aspecto.

—No tengo mucho tiempo —advirtió—, así que escucha bien lo que te voy a decir. Los dos fiambres han puesto de los nervios a los de Madrid. —Decidí no interrumpir, conocía cómo se las gastaba—. Parece ser que en esta comisaría miramos demasiado *CSI* y leemos poco las instrucciones de la Dirección General sobre cómo realizar las inspecciones oculares en caso de muertes violentas.

No pude evitar echar un suspiro, pero continué callada con resignación. Sánchez estaba al corriente de mi pasado en el Grupo de Homicidios de Barcelona. Agotada mi baja maternal, solicité continuar en la Judicial y que me eximieran de trabajar de noche, ofreciéndome a compensar las horas que fueran necesarias. La respuesta de aquel gurú del liderazgo y de la motivación fue: «Mañana empiezas en la oficina de

denuncias.» Con aquella decisión extinguió mis años de experiencia en el Grupo de Homicidios, los fondos que la Administración había invertido en mi formación, y una diminuta llama con la que pretendía avivar el fuego de mi pasión por el trabajo.

—Le he pedido a Garrido que me informe por escrito de quién fue el genio que cubrió las manos de la segunda víctima con bolsas de plástico. ¿Acaso en la academia no os informan de que las muestras de ADN nunca se depositan o se cubren con plástico? ¿Para qué coño está el papel y el cartón? —Por un momento alzó la voz, captó mi mueca y rectificó—. Pues bien, al iluminado del forense no se le ocurre otra cosa que llamar a sus compañeros de Palma e informarles de que esa mujer luchó con todas sus fuerzas para no ser estrangulada y que sus uñas contenían minúsculas muestras de piel del asesino. Pero en lo que más insistió el capullo fue en dejar bien claro que alguien de nuestra policía Científica depósito las muestras en bolsas de plástico y de este modo eliminó cualquier posibilidad de extraer su ADN. ¿Me sigues?

—Imposible perderse, jefe.

No lo dije con segundas, pero por su semblante demudado no pareció que lo interpretara así.

—La cuestión es que desde el Instituto de Medicina Legal de Palma llamaron a Madrid y de Madrid a este que tienes delante —afirmó, dándose unos golpes sobre el pecho—. Me han tachado de inútil. A mí, que llevo treinta años en esta profesión.

Me vino a la cabeza algo que mi padre siempre decía respecto a los que presumen de lo que él denominaba la «veteranía petrificada». «Es veterano en nada quien solo espera el paso del tiempo.»

—Y eso no es todo —prosiguió, apuntando con un dedo hacia el techo en un gesto propio de cualquier dictador—: te hablo de la chapuza cometida en la segunda muerte, porque en la primera ni siquiera nos enteramos de que estábamos ante un homicidio. Fue el forense quien detectó en la autopsia no sé qué historias de livideces en el cuerpo de la difunta que indicaban que el ahorcamiento no fue la causa de su muerte.

«“No sé qué historias de livideces...” Bravo, Sánchez, continúa exhibiendo tus conocimientos sobre investigación de delitos graves.»

—En definitiva, que me están dando por donde ya sabes. Como también sabes, los de la Central aterrizaron ayer en mi comisaría. Y aquí es donde entras tú, aunque supongo que ya te imaginarás el motivo de mi llamada.

Negué lentamente con la cabeza. Sánchez apoyó las manos sobre las montañas de papeles y acercó su rostro al mío.

—Roberto Rial me dijo que fue tu jefe en Barcelona y que quiere que seas tú quien los apoye mientras dure la investigación. Únicamente tú, insistió.

Durante unos segundos me olvidé de parpadear. Apreté los dientes y me ordené no revelar emoción alguna. El discurso estaba llegando a su desenlace final y en breve podría abandonar el despacho de aquel mediocre funcionario estatal.

—Resta decir que en mi casa no me manda nadie, sin embargo con Rial haré una excepción. El año que viene me presento para comisario y no quiero movidas con los de la Central. —Sánchez se incorporó y se dirigió a la puerta, invitándome de manera apresurada a salir—. Desde este mismo momento estás rebajada de tu habitual servicio y pasas a depender directamente del inspector jefe Roberto Rial. Él tiene los informes de la Científica y todo lo tramitado hasta la fecha. Hoy no lo busques por aquí, está reunido con el forense que realizó las autopsias. Ya sabes: aporta todo lo que puedas a la investigación, sálvame el culo y así también te lo salvarás tú. Pero, ante todo, mantenme informado a diario. Ah, se me olvidaba. —Sánchez regresó al batiburrillo de su mesa y se desesperó tratando de localizar algo—. Aquí está.

Me entregó un sobre oficial sellado.

—Es para Rial, dentro hay dos sobres de azúcar aportados por los familiares de las víctimas y el forense. —Mi gesto de sorpresa no le pasó inadvertido—. Sí, María, sí, tus compañeros tampoco repararon en ello, a pesar de que el asesino los dejó a escasos centímetros de las víctimas. Como ves, un completo desastre que tenemos que enmendar. Así que ponte las pilas y al tajo; te esperan días duros y aquí estáis todos muy mal acostumbrados.

Sánchez solía hablar como si alguna vez hubiera estado destinado en Vietnam, cuando en realidad nunca había pisado otra comisaría que no fuera la de la tranquila Ciudadela.

—¿Ordena alguna cosa más, jefe?

Le encantaban las formas que exige un cuerpo jerárquico como el nuestro. Todo lo contrario que Roberto, quien admiraba a los suecos por el hecho de que en su idioma no existían fórmulas de tratamiento.

—Nada, nada...

Sánchez cerró la puerta y se refugió en las únicas cuatro paredes en las que no se sentía un ser insignificante.

Desde bien pequeña me sentí fascinada por el misterio de las mentes más enfermas. Cosía a preguntas a mi padre para saber los motivos que llevaban a una persona a cometer las atrocidades que él investigaba, y pese a su inicial negativa, a base de besos y arrumacos siempre conseguía sonsacarle alguna anécdota. Alcanzada la mayoría de edad encaminé mi vida a ese fin. Aprobé las oposiciones para policía nacional y me saqué la diplomatura en Criminología. Mi extensa y particular documentación sobre asesinos, mi experiencia en elaborar perfiles criminales y el título universitario fueron argumentos convincentes, después de haber patrullado por Barcelona durante cuatro años, para persuadir a Roberto Rial acerca de mis aptitudes. Su aparente frialdad perduró durante mi primer año en Homicidios. Meses después, cuando nuestras miradas se dieron mutuo cobijo y nuestras bocas resolvieron explorarse, Roberto me confesó que tenía una obligación moral con mi padre, un compañero al que veneraba y echaba de menos desde el día de su muerte. Esa obligación no era otra que dejar que me asomara al infierno para después facilitarme

la puerta de salida y con ello salvarme. Al principio no logré comprender a qué se refería y me incomodaba su proteccionismo. Decir que me dejé la piel sería simplemente una frase hecha. A día de hoy sigo creyendo que durante aquella época me dejé el alma y que jamás podré recomponerla del todo. Sin embargo, tal y como me había avisado Roberto, una cosa era convertirse en un teórico del crimen, de los asesinatos más escabrosos, y otra muy distinta comprar un billete de ida a ese infierno. Un viaje en el que el monstruo termina esperándote porque solo hay un objetivo: hacer que nuestros destinos se crucen. Roberto Rial siempre dijo que investigar homicidios es hacer una inmersión en el Averno. Y todo indicaba que en este viaje me quería de compañera. Sánchez acababa de ordenarme que visitara de nuevo los infames rincones de una mente enferma que ya había asesinado a dos mujeres en la isla. Nada mencionó acerca de los motivos por los que mi respiración se aceleraba, ni de la presión en el pecho que sentía por los acontecimientos que estaban a punto de suceder.

Confusa por mis propios recuerdos, reparé en que no había bajado ni un solo escalón y mi mano todavía sujetaba un sobre con pruebas. El móvil emitió el sonido de una llamada de teléfono de los años ochenta, una aceptable imitación del ring-ring de mi infancia. El mismo sonido que en incontables ocasiones había levantado a mi padre de la cama mientras mi madre articulaba una expresión incomprensible a modo de lamento. Los recuerdos insistían en enmarañarme las emociones cuando decidí echar un vistazo a la pantalla: Bruno.

—Hola —logré articular.

—¿Te pillo en mal momento?

«Por supuesto, Bruno, ni te lo imaginas.»

—No, no... Ya sabes, algunas movidas por comisaría.

—¿Cómo está mi nene? —La voz de Bruno era enérgica, alegre. Supuse que así debía de ser la voz de alguien que se alegra de hablar con otra persona.

—Guapísimo. —Mi respuesta cortante, seca y precisa tenía un mensaje: «no te desvíes del tema».

—Estás enfadada. Todavía te dura el enfado por no haber podido coger el teléfono ayer.

—Si solo fuera eso...

Durante unos segundos Bruno se hizo el loco, o tal vez es que realmente le traían sin cuidado mis sentimientos.

—¿Estás ahí? —pregunté.

—Sí. —La voz de Bruno se vino abajo y decidió imitar el tono de la mía—. Vamos a ver, María...

—No empieces así, Bruno, sabes de sobras que no lo soporto —lo interrumpí, alzando la voz como hacía unos instantes había hecho Sánchez conmigo. Descendí las escaleras, camino de los vestuarios—. No seas condescendiente.

—Será mejor que te llame en otro momento.

—De eso nada, contigo nunca se sabe cuándo será la próxima vez. —Oí que resoplaba y eso me animó a lanzarme—. Llama inmediatamente a tu madre y explícale del modo que te dé la gana que nuestra casa no es su casa.

—Sabes que no puedo decirle eso.

—Bruno... —empecé, a punto de decir: «Yo solo quiero vivir contigo»—. No quiero vivir con ella.

Escuchamos nuestras respiraciones.

—Además, está muy cambiada —dije sin pensar.

—¿Qué quieres decir?

«Que tu madre es una víbora, que me ha declarado la guerra abiertamente y que creo que es una psicópata asesina a la que le da morbo irse a vivir con una policía experta en homicidios.»

—Que la noto más hostil que nunca. —Alcancé el vestuario y me dejé caer sobre un banco de madera, frente a mi taquilla.

—Nunca os habéis llevado bien, eso no es nuevo. Solo te pido que tengas paciencia, en seis días regreso.

Debería estar prohibido aconsejar paciencia en determinadas situaciones.

—Llámala ahora mismo y dile que haga las maletas.

En mis palabras afloró el rencor por todos los momentos en los que me había sentido sola en los meses que siguieron al parto. Atónito ante mi reacción, acostumbrado a una María dócil, asertiva e incluso entusiasta, Bruno parecía perdido.

—No es solo mi madre, ¿verdad?

Su voz turbada me descolocó. Estaba en lo cierto: no era únicamente su madre.

—Llámala —logré articular sollozando, y colgué.

Me incorporé, fui hasta el baño e intenté refrescarme la cara. El agua, al igual que mis sentimientos, estaba más tibia que fría. Mi móvil vibró una sola vez sobre la pica. Leí el mensaje de Bruno. «Te quiero, no lo olvides.» Levanté la cabeza de la diminuta pantalla y encaré el espejo. Me dolió lo que vi. Reconocí sin titubeos a la mujer que tenía enfrente. Era la misma que antaño perseguía monstruos, que no se dejaba amedrentar por nada y que se estremecía cuando Roberto Rial estaba a menos de un metro de distancia. Cerré los párpados con fuerza en un intento de que esa mujer ya no estuviera allí cuando volviera a abrir los ojos. Necesitaba ver a la esposa atenta, a la madre dedicada. Volví a dirigir la mirada al espejo y supe que ya era tarde. A día de hoy sigo sin saber si fue el destino, la presencia de Roberto o sencillamente una imposición de mi genética. Algo o alguien había pulsado el botón que me conectaba con mi yo más profundo. Y a pesar de todo, no me sentía mal.

Cuando Lola me franqueó la entrada, yo ya me había recompuesto. A ella le sorprendió que llegara con tanta antelación, a mí me sorprendió la vestimenta que había convertido a Ingrid Bergman en toda una tigresa. Pareció que mi visita la importunaba.

—Escote, falda corta y esquelas —dije repasándola de arriba a bajo—. ¿Quieres

resucitar a algún muerto?

Lola no siguió mi tono jocoso.

En otros tiempos nada lejanos nos habríamos preparado una *pomada*^[1] y puesto al día de todo. Al instante me di cuenta de que Lola Luna estaba atravesando lo que ella solía denominar «fase lunática», aludiendo a esa cara oculta a que la condenaba su apellido. En ese período, a veces injustificado, dejaba de ser la amiga de siempre para transformarse exclusivamente en la vecina que cuidaba de mi hijo. Recogí a Hugo y me planté frente a Lola con una mueca del tipo «¿me vas a decir qué te pasa?». Ella ignoró mi mensaje no verbal y me despidió con un beso en la mejilla. Aquel día todos parecían tener prisa por perderme de vista.

El piso apestaba a tabaco. Amparo se incorporó del sofá y besó a Hugo con ternura. Descubrí que todo volvía a estar como siempre: las figuras del Buda, las velas, las fotografías y la ubicación del sofá. Al ver que mi suegra me había obedecido, me pregunté si Bruno habría tenido algo que ver.

—Gracias, Amparo.

Ella se volvió con aire de dignidad, encarando el pasillo sin contestar. Continué con Hugo en mis brazos y decidí seguirla. En ese momento me dejé llevar por la idea de ver sus maletas hechas. Cuando llegamos a la altura de su habitación me quedé atónita. Amparo extrajo de su bolsillo una llave diminuta y abrió el candado que había instalado en el marco de la puerta.

—Disculpa —dijo impertérrita, incitándome a que siguiera mi camino.

Mis sueños de regresar a la normalidad se desvanecieron por completo. Sujeté a mi pequeño con un solo brazo y extraje el móvil del bolsillo. Busqué el nombre de Eva.

Amparo se detuvo y me miró fijamente.

—Hola, Eva, soy María, la mujer de Bruno —dije, logrando apenas esbozar una sonrisa—. Me preguntaba si todavía estabas interesada en cuidar durante algunas horas a Hugo. Sí, con Bruno fuera tanto tiempo no es fácil. —Ella estaba más que interesada; el paro no daba más de sí y cualquier ayuda era bienvenida—. Muy bien, genial. Mañana a las siete y media en casa, ya te lo explicaré todo. Gracias, guapa.

Colgué.

A mi suegra le temblaba ligeramente la barbilla. Terminó de abrir su pequeña fortaleza y cerró de un portazo. Oí que en el interior del cuarto se cerraba otro candado y de pronto reparé en la situación. Amparo había fortificado la habitación para convertirla en su santuario. Fue pronunciar aquella última palabra y sentir una acusada sequedad en mi garganta. Es propio de una psicópata crear su propio santuario, pensé. Aquel espacio sagrado en el que se forja todo su mal. El espeluznante recuerdo de todos los templos caseros que había investigado antaño logró desestabilizarme. El estómago se me contrajo cuando oí la canción que Amparo

acababa de poner en el interior de su atalaya: «El que no sabe de amores, llorona, no sabe lo que es martirio; el que no sabe de amores, llorona, no sabe lo que es martirio...»

Una melodía de Raphael sonaba en mi hogar, al igual que lo había hecho en las casas de las dos mujeres asesinadas.

Jueves, 12 de septiembre, 08.00

A pesar de haber madrugado veinte minutos más de lo habitual, de tomarme el café de un trago y de apresurarme en dar las instrucciones a Eva respecto a mi pequeño, no lo pude evitar. De nada me sirvió pedalear por Ciudadela sin el menor respeto por mi vida. Llegué a comisaría diez minutos tarde, sin aliento, con el pelo todavía húmedo y empapada en sudor. El mensaje que me envió Roberto el día anterior no ofrecía lugar a dudas. Cuando él proponía una hora, llegar antes era desafiarlo, y hacerlo después significaba faltarle gravemente al respeto. Conocía su código interno con precisión, pero eso en lugar de atenuar mi falta más bien la agravaba. Pregunté al policía de la puerta dónde estaban los de Madrid y me remitió a la sala de *breafing*. Accedí a ese habitáculo desalmado y sin ventanas, pintado de un estricto blanco y equipado únicamente por doce sillas, una pantalla deslizable y un proyector. Bajo el mismo, en una amplia mesa, Roberto ya había dispuesto toda la documentación en un orden estricto. Un ordenador portátil estaba conectado a ese proyector que probablemente se utilizaba por primera vez. Para nuestro segundo encuentro desde nuestra separación, Roberto había elegido unos vaqueros, zapatillas deportivas y una camisa blanca. Posiblemente ni siquiera había invertido una neurona en decidir cómo vestirse. Coincidíamos en los vaqueros y en las zapatillas. Sin embargo, yo había optado por una camiseta informal y escotada. Preferí no preguntarme qué razones tenía mi subconsciente para haber decidido esa prenda.

—Buenos días y perdón por el retraso, no he podido...

—Deja de disculparte y no nos robes más tiempo —me cortó Roberto—. ¿Podemos empezar ya?

—Buenos días —me saludó Álvaro, sentado frente a nuestro jefe.

Asentí aliviada y me acomodé junto al menos gruñón de los dos. En otros tiempos yo habría insistido en exponer mis argumentos y Roberto me habría dado un repaso. Todo indicaba que el transcurso del tiempo nos había domesticado.

—Tenemos dos mujeres asesinadas. —Roberto arrancó su exposición de los hechos de pie, pulsando el mando del proyector que sujetaba en una mano. Las instantáneas de la primera víctima nos sumergieron en ese mundo de monstruos que pedía a gritos nuestra implicación—. Pero voy a empezar por la segunda víctima, porque al menos en su caso sí que se hizo una inspección ocular del lugar. Se trata de Marina Marín, de sesenta y dos años, viuda desde hacía apenas diez meses. Así es como la encontró su único hijo al acercarse por sorpresa a su domicilio para invitarla a cenar el pasado 1 de septiembre.

La instantánea mostraba a Marina apoyando una rodilla sobre una silla de madera,

mientras que el otro pie, descalzo, parecía haberse resbalado y apenas rozaba el suelo. Su pecho descansaba sobre una puerta abierta hacia el interior de la estancia y sus brazos, abatidos, mostraban las manos entreabiertas, solícitas. Tenía el pelo corto, despeinado y necesitado de tinte rubio. Vestía un chándal violeta y solo llevaba una pantufla. La otra se había desentendido de su par y estaba volcada, como si no quisiera aparecer en el reportaje fotográfico. Pensé en la extraña relación que se da entre el calzado y los pies de un cuerpo inerte. Marina presentaba el mentón alzado y alrededor de su cuello una soga tiraba de ella desde la cúspide de un armario de grandes dimensiones. Una toalla de mano de color beige le cubría parcialmente el rostro. La siguiente instantánea sin la toalla permitía ver la mirada de Marina. Conservaba un verde intenso propio de algunos mares caribeños, pero no ocultaba el miedo ni la incompreensión de que todo acabara así.

—¿Qué es lo primero que ves, María? —Roberto ya había empezado. No había vuelta atrás.

—Una mujer ahorcada de manera incompleta, a tenor de la suspensión del cuerpo, ya que tiene apoyada una pierna en la silla. —Me fijé en la zona del cuello—. La colocación del nudo de la soga es atípica: no se encuentra en la zona de la nuca, sino en un lateral.

—Ahorcamiento incompleto y nudo atípico —recapituló Roberto—. ¿Qué más, Álvaro?

—¿Podrías ofrecernos algún primer plano? —pidió su pupilo.

Roberto le dio al puntero.

—¿Qué hay del surco, Álvaro? —preguntó Roberto, mientras con un dedo acariciaba en la pantalla la herida que la víctima ofrecía a lo ancho de la garganta.

—Parece que el surco es blando, le ha causado una herida muy superficial —afirmó con seguridad.

—No presenta el rostro azulado propio de los ahorcados con nudo lateral —aporté—. Tiene el rostro blanco.

—Cierto. ¿Qué te parecen esos pequeños hematomas en el cuello, por encima del surco?

—Estigmas ungulares —dije, sorprendiéndome a mí misma por la rapidez de mi respuesta.

Álvaro me miró como si hablara en un idioma extraterrestre.

—Alguien ha ejercido presión sobre ese cuello —aclaró Roberto—, y esa presión con dedos y uñas cuando la víctima pierde la vida produce manchas oscuras o moradas. Mira esta instantánea, María.

Roberto volvió a pulsar el mando.

La fotografía mostraba la espalda de Marina, cubierta de livideces.

—Hasta la fecha la fuerza de la gravedad hace que todo vaya de arriba abajo. Un ahorcado no puede presentar livideces cadavéricas en la espalda y apenas mostrarlas en la mitad inferior del cuerpo. Conclusión: Marina Marín no se suicidó. La

asesinaron estrangulándola para después crear toda esta farsa.

Roberto se acercó hasta la mesa y extrajo un documento de una carpeta en cuya portada aparecía el escudo del Cuerpo Nacional de Policía y rezaba «UDEV CENTRAL – OPERACIÓN FAITH».

—Durante nuestra visita al forense este nos confirmó que Marina Marín presentaba fractura del cartílago tiroideos y que había fallecido por asfixia. Si os fijáis —Roberto regresó a la pantalla— los estigmas ungulares que mencionaste son perfectamente visibles, no muy grandes. Como sabéis no podemos extraer una huella dactilar de un estigma unguar, sin embargo me atrevería a decir...

—Que fue una mujer —interrumpió Álvaro en voz alta sin percatarse de ello.

Roberto y yo nos miramos con asombro.

Solo yo le dediqué una mueca de satisfacción.

—No corras tanto, Álvaro —advirtió Roberto—. También hay hombres con manos pequeñas. Pero estoy contigo, parece que la presión la ejerció una mano de mujer. Ahora quiero que os centréis en las víctimas y el escenario.

El proyector seguía ofreciendo imágenes de detalle de la escena del crimen. En ese comedor todo parecía perfectamente ordenado. No había ningún elemento discordante que llamara la atención. Nuestro mutismo provocó que Roberto continuara pulsando el mando.

—Un momento —pedí—. ¿Podrías ampliar la imagen de esta última?

—¿Qué parte? —inquirió Roberto, risueño.

—Debajo de la pantufla suelta —indiqué.

Roberto aumentó el área de la fotografía y no tardamos en constatar que se trataba de un sobrecillo de azúcar. Me incorporé de un salto y extraje de mi bolso el sobre que Sánchez me había dado. Lo deposité sobre la mesa.

—Hay cosas que no cambian —soltó Roberto molesto, logrando sonrojarme.

Mi memoria en lo que a órdenes ajenas se refiere nunca había sido mi mayor virtud.

—Para tu información, Álvaro, nuestra compañera acaba de hacernos entrega de unas pruebas de vital importancia. Se trata de los dos sobrecillos de azúcar que el forense y los familiares de una de las víctimas entregaron, ya que los policías actuantes los obviaron. Casualidad o no, ambas víctimas debían evitar el azúcar por prescripción médica.

—Roberto, respecto a los compañeros, hay que tener en cuenta...

Él levantó la mano. Quise intervenir, informarle de que no era culpa de ellos, que se trataba de policías jóvenes sin experiencia y con poca ayuda por parte de sus superiores, pero Roberto captó mis intenciones.

—Ya hablaremos de ello luego —indicó—, ahora sigamos. ¿Qué es para ti ese sobre de azúcar, Álvaro? Te avanzo que el envoltorio contiene una cita que reza lo siguiente —Roberto consultó en su carpeta—: «Muerte deseada, vida prolongada.» —Alzó la mirada y esperó la respuesta.

—¿Alude al suicidio? —pensé en voz alta.

—Continúa —indicó Roberto.

—El que desea su propia muerte y no pone fin a su vida, únicamente la prolonga, no la vive. —Me sentí exaltada intentando ponerme en el lugar de aquella mente enferma—. Creo que nos habla de que la víctima quería suicidarse. Por eso tal vez les coloca la soga alrededor del cuello. No pretende confundirnos, sabe que a día de hoy las técnicas forenses jamás obviarían un estrangulamiento. Creo que simplemente reproduce la muerte que en algún momento ellas habrían deseado.

—Pues a algunos sí consiguió confundirlos —bromeó Álvaro.

—Creo que su intención es justificar sus actos: mata a quien desea la muerte —concluí mientras Roberto asentía con la cabeza lánguidamente.

—¿Quién es el autor de la cita del sobrecillo? —quise saber.

Roberto volvió a leer sus apuntes.

—Uno muy célebre —anunció Roberto—: el refranero español.

Sentí una opresión en el pecho. En toda mi vida solo había conocido a una persona que usara los refranes como si fueran expresiones propias. Mi suegra.

—¿El sobre de azúcar sería lo que llamáis la firma del criminal? —preguntó Álvaro.

Roberto se agachó, extrajo de una bolsa deportiva un botellín de agua y le dio un buen trago. Agradecí la pausa e intenté que mis temores no se reflejaran en mi expresión. Roberto se reincorporó y contestó:

—Efectivamente. Pero no solo los sobres de azúcar son su firma. Pasemos ahora a la primera víctima. —Presionó de manera reiterada el mando y las imágenes fueron sucediéndose velozmente hasta que por fin se detuvo en una de ellas. Salvo la protagonista y la decoración de la casa, el escenario creado por el monstruo era idéntico al anterior—. Fina París, de sesenta y un años, separada, no viuda —puntualizó Roberto—. La encontró así su nuera el pasado día 7 de septiembre, tras haber discutido con ella un par de horas antes de que la asesinaran. De hecho, según declaración de la propia nuera, había decidido volver a visitarla para hacer las paces.

Tragué saliva al pensar en mi relación con Amparo.

En la fotografía, Fina París tenía las dos rodillas posadas sobre la silla, que se apoyaba de nuevo en una puerta. El piso de Fina París hablaba por sí solo: sin lugar a dudas se trataba de una mujer acomodada. Los muebles y la decoración distaban mucho del hogar humilde de Marina Marín. A diferencia de esta última, Fina París conservaba sus abarcas puestas y vestía una blusa estampada y un pantalón rojo de lino. Tenía el pelo muy corto y cano, y su cuerpo cuidado y bronceado parecía haber pugnado toda la vida por no aparentar los años que tenía. La soga que le tiraba del cuello también estaba atada al pomo del altillo de un armario vestidor. Sus brazos se apoyaban en el respaldo de la silla a modo de rezo y su expresión, pese a la diferencia social entre una víctima y otra, evidenciaba la misma desazón.

—Son prácticamente dos copias exactas —dijo Roberto—: ahorcamiento

incompleto y nudo atípico, lateral. —Señaló con el dedo la espalda de la víctima—. Según el forense, presentaba idénticas livideces en la espalda y, debido al escaso tiempo transcurrido, también en la parte inferior del cuerpo, brazos y manos, pero no con la intensidad propia de un ahorcado. En el caso de Fina París, los estigmas ungulares son más evidentes y el forense encontró un premio para nosotros en una de esas manchas negruzcas. —Roberto dejó que transcurriera el tiempo necesario para mantener el suspense. Le encantaba tener el poder de la información—. Un resto de uña con esmalte. Y ese dato, Álvaro, tal vez sea más determinante que el posible tamaño de las manos, ¿no crees? —preguntó, satisfecho—. Además, el forense constató que la víctima luchó por sobrevivir. Tenía varias uñas rotas. Y ese dato también puede destruir tu premisa, María. Si la víctima se resistió, no creo que quisiera que terminaran con su vida.

El argumento de Roberto me pareció irrefutable.

—¿Y el sobre de azúcar? —pregunté.

—En un primer momento no se recuperó. En el caso de Fina París, al suponer que se trataba de un suicidio, no se realizaron demasiadas fotografías de detalle. Parece ser que el sobrecillo de azúcar estaba en el interior de una de las sandalias, según nos dijo el forense, quien hizo entrega de la prueba a Sánchez. —De nuevo Roberto palpó el sobre que yo le había entregado.

—Abarcas —puntalicé.

—¿Cómo? —preguntó Roberto.

—Las sandalias a las que te refieres, las abarcas, son el calzado tradicional de Menorca —expliqué—. Están hechas de cuero y la suela es de caucho de neumático. Antiguamente las usaba la gente del campo, pero ahora es de uso común.

—Tomo nota —dijo Álvaro.

—¿Alguna otra cita en el sobre de azúcar? —insté.

—A eso iba antes de que nos ilustraras con tus conocimientos sobre calzado menorquín. —Roberto consultó sus apuntes—. Esta segunda frase dice: «“Mi gran pesar en la vida es que mi infancia fue innecesariamente solitaria.” Truman Capote.» ¿Os sugiere algo?

—Una infancia en soledad termina pasando factura —aporté—. El menor únicamente se refugia para esconderse de algo o de alguien. Nuestro monstruo puede tener un defecto físico o haber sufrido algún tipo de abuso o violencia. Sigue justificando sus actos en aquello que ha recibido. Deberíamos seguir el rastro de la empresa que distribuye los azucarillos en la isla, tal vez eso nos aporte un número determinado de bares.

Roberto asintió y tomó nota de mi propuesta.

—¿Alguna cosa más, Álvaro?

—Estaba pensando que tal vez la asesina colecciona estos sobres de azúcar en función del tipo de cita. Es posible que esos azucarillos fueran fabricados y distribuidos hace años.

—Tal vez, tal vez, tal vez... —se lamentó Roberto—. No especulemos, no supongamos. La investigación ha de seguir métodos científicos y objetivos. Quiero opiniones e intuiciones, pero tras ellas exijo comprobaciones.

—No me ha parecido ver ninguna toalla sobre el rostro de la primera víctima —comenté.

Roberto tardó un poco en contestar.

—Fue lo primero que hizo uno de los policías: apartarle la toalla y no mencionarlo después en su informe. Ayer pedí a Sánchez que me dejara entrevistarme con todos los que estuvieron allí. A cambio de mi silencio en lo que a abrir un expediente se refiere, uno de ellos me narró con detalle cómo se encontró a Fina París. ¿Lo adivinas? —Yo sonreí—. Cubierta por una toalla.

—Las dos víctimas con el rostro cubierto —recalqué—. Interesante, muy interesante.

—Álvaro, ocúpate de rastrear en la red el significado de las citas. Pero antes coméntale a María algo que ya sabe parcialmente.

Álvaro encendió su *tablet*, se tomó su tiempo para buscar las notas que había escrito en ella y carraspeó antes de iniciar su intervención.

—Tal y como te dijeron los familiares de las víctimas en sus declaraciones, la casa olía a hierbabuena, todo estaba pulcramente ordenado y en los ordenadores sonaba una y otra vez una canción de Raphael.

Asentí expectante y Roberto tomó la palabra.

—El tema de la hierbabuena se debe a que la asesina, y como veis ya me decanto por el género femenino —ninguno de los asistentes discrepábamos—, después de matarlas les llenaba la boca con un colutorio. Tomad nota: otra firma. El informe del forense señala dicha particularidad, aunque no contamos con muestras biológicas de ello. En el domicilio de Marina Marín no se halló ninguna huella dactilar, y en el de Fina París, a los compañeros ni siquiera se les pasó por la cabeza tomar huellas, al creer que estaban frente a un caso de suicidio. Por cierto, ¿qué ocurre en Menorca para que haya tantos casos de suicidio?

La pregunta me pilló desprevenida.

—La melancolía y la tramontana —se me ocurrió.

—Además —prosiguió Roberto, haciendo caso omiso de mi respuesta—, el resto de uña que nos entregó el forense contenía una minúscula parte de látex, o sea que nuestra mujer utilizó guantes para sus fechorías. Sigue, Álvaro.

—En ambos casos la canción de Raphael que se reproducía en bucle era esta. —Álvaro pulsó sobre la pantalla de su *tablet* y la melodía inundó la sala. Me estremecí al pensar que al son de esos acordes alguien había asesinado a dos mujeres—. Se titula *No nos dejan ser niños*. La letra, como podéis comprobar, es un reproche a lo pronto que nos roban la infancia.

—De nuevo la infancia —sugerí—. Está claro que nuestra monstruo no fue una menor demasiado querida.

Álvaro interrumpió la canción con un solo toque de pantalla.

—Cierto. Y ahora, Álvaro, ya puedes vengarte por lo de los estigmas ungulares —invitó con malicia Roberto—. Ella no ha tenido ningún reparo en usar términos técnicos con un novato, así que ahora tienes la oportunidad de demostrarle quién es el más *freak* de esta sala.

Álvaro sonrió ante la ocurrencia y continuó.

—La asesina tiene conocimientos informáticos, avanzados me atrevería a decir. Las canciones de Raphael se reproducían en los ordenadores de las víctimas al insertar en ellos un cedé regrabable. Los dos cedés contenían el archivo de la canción y una trampa informática. ¿Recuerdas qué te dije en su declaración la nuera de Fina París respecto a la música de Raphael?

Puse en marcha los engranajes de mi memoria.

—Me dijo que esa canción no dejaba de reproducirse una y otra vez y que apagó el ordenador.

—¿Recuerdas cómo lo apagó? Con el botón de inicio del ordenador, desenchufándolo de la corriente, bajando la tapa del portátil...

Negué con la cabeza.

—Ayer noche la llamé —desveló Álvaro—. Simplemente bajó la tapa del portátil. La trampa que he mencionado consiste en un *malware*.

—Empieza la fiesta —advirtió Roberto con aire divertido.

—Un *malware* es un virus malicioso —precisó Álvaro—. En el caso que nos ocupa consiste en un enlace con el reproductor del archivo musical, la canción de Raphael, de modo que si alguien detiene dicha reproducción pulsando cualquier tecla del ordenador, se destruye el disco duro en su totalidad. En el caso de Fina París, su nuera simplemente bajó la tapa del portátil, lo cual detuvo la canción y puso el ordenador en hibernación.

—Con ese gesto lo salvó —intervino Roberto—. Y ahora Álvaro se va a encargar de destripar el cacharro en busca de algún indicio. Si la asesina tomó tan sofisticadas precauciones sería por algo.

—¿Y respecto al ordenador de Marina Marín? —quise saber.

—Su hijo sí que pulsó una tecla para detener la melodía. No hay nada que hacer con ese disco duro —respondió Álvaro con tristeza, como si de un cirujano que hubiera perdido un paciente se tratara.

Roberto consultó el reloj.

—Antes de distribuir tareas, quisiera dejar una cosa clara —anunció mientras tomaba asiento y dejaba el mando del proyector sobre la mesa—. Es obvio que esta investigación no se ha iniciado con buen pie, pero a mí no me gusta parapetarme en los errores ajenos. Vosotros, sobre todo tú, María, no sois nuevos, y no tenéis excusa. No quiero errores por falta de atención. —Confieso que me molestó que solo me mirara a mí—. Ni quiero que empecemos nuestro trabajo excusándonos en lo que otros han hecho o han dejado de hacer. Con esa actitud lo único que lograríamos sería

perder un tiempo muy valioso para evitar que haya otra víctima. Porque de una cosa estoy seguro, la asesina está hambrienta de muerte. En apenas ocho días ha matado a dos personas con idéntico modus operandi y encima se ha permitido el lujo de dejarnos recaditos. —Roberto cubrió con una mano el sobre que me había entregado Sánchez—. Así que a currar. Álvaro, solicita autorización judicial para hacer un volcado del portátil de Fina París; quiero saber todo lo que esa mujer hacía en la red. María, repasa de nuevo las declaraciones de los familiares y entévistate con ellos; quiero que encuentres alguna posible relación entre las víctimas. Por mi parte voy a la Científica a entregarles el resto de uña esmaltada para que la conserven y de paso le echen un reactivo a estos sobres de azúcar. La asesina usó guantes, pero recordad que nunca hay que perder la fe. —Roberto levantó la carpeta de la operación y entonces entendí el nombre anglosajón que había elegido para la operación: *faith*, que significa «fe». Me preguntaba en qué tendría fe el ateo de Roberto Rial.

—Redacto el mandamiento judicial y me voy al juzgado —dijo Álvaro—. ¿Alguna cosa más?

Roberto negó con la cabeza y esperó a que su pupilo nos dejara a solas.

—¿Cuánto hace que no hablas con Galván, María?

En cuanto oí ese nombre una sonrisa se dibujó en mi rostro.

—He concertado una cita con él —añadió él en tono orgulloso.

Paco Galván era para mí toda una institución en lo que a «perfilador» se refiere. Un *profiler*, como lo llaman los americanos. Su sentido común siempre me había fascinado y mis conocimientos sobre perfiles criminales se basaban en las clases magistrales que él impartió en la universidad, en sus libros y en los frecuentes cafés que compartimos en Barcelona. Me entró cierto pánico. Roberto Rial era un hombre de instintos y a menudo impulsivo. Su presencia me alteraba, eso era evidente, pero pretender que fuéramos juntos a Barcelona para ver a Galván me parecía un riesgo moralmente excesivo.

—¿En Barcelona? ¿Hoy? —pregunté con temor.

—Detecto cierta resistencia a vivir experiencias. ¿No te habrás convertido en una poli de oficina?

—No es resistencia, Roberto, es responsabilidad. No te olvides de que ahora soy madre.

—Y casada.

—Y casada —repetí, lamentando no haberlo dicho yo—. No puedo ir a Barcelona.

Roberto me dio la espalda, apagó el ordenador portátil y el proyector y recogió toda la documentación. Encaró la puerta de salida y, sin detener el paso, volvió a dirigirme la palabra.

—Lo llamé poco antes de venir; se ha jubilado y tiene una casa cerca de Mahón. —Roberto abandonó la sala de *breafing* y su voz me llegó desde el pasillo—. Tienes dos horas para conseguir un vehículo.

Jueves, 12 de septiembre, 11.00

Garrido y su cuadrilla estaban en el despacho de la Judicial, con aire ofendido. En su opinión habían sido ninguneados por un par de fantasmas con aires de superioridad y una policía que había perdido el derecho a ser llamada compañera. En ese ambiente hostil traté de evadirme de sus malas caras y de los comentarios que, a esas alturas de la vida, poco me afectaban ya. Sin embargo, mis nervios sí que empezaron a verse afectados por la lenta e irritante conexión a internet de la comisaría. No pude hallar coincidencias entre las víctimas. Repasé obsesivamente las declaraciones de los familiares que yo misma había tomado, pero no hallé ningún elemento de conexión que permitiera un resquicio por donde colarme. Consulté el reloj y comprobé que todavía quedaba una hora para recoger a Roberto y visitar a Galván. Mi móvil silenciado giraba sobre sí mismo junto al monitor y en la pantalla pude leer la palabra CASA. Hacía diez minutos que había hablado con Eva y todo estaba bien. Mis miedos fueron capaces de elaborar en diez segundos cinco posibles tragedias.

—¿Sí?

—Soy yo, reina —dijo Amparo, relajada—. Ha llegado un regalo para ti.

—¿Un regalo?

—Un ramo de rosas estupendo con una nota. —La escuché sin parpadear, más atónita por el hecho de que Amparo estuviera desnudando mi intimidad que por saber de quién provenía aquel presente—. Dice lo siguiente: «No dejemos que las circunstancias borren de nuestra memoria cuánto nos queremos.»

Al escuchar esas palabras en boca de mi suegra, de pronto se esfumó todo el efecto pretendido. Sé que soy maniática, exigente y perfeccionista, y que presto atención a detalles que los demás ignoran o prefieren ignorar. Las emociones no hay que buscarlas en la memoria, me dije. Cuando buceamos en nuestros recuerdos para hallar una emoción extraviada es que algo falla. El amor no entiende de tiempos verbales, únicamente funciona en el presente, como los niños, como los sabios.

—¿No te parece fantástico? —indagó Amparo ante mi silencio—. Mi hijo es una joya. Bruno y yo hemos mantenido una larga conversación telefónica. ¿Sabes que me llama a diario?

—Amparo —pronuncié con aspereza—, leer la correspondencia ajena es un delito.

—¿Estás de broma? No he leído ninguna carta, solo una nota que estaba en el interior de un sobre abierto de la que ya se habrán enterado todos los empleados de la floristería. —Tomó aire—. Lo que ellos no saben y yo sí que sé es que no se trata de un sentimiento recíproco, ¿verdad, reina?

Me irritaba todo en ella. Su inquina, el tono en que me hablaba y sobre todo que me llamara «reina».

—Ya entiendo, esperabas que fuera de otro —apuntó con malicia.

—Perdona, pero tengo mucho que hacer.

—No te molesto más —dijo mostrándose falsamente herida—. Además, hoy estoy muy triste. —Su enérgica voz acreditaba todo lo contrario—. Acabo de enterarme por la radio de que dos compañeras del curso de internet han sido asesinadas en la isla. Dime, por favor, que no tengo de qué preocuparme.

Colgué y me apresuré a llamar a los familiares de Fina París y Marina Marín. El dato del curso de internet era cierto, y además el hijo de Marina Marín comentó algo que en su momento se le había olvidado mencionar: junto a la puerta principal del piso de su madre había encontrado un cubo y una fregona. Volví a llamar a la nuera de Fina París y obtuve idéntica descripción. El dato que me había dado Amparo era tan cierto como desconcertante por el modo en el que lo había obtenido. Ese era el resquicio por el que debía colarme y empezar a escarbar, como una hormiguita, empeñada en un objetivo común a todos los casos de homicidio: obtener la verdad, hacer que flote la mierda y ver entre rejas a la asesina. La mala noticia la emitió Garrido a viva voz. La prensa ya había pulsado su propio cronómetro, el más cruel y severo, el de la opinión pública de una isla que en breve viviría con miedo.

Jueves, 12 de septiembre, mediodía

Si hay algo complicado en una comisaría española es hacerse con las llaves de un vehículo sin distintivos. Ir recorriendo los distintos grupos suplicando «Necesito un coche para acompañar a los de Madrid» no surtió el efecto que se presuponía. Sin embargo, a la hora prevista logré plantarme en la puerta principal con el Citroën C4 de color gris antracita que me había prestado el Grupo de Información. Acomodada en el asiento del piloto sentí la presión de mi HK reglamentaria a la altura de los riñones. Desde mi reincorporación no había necesitado llevar el arma. Menorca siempre había sido un remanso de paz y la oficina de denuncias no era precisamente un destino de riesgo. Me apresuré a comprobar el estado del vehículo y descubrí que al pisar el freno se oía algo que chirriaba, que la dirección había dejado de ser asistida durante la última legislatura del país, y que bajo los asientos, lejos de haber el lanzadestellos magnético, se escondía un par de naranjas que empezaban a generar vida propia.

—¿Será cierto eso de que los coches que nadie quiere en Madrid terminan en las islas? —me preguntó Roberto apenas entró, tras repasar el interior con una mueca de desagrado.

Me encogí de hombros.

—¿Adónde vamos? —indagué con el mismo entusiasmo que mostraría un taxista en su último viaje de la jornada.

Roberto deslizó un dedo por la pantalla de su móvil y presionó sobre una aplicación. Al instante apareció un sinfín de notas.

—Se acabó eso de llevar la libretita y de pedirte un bolígrafo —comentó—. Ahora solo tengo que procurar no quedarme sin batería.

Por lo visto la influencia de Álvaro era considerable.

—Cala Murtar, cerca de Mahón —leyó Roberto en la diminuta pantalla.

Me quedé pensando durante unos segundos en la ubicación de aquella cala. Durante mi primer año en la isla llegué a visitarlas todas, fue una suerte de reto el dejarme arropar por la naturaleza y convertirla en mi remedio homeopático para el olvido. Cala Murtar fue una de las que quedaron grabadas en mi memoria. Era una ensenada pequeña, abrigada por un diminuto conjunto de casas blancas y un terreno escarpado que le daba carácter.

—Galván siempre ha tenido buen gusto —dije mientras arrancaba el vehículo.

—Me dijo que preguntáramos por la *caseta* de Can Biel —continuó Roberto, sorprendido por el modo en que le había dado sus señas.

Sonreí para mis adentros. Roberto era un animal de ciudad. Indicarle una

dirección que no tuviera el nombre de una calle y un número lo sacaba de sus casillas. En su día también padecí esa misma enfermedad, pero a esas alturas ya estaba completamente curada. Menorca respira la esencia a vida que las ciudades se han encargado eficazmente de sepultar bajo cemento, asfalto y falsas ventas de sueños.

Durante el trayecto Roberto se quedó boquiabierto por la hermosura del entorno. La carretera que conectaba Ciudadela y Mahón dejaba entrever que Menorca no era una isla más. A Roberto no le pasó desapercibida la presencia de las vacas pastando, el verde intenso de sus campos y ese cielo nítido incapaz de mentir. A pesar de mis vehementes comentarios propios de una lugareña, ninguno de los dos disimuló cierto grado de incomodidad. Me sentía animada, y además temía que me preguntara casi tanto como mis propias respuestas. Cuando percibí que Roberto empezaba a estar saturado de mis intervenciones, me aferré a los pormenores de nuestra investigación como a un salvavidas. Le puse al día de mi reciente descubrimiento sobre la posible conexión entre las víctimas y el curso de internet. Roberto tomó nota en su móvil y seguidamente enmudeció. Acomodó la nuca en el reposacabezas y decidió hallar la solución a nuestro enigma a través de la luna de su ventana. Me fue imposible no preguntarme en qué enigma estaría yo pensando.

Al llegar a Cala Murta, la estrecha carretera asfaltada nos situó ineludiblemente frente a un mar cristalino, cuya costa había permutado la habitual arena por cúmulos de posidonia que formaban pequeñas dunas. La cala albergaba un intacto pueblo de pescadores escoltado por varios *llaüts*, las típicas y sencillas embarcaciones menorquinas. Uno de esos parajes en los que se detiene el tiempo, la rotación de la Tierra y los trajines diarios que nos turban. Conforme nos acercábamos descubrimos un conjunto de pequeñas edificaciones tradicionales, antiguos refugios de pescadores que lejos de afear el paisaje, completaban su armonía. Sin bajarnos del vehículo, Roberto preguntó con poca fe a una anciana por la *caseta* de Can Biel. Resultó que la teníamos frente a nosotros.

A primera vista el refugio de Galván era un fiel reflejo de su personalidad. De corte humilde y sin florituras de ningún tipo, anteponía la funcionalidad a cualquier otra consideración. La puerta de madera era de color verde y todavía se captaba el olor del esmalte de la pintura. Galván ya ha encontrado algo que hacer en su jubilación, pensé. Levanté la aldaba y la dejé caer sin mucho estruendo. Nadie contestó. Roberto insistió de manera brusca. No venimos a detener a nadie, pensé, una idea que debió de reflejarse en mi cara.

—Quizás esté en la parte de atrás —se justificó.

Cuando Roberto se disponía a sacar el teléfono del bolsillo para intentar llamarlo, mi maestro asomó por la puerta con su eterno aire despistado. Tenía el pelo alborotado y cano, un tanto desaliñado, y exhibía una cara huesuda. Calculé que habría perdido unos diez kilos desde la última vez que lo vi, hacía cuatro años. Pese a

que le había enviado una invitación para mi boda, él no acudió, excusándose en la coincidencia con un compromiso apremiante. En su día eso me dolió, pero el paso del tiempo termina eliminando los falsos rencores y congela los verdaderos. Al volver a vernos nos abrazamos con un cariño fraternal.

—Nadie diría que tienes setenta años, ¡estás guapísimo! —mentí.

—Tú más —dijo Galván con una taimada sonrisa—, y son sesenta y ocho.

Mi maestro estrechó la mano a Roberto y nos invitó a entrar.

Las ventanas del comedor, diáfano y angosto, ofrecían una estampa añil e inspiradora. La casa se abocaba al mar y hacía de él un morador más.

—¡Qué maravilla, Galván! —exclamó Roberto.

Los muros del interior, al igual que los de la fachada, eran gruesos y estaban recubiertos de cal. Los muebles y su decoración, minimalistas, no distaban demasiado de aquel cromatismo. La paz del lugar contrastaba con el abatimiento de Galván.

—Perdonad el desorden, se me había olvidado que veníais hoy —se excusó dándose unas suaves palmadas en la frente.

Nos sentamos a la mesa de piedra que ocupaba gran parte de la terraza. Mientras Galván se perdía en el interior de su refugio, nos dejamos envolver por la suave brisa, por el mar color turquesa y por la sombra que nos proporcionaba un pórtico similar a los que aparecen en algunos cuadros de Dalí.

Galván regresó con una botella helada de vino blanco.

—Hay que celebrar este reencuentro —anunció nuestro anfitrión con una mirada más triste que azul—. ¿Cómo se porta la vida, María?

—Ya sabes que me casé.

Galván asintió y se le escapó una fugaz mirada hacia Roberto.

—Mira. —Le mostré una foto de Hugo que tenía guardada en el móvil.

Mi maestro apenas miró la fotografía. Galván no era de los que no se alegran por la dicha ajena; así fue como me di cuenta de lo que estaba pasando.

—Lo siento mucho, no lo sabía —me aventuré a decir.

El Galván que conocí jamás habría dejado que la melancolía lo invadiera sin una buena razón. No pudo evitar la primera lágrima, que rodó veloz por su rostro. Lo abracé dejando que esta vez fuera él quien mirara hacia el mar y así poderse recomponer. No sé cuánto tiempo estuvimos abrazados. Roberto, perspicaz como de costumbre, hizo el ademán de incorporarse, pero Galván lo detuvo mientras retornaba a su silla sin soltarme la mano.

—Fue visto y no visto —empezó a contarnos. Aquel guion no entraba en nuestros planes—. Un día se despertó cansada y febril y al cabo de una semana supimos que apenas nos quedaba un par de meses de vida en común. Esta casa es lo que aquí llaman una *caseta de sa vorera*, por su proximidad al mar. Perteneció al padre de Rocío, conocido por estos lares como Biel *el Pescador*. Para ella este era su único hogar. Veníamos todos los veranos y teníamos planeado pasar aquí el resto de nuestros días cuando me jubilara. —Galván dirigió su mirada a la chimenea de piedra

que decoraba el interior. Sobre la repisa descansaba una urna—. Y aquí estamos, esperando a que llegue el 24 de septiembre, su cumpleaños. Rocío siempre quiso yacer en esta playa —logró decir con un hilo de voz, clavando su mirada sobre el gran azul.

Hubo un largo silencio y tras él un brindis dirigido a la urna.

—Pero no estáis aquí por eso —dijo Galván recomponiéndose.

—Estamos para lo que te haga falta —dije, hablando con el corazón.

Roberto apretó la mandíbula y asintió.

—Si de verdad queréis ayudarme, contadme todo lo que sepáis sobre el monstruo que vamos a cazar.

Jueves, 12 de septiembre, atardecer

Galván lamentó tener la nevera desprovista y decidió poner a hervir unos macarrones. En un santiamén los bañó con nata líquida y un sofrito de cebolla con albahaca y tacos frescos de salmón. Sirvió los platos con orgullo y nos invitó a espolvorearlos con queso parmesano, tras lo cual disfrutamos de su sabor y de la situación. Mientras tanto, Galván se recreaba en los momentos felices de los que aquella *caseta de sa vorera* había sido testigo. De tanto en tanto nos volvíamos y dedicábamos un brindis a la urna de Rocío.

Fue el propio Galván quien decidió aparcar aquellos recuerdos que tanto bien le hacían. De Roberto aprendí a saber esperar el momento oportuno. Una suerte de conexión en la que las personas olvidan quiénes son para dejar paso a quienes realmente desean ser.

—¿Qué tipo de persona tenemos en esta isla estrangulando a mujeres solitarias? —preguntó Galván sin anestesia.

—¿Y cómo influirán a partir de ahora en esa persona los hechos que comete? —pregunté imitando su voz con sorna, recordando que aquella era la segunda pregunta con la que Galván solía arrancar sus perfiles criminales.

—Siempre has sido una alumna excelente —afirmó.

—Te faltan datos —indicó Roberto mientras abría la carpeta que contenía gran parte de la operación Faith.

—No, espera —propuso Galván—. Si no te importa ya iremos luego al escenario del crimen, a la posible firma del o de la asesina y a los informes del forense. ¿Por dónde empezarías, María?

Roberto obedeció.

—Teniendo en cuenta que las víctimas fueron asesinadas en sus domicilios y que no hay signos de violencia en los accesos principales, ¿por el *modus operandi*, tal vez?

—No os hago falta para nada —dijo Galván, sonriendo—. ¿En qué momento del día sucedió?

—Poco antes de las diez de la noche, la primera de ellas un viernes y la segunda un sábado —informó Roberto.

Galván escuchaba atento con cierto brillo en la mirada.

—Las víctimas franquearon la entrada a la asesina —añadí.

—Más del ochenta por ciento de los crímenes son cometidos por hombres —expuso Galván—, sin embargo en estos dos casos, si no me equivoco, no hay connotaciones sexuales. —Asentí con la cabeza—. En ese caso, el sospechoso puede

ser una mujer de raza blanca, por aquello de que el criminal suele elegir a su misma raza como víctima. Y poco os conozco, o tenéis algo más para que ya habléis de asesina.

Sonreímos los dos.

—Un fragmento de uña esmaltada apareció en el cuello de una de las víctimas —indicó Roberto.

—¿Qué instrumentos de fuerza utilizó la asesina para reducir a las víctimas?

—Fueron estranguladas con sus propias manos, cubiertas por guantes. —Roberto seguía a rajatabla el orden de preguntas propuesto por Galván—. Según el forense no las redujo a golpes, por lo que deducimos que aprovechó un descuido de las víctimas para abalanzarse sobre ellas e iniciar el estrangulamiento.

—Una distracción —aportó Galván.

Se hizo un silencio.

—La canción de Raphael —proferí con entusiasmo—. Ese es el inicio del ritual. Estoy segura de que en el cedé hay huellas de las víctimas. Probablemente fueron ellas las que lo insertaron en sus ordenadores por indicación de la asesina. Es en ese instante cuando las asalta.

—Lo comprobaremos con los de la Científica —dijo Roberto, tomando nota en su móvil.

—Tenemos a una asesina a la que le gusta Raphael —caviló Galván.

—Que mata con música de Raphael —matizó Roberto—. Quizá no le guste esa música.

—Apúntate una, Roberto —dijo Galván—. Pero no nos alejemos todavía de nuestro primer paso. Si averiguamos el perfil de las víctimas que elige la asesina, conoceremos su código interno. Todo psicópata tiene un código que sigue fielmente; lo único que puede lograr que se sienta culpable es alejarse de él. ¿Qué tienen en común, además de la edad y de estar solas?

—Una era viuda —contesté—, la otra, separada. Ambas superaban los sesenta años, tenían un ordenador con conexión a internet en su casa, pasaban demasiado tiempo solas y parece ser que acudieron a un mismo curso de internet para mayores.

—A uno de esos tendría que ir yo también —admitió Galván poco convencido—. Internet es el nuevo coto de caza para los psicópatas.

—Esa información sobre el curso de informática aún no se ha verificado —me recordó Roberto.

—Las mujeres asesinas suelen matar a personas que conocen —señaló Galván.

—Y las dos víctimas tenían el rostro cubierto por una toalla —aporté.

—Las conoce —completó Roberto.

—Habrà que ahondar en sus amistades —planteó Galván a Roberto, y este tomó nota de nuevo en su móvil—, o mejor dicho, en sus amistades recientes. Habladme ahora del escenario del crimen y de las posibles firmas de la asesina.

En menos de diez minutos lo pusimos al día del intento de fingir absurdamente un

ahorcamiento, de la posición de los dos cadáveres y del hecho de llenar la boca de las víctimas con un colutorio. Volvimos a mencionar el disco de Raphael, la letra de la canción y las trampas informáticas que Álvaro descubrió. Pusimos especial atención en los sobrecillos de azúcar con sus citas y refranes.

Galván parecía meditar. Se puso en pie, excusándose en necesidades fisiológicas, y nos dejó expectantes en aquel palco frente al Mediterráneo, con un cielo de un naranja chillón que lograba teñir el mar de color sepia.

Roberto llamó por teléfono a Álvaro interesándose por sus pesquisas informáticas. No tenía nada nuevo.

—*Faith* —le dijo Roberto antes de colgar—. Ten *faith*, Álvaro.

Mi maestro regresó con una botella de agua, tres vasos y la expresión que siempre se dibujaba en su rostro cuando tenía alguna conclusión importante que transmitir.

—Nuestra asesina no es excesivamente mayor, dado que tiene más fuerza física que sus víctimas —dijo Galván—. Y si ha matado a más de una persona en distintas localizaciones probablemente sea una mujer madura. Así que la sitúo entre los cuarenta y los cincuenta y cinco años. Probablemente en su día a día aparente mucha más humildad que cualquiera de nosotros. Le da igual cómo la perciban los demás, y eso es extraño, ya que a las mujeres os suele importar la imagen que transmitís —afirmó mirándome, al tiempo que se retrepaba en la silla—. Las mujeres psicópatas se las apañan mejor para ocultar su frialdad interior, la carencia de sentimientos y la falta de empatía. Ya lo sabes, María, son el verdadero agujero negro de la ciencia que las estudia.

Aquella descripción se iba pareciendo más y más al retrato de mi suegra por momentos. Tiene sesenta y un años pero aparenta cinco menos, pensé.

—Le gusta el riesgo, ya que se toma todo el tiempo del mundo en asesinarlas —continuó Galván—. No descarto que cada vez mate más cerca de su casa, a no ser que elija a las víctimas por un motivo determinado. Fijaos en el período de enfriamiento. Apenas han transcurrido siete días entre una muerte y otra. En este momento nuestra asesina estará sintiendo una imperiosa necesidad de matar. Ojalá me equivoque pero... —Galván suspiró y nos miró uno a uno, apretando los labios.

—Seguiré matando —pronuncié cabizbaja.

Los tres coincidíamos en esta suposición.

—A mí no me hace falta otra muerte para saber que muy probablemente estamos ante una psicópata —dijo Galván dirigiéndose a Roberto. Le conocía bien y sabía que siempre basaba sus investigaciones en pruebas que se pudieran aportar en un juicio. Sin embargo, hacía mucho tiempo que Roberto había borrado de su cabeza todos los prejuicios que en su momento pudo albergar sobre los perfiladores criminales. Estar allí por su propia iniciativa evidenciaba su evolución.

—Quizá —dijo Roberto con gesto de preocupación—, pero todavía no tenemos una asesina en serie. Si no hay más de dos víctimas, no hay asesina en serie, así que esa es mi meta: evitar otra muerte y darle caza.

—Enviadme por correo electrónico el título de la canción de Raphael y las citas y refranes de los sobres de azúcar —pidió Galván—, voy a ver qué puedo extraer de ellos.

—Antes de venir aquí hablé con los familiares de las víctimas y coincidieron en otra posible firma de nuestra asesina —solté, antes de caer en la cuenta de que no le había comentado nada a Roberto. Ya no podía dar marcha atrás—. Junto a la puerta de acceso al piso de las víctimas encontraron un cubo de fregar y el mocho. Los pisos estaban como una patena.

—No creo que sea por limpieza, es por precaución —dijo Galván—. Bien porque tiene antecedentes y trata de que su huella o una pisada de zapato la delate, bien porque conoce nuestros procedimientos y sabe cómo eliminar cualquier vestigio. A menudo la psicopatía de un asesino empieza con el maltrato a animales y acciones pirómanas.

—Consultaremos si hay una lista de personas que hayan podido ser detenidas o reseñadas como tal en la isla —contestó Roberto mientras volvía a manipular su móvil.

—Me intrigan mucho las firmas que la asesina nos ha dejado, pero sobre todo la del enjuague bucal —confesó Galván—, no atino a saber por qué lo hace.

Consulté el reloj, preocupada por la hora, y Roberto cazó mi gesto. Llevaba un buen rato sin mirarme, una suerte de castigo que solía aplicar. Para Roberto, el hecho de no contar algo equivalía a mentir, y no le gustaba enterarse de nuestros avances a la vez que otros. Él era el inspector jefe del Grupo de Homicidios de la Central, el más veterano, el responsable máximo de la operación Faith. Nos despedimos de Galván con cierto apresuramiento. Mi maestro me dedicó una mirada en la que pude leer que seguiríamos en estrecho contacto durante una temporada.

Nos metimos en el coche y desde la ventanilla atisbé la sombra de un hombre apagado al que acabábamos de suministrar un chute de vida. Pensé en cómo le iba a sacudir la soledad en cuanto cerrara la puerta de madera de aquella *caseta de savorera* que había perdido a su pilar principal. Arranqué el vehículo y divisé en el retrovisor la insultante belleza de Cala Murtar.

—No nos escondamos información, María. Si fallamos, habrá más muertas —fue el escueto comentario de Roberto. No hallé motivo alguno para excusar mi despiste.

Media hora después lo dejé a las puertas de su hotel y me despedí manteniendo las distancias, con la respiración acelerada y esquivando su mirada. Hay emociones que acontecen durante un minuto cuyos efectos duran más de lo que a una le conviene.

Una brisa apacible acariciaba la noche en Ciudadela. Aparqué el vehículo sin distintivos en comisaría y me apresuré a montar en mi bicicleta. Recorrí la avenida repleta de hogares de otra época, vestigios británicos que conferían a la población un estilo único. Aceleré mi pedaleo y al alcanzar Sa Caleta advertí la sombra de una joven pareja, ambos acurrucados frente al mar, ajenos a las preocupaciones que me

devoraban y a la certeza de que nada es para siempre.

Jueves, 12 de septiembre, anochecer

Al acceder a mi casa reconocí de nuevo un intenso olor a hierbabuena. Suspiré. No sabía muy bien si aquella información olfativa me enfurecía, me preocupaba o más bien me aterrorizaba. En el recibidor descansaba un ramo de rosas y, entre las flores, la tarjeta que mi suegra ya se había encargado de leerme aquella misma mañana. Abrí el sobre y comprobé que Amparo no había olvidado ni una palabra.

Eva estaba mirando la tele apoyada en un brazo del sofá, dispuesta a marcharse en cuanto yo asomara. Me informó de que Hugo ya estaba dormido en su cuna, que apenas quedaba leche materna en la nevera y que mi hijo era un bendito. Salí disparada a besar a mi pequeño. Agradecí que mi habitación oliera a su colonia infantil y que en la penumbra únicamente se oyera el sonido de su leve respiración.

Volví al comedor, donde Eva me esperaba para volver con su familia.

—Siento mucho llegar tarde —me excusé.

—Estoy al tanto, María —me contestó, señalando el televisor con un gesto de la cabeza.

Tuve la sensación de que trataba de escrutarme con una mirada nueva.

—¿Quieres que te pague hoy o mejor por semanas?

—Como quieras —respondió con despreocupación.

Así pues, el dinero no era el motivo de su cambio de actitud. La conocía desde hacía tiempo, porque su marido era un buen amigo del mío.

—¿Ocurre algo, Eva?

En ese momento Amparo salió de su cueva, la acerrojó y nos dedicó una fugaz mirada. Se había arreglado para salir y tuve que reconocer que había rejuvenecido diez años.

Eva respondió a destiempo con su silencio, negando algo nerviosa con la cabeza. Incómoda, asió del sofá una fina chaqueta de punto de color violeta y se dirigió a la puerta.

—Buenas noches, Amparo —se despidió Eva, alzando ligeramente la voz—. ¿Mañana a la misma hora?

Asentí.

Acompañé a Eva hasta el recibidor y esperé un comentario que no llegó.

Cuando se hubo marchado, me dirigí a la cocina y me preparé un yogur con avena, porque el plato de pasta de Galván me había dejado sin hambre. Aún no había probado el lácteo cuando Amparo hizo acto de presencia.

—Eva es un encanto —profirió.

—Me alegro, porque va a pasar muchas horas en casa —dije sin mirarla a la cara,

meneando la cuchara en el interior del yogur.

—Yo de ti no estaría tan segura.

—¿Qué quieres decir? —pregunté temerosa.

—Eva es madre y no se explica cómo otra madre prefiere que una extraña cuide de su hijo en lugar de su suegra.

—Porque no te conoce bien.

Las dos jugábamos al «no me haces daño con tus palabras».

—He tratado de explicarle que la familia no es precisamente la primera de tus prioridades. Creo que a Eva eso no le ha gustado nada.

Empezaba a sentir que estaba perdiendo aquella partida; sus palabras sí que me hacían daño.

—Y le he dicho que por el amor de un hijo y de un nieto una hace lo que sea necesario. Aunque ello suponga vivir atemorizada por tus reacciones violentas. ¿Sabes en qué momento se ha quedado blanca como esta pared? —La pared estaba pintada de color crema, pero preferí dejar que hablara—. Cuando le he enseñado que he tenido que poner un candado en la puerta de mi habitación —concluyó con sorna.

Recuerdo que por mi cabeza pasaron ideas violentas, locuras propias de una mente enferma, y es que Amparo era capaz de hacer aflorar mi parte más animal. Pese a todo intenté no perder el control y recuperar la respiración.

—Que descanses, reina. Me esperan y no quiero llegar tarde.

Amparo se marchó emperifollada, dejándome furiosa y destemplada. Seguí el rastro que dejó hasta la puerta de salida y corroboré que el olor a hierbabuena estaba adherido a ella. Tarde o temprano tendría un descuido, un error propio de la tensión que se respiraba en ese piso. Me haría con una copia de las llaves de su candado e inspeccionaría con detalle todo lo que ocultaba. «Le gusta el riesgo, ya que se toma todo el tiempo del mundo en asesinarlas.» Pensé en las conclusiones de Galván y tuve la certeza de que quien arriesga en demasía, termina perdiendo la partida.

Jueves, 12 de septiembre. Shanghái

Bruno Parra disfrutaba del paseo por el barrio tradicional de Xintiandi cogido de la mano de la hermosa Li. Ella lo guiaba por las entrañas de sus calles, capaces de transportarlo a una época sin determinar en la que los problemas debían de ser muy distintos. Sin embargo, las tiendas, los restaurantes y los cafés que componían aquella peculiar estampa de la ciudad de Shanghái no estaban al alcance de cualquiera. La arquitectura de los locales, pese a ser bella y espectacular, no lograba ocultar su artificialidad. Cuando el *Gangnam Style* irrumpió en su bolsillo, Bruno sintió que Xintiandi se encogía y que cuanto le rodeaba adquiría la textura de un decorado. Sus dos vidas, tan distintas y sin embargo tan necesarias, empezaban a importunarse.

En la pantalla de su móvil la fotografía de María y Hugo demandaba su atención. El gesto contrariado de Bruno Parra alertó a Li.

—*Your sister?* —preguntó la intérprete para todo.

Bruno Parra optó por no responderle para atender en cambio la llamada de su móvil.

—¿Reunido? —preguntó María.

—No, ahora mismo salgo de comer, hoy la jornada ha sido más *light* —respondió Bruno Parra con frialdad. Todavía no había recibido un mensaje de agradecimiento por las flores, y tampoco quería que se le escapara algún gesto de afecto que Li pudiera entender, independientemente del idioma utilizado. A diferencia de otras veces, en esa ocasión Li estaba atenta al desarrollo de la conversación. Bruno temía que algún día le diera por estudiar español sin decírselo. Eso supondría el fin de su relación y él no estaba dispuesto a perder a aquel bombón que le había enseñado que el sexo en Oriente era algo más que sexo.

—Necesito hablar contigo —solicitó María.

—¿Estás bien? Parece que te ahogues.

—Acabo de llegar a la comisaría en bicicleta. Gracias por las rosas, pero no era necesario.

Bruno Parra estuvo a punto de estallar, pero la imagen serena y juguetona de Li le templó.

—Sinceramente, María, ya no sé qué es lo que necesitas.

—Que vengas a casa.

—No estoy pasando media vida en Shanghái y otra media en Menorca por gusto. No todo es tan bonito como te imaginas —mintió sin convicción.

—Seguramente es mejor currar catorce horas al día en busca de una asesina, regresar a casa y que tu suegra te amargue la vida. Tu madre está fatal de la cabeza,

Bruno.

Se produjo un prolongado silencio.

—¿Sigues ahí? —preguntó María.

—Sí —contestó Bruno, esforzándose por dedicar una sonrisa a Li. Aquel gesto hizo que ella se relajara, se acercara hasta el borde de la fuente de la plaza Seca, tomara asiento sobre la piedra y cruzara sus esbeltas piernas, atrayendo la atención de todos los transeúntes—. ¿Qué es eso de buscar a una asesina? ¿Has vuelto a Homicidios? ¿Pero no quedamos que jamás volverías a ese grupo?

A María la irritó sobremanera que su marido hubiera obviado el comentario sobre su madre.

—Soy policía.

—Creo que quedó claro que con el nacimiento de Hugo tendrías un destino de oficina, con turno de mañana o tarde, para poder dedicarte a tu hijo.

Bruno no podía negar de quién era hijo, pensó María. Utilizaba las mismas armas emocionales para lograr que se sintiera mal, que se anulara como persona y así mantenerlo todo bajo su control.

—Cuando tú cambies las condiciones de tu trabajo, yo haré lo propio con el mío.

—A mí me obligan, María.

—A mí me lo ordenan.

Bruno se inquietó al ver que Li había entablado una animada conversación con un apuesto extranjero.

—María, ahora mismo tengo que dejarte. Es obvio que tenemos que hablar.

—Hace un instante era un día *light* y ahora tienes que dejarme.

—María, ayer hablé con mi madre. Sé que estás pasando por un mal momento —dijo Bruno, tratando de buscar las palabras correctas—, pero mi madre es una pobre viuda que merece un respeto de tu parte.

—¿Qué?

—Me contó que estás excesivamente violenta. Sé que es una exagerada, la conozco de sobras. Pero muy mal te ha tenido que ver para llegar a poner un candado en la puerta de su habitación. Te tiene miedo.

—Tu madre es una cabrona.

Bruno ni siquiera tuvo tiempo de preguntar por Hugo. En Menorca eran las ocho de la mañana y su mujer se había puesto las pinturas de guerra. Mantuvo el teléfono en la mano y fingió que seguía hablando ante la mirada distante de Li, aunque al otro lado de la línea ya no había nadie. Necesitó unos segundos para recuperar la compostura. Su doble vida empezaba a zozobrar y todo indicaba que era momento de achicar el agua que entraba por el lado de Ciudadela. Al ver que el guaperas extranjero conseguía continuas sonrisas de Li y que ella se mostraba receptiva, por un momento temió que le faltaran manos para achicar tanta agua.

Viernes, 13 de septiembre, 08.30

Álvaro me esperaba impaciente en la puerta de la sala de *breafing*. Su gesto no denotaba nada por lo que debiera preocuparme, pero albergaba cierto misterio.

—Buenos días, María, cambio de planes. Acompañame a nuestra nueva oficina.

Obedecí sin preguntar. En cuanto salimos de comisaría a pie y constaté que tomábamos el paseo de San Nicolau y tras ello en dirección a la plaza Es Born, no tardé en suponer cuál era el destino elegido.

Cruzamos la puerta del bar Imperi y saludé con dos besos a Emiliano, el propietario. Cuatro años atrás, allí mismo me había tomado mi primer café en Ciudadela. Me preguntaba qué habría visto Roberto Rial en aquel espacio para elegirlo como nuestra nueva sala de *breafing*. No era el bar habitual del personal de comisaría, que en general prefería visitar el Club Náutico debido a su proximidad. El Imperi era uno de mis rincones favoritos, aunque en los últimos meses solo lo había visitado de manera esporádica. Supuse que el motivo de mi ausencia era el *llonguet*, un pan exquisito de elaboración propia, relleno de sobrasada, miel y queso de Mahón, una tentación excesiva para mi autoimpuesta dieta. Distinguí a Roberto al fondo del local, junto a las puertas de la terraza interior, sentado a la mesa que había debajo de un espejo enorme en forma de media luna. Quizá por deformación profesional se había situado de frente a todo ser vivo que cruzara la puerta. Estaba rodeado de sus papeles y con el ordenador portátil abierto. Esa mañana se había puesto los mismos vaqueros que el día anterior y un polo azul marino con el cuello y los extremos de las mangas algo desgastados. Puro diseño para quien se sabe diferente al resto y busca siempre una nota distintiva. Lo que fuera, antes que convertirse en uno más.

—Tienes mala cara.

—Tú también estás muy guapo, Roberto.

—Rectifico. Tienes malos ojos, el resto, fenomenal.

Atribuí el piropo a mis pantalones de Zara recién comprados y de la talla treinta y ocho. Un regalo que me hice para celebrar el regreso al talle que tan buenos resultados me había dado en esta vida. También tuvo su mérito mi camiseta blanca de algodón orgánico que invitaba a la imaginación sin desvelar nada.

Nos acomodamos los tres y desayunamos dos rondas de café. En su caso les insté a que probaran la especialidad de la casa a fin de endulzarles el arranque matinal. Me aferré a lo bien que me sentaban los pantalones para no sucumbir a la sobrasada, el queso y el baño de miel.

—Esta va a ser a partir de hoy nuestra oficina —anunció Roberto—; aquí o en la habitación del hotel.

La idea de reunirme con Roberto en su habitación me producía un extraño combinado de emociones que no atinaba a resolver. Decidí que fueran las circunstancias las que decidieran, aun a sabiendas de que dejarme llevar por ellas era tanto como aniquilar el poco sentido común que me quedaba. Roberto tenía muchos dones, uno de ellos interpretar mis pensamientos en función de las extrañas muecas que jamás aprenderé a controlar.

—En la habitación de Álvaro tenemos toda la tecnología que hace falta —concretó para tranquilidad de mis fantasías—. No me gusta trabajar bajo la atenta mirada de algunos compañeros, ya sabes cómo soy, y antes de que la líe con cualquiera de ellos prefiero quedarme al margen y centrarme en lo que hemos venido a hacer aquí. Álvaro, pon al día a María respecto a lo que averiguaste del volcado del disco duro del portátil de Fina París.

Álvaro no era nadie sin su *tablet*. Su dedo se deslizó veloz por la pantalla, volvió el artilugio hacia nuestro campo de visión y arrancó.

—El portátil apenas tenía documentos de importancia para la investigación. Más de dos mil fotografías escaneadas en las que queda patente la vida de Fina y su familia. Ninguna fotografía actual. Sí que logré averiguar su correo electrónico; de hecho he pedido un mandamiento judicial para remitirlo a Hotmail a fin de que nos proporcionen la información relativa a mensajes recibidos y enviados.

—¿Para cuándo? —quiso saber Roberto.

Álvaro se encogió de hombros.

—Haré todo lo que pueda, pero estos yanquis no son rápidos en responder.

—¿Algún rastro del programa de mensajería instantánea? —intervine.

Álvaro sonrió satisfecho ante mi oportuna pregunta. No podía quedarme atrás ante ese par de mentes rápidas y sincronizadas. De haber sido Álvaro una mujer, admito que me habría sentido algo celosa y relegada. Empezaba a tener la sensación de que en muchas ocasiones ni siquiera les hacía falta hablar y sin embargo lo hacían para tenerme informada y que no perdiera el ritmo del baile. El trabajo policial significa compartir horas con tu compañero, horas intensas que la mayoría de los mortales jamás experimentarán. Hubo un tiempo en que Roberto y yo también bailamos al mismo son, pero a pesar de ello no estaba segura de que pudiésemos volver a hacerlo con la misma coordinación. Conociendo a Roberto y su carácter exigente, estaba segura de que aquella deferencia que estaba teniendo conmigo tenía fecha de caducidad. Ponerse las pilas era lo mínimo que aquel cazamonstruos pedía.

—Fina París no borró el historial del Messenger. Tiene más de doscientas cincuenta conversaciones... —Desplazó el dedo hasta encontrar la página que buscaba—. Ciento ochenta son entre cinco únicos perfiles, el resto las mantuvo con personas distintas. Me queda mucho por hacer. Intentaré identificar esos cinco perfiles y en caso de obtenerlos cruzaré sus datos. Pediré a los familiares que me faciliten sus correos electrónicos, tal vez alguno de esos perfiles sean de ellos y me ahorre tiempo.

—Ya tardas —apremió Roberto.

Álvaro reprimió una sonrisa y obedeció con buen semblante.

—¿Me llamáis para comer? —preguntó el pupilo aventajado, ya de pie y con su *tablet* bajo el brazo.

—Si antes no hemos detenido a nuestra asesina, sí —respondió Roberto, satisfecho por las aportaciones de su compañero—. Nos toca visita al curso de internet para mayores. Por cierto, María, ¿dónde está?

—A dos minutos andando —respondí.

—Os dejo —anunció Álvaro, perdiéndose a mis espaldas.

Roberto apuró su café y me ofreció una sonrisa. De haberla mostrado a altas horas de la noche habría dicho que se trataba de una sonrisa juguetona. El *llonguet* de sobrasada le había sentado bien.

—Me han dicho que has cambiado tus paseos barceloneses por una bicicleta.

—Aquí las distancias no son como allí —aclaré.

—Me tienes preocupado, María —dijo en tono guasón—. Ya no paseas como antes, parece que no te gusta el riesgo y has dejado que te conviertan en una policía de oficina. ¿También has dejado de escuchar a los Anthony and the Johnsons? —inquirió Roberto con agudeza.

Opté por no darle esa información acerca del grupo musical que se convirtió en la banda sonora de nuestra relación. Conocía bien a Roberto Rial y sabía que facilitarle ese dato sería determinante, una suerte de elemento acelerador para el fuego.

—Pago yo —dije por toda respuesta. Me incorporé y le di tiempo a Roberto para que recogiera su oficina móvil.

El breve paseo hasta la Casa Consistorial de Ciudadela resultó ser una suerte de tregua para el día que se nos venía encima. Saludé al vigilante de seguridad de la puerta de acceso antes de que Roberto extrajera de su bolsillo la placa de policía.

—Esto no es Madrid, jefe —dije con un guiño.

Preguntamos por la directora de los cursos de formación a mayores de sesenta años que el Ayuntamiento ofrecía de manera gratuita. Nos informaron de que la directora estaba de vacaciones y no volvería hasta al cabo de quince días, pero que Lorena Aro, la profesora que había impartido los cursos, vivía en Es Mercadal. No les constaba su teléfono particular, aunque tenían su dirección y el correo electrónico. Roberto chasqueó la lengua. No se imagina el ciudadano la de kilómetros innecesarios que hace la policía por no facilitarle un número de teléfono.

Viernes, 13 de septiembre, 11.00

En una de las casas bajas de la calle d'Enmig hallamos el domicilio de Lorena Aro. Nos franqueó la puerta una bella mujer de pelo azabache, despeinado y cortado a lo *garçon*. No alcanzaba los treinta años, tenía todo muy bien puesto y apenas la cubría una amplia camiseta blanca de tirantes, a la que Roberto trató de encontrar el mejor de los ángulos. No parecía incomodarle nuestra presencia pese a que nuestros semblantes eran serios y la placa policial anunciaba que no pretendíamos recibir lecciones de redes sociales.

—Pasad, pasad —dijo Lorena en tono alegre, dedicando una sonrisa a Roberto—. Puedo tutearos, ¿verdad?

—Por supuesto —respondió mi jefe con premura, no fuera que me adelantara y le marcara el terreno a esa monada que ya empezaba a caerme mal.

Lorena dirigió una mirada fugaz a una de las puertas entreabiertas y nos invitó a que nos acomodáramos en un sofá de piel marrón desgastada. La casa, pequeña y coqueta, estaba reformada y apenas contaba con tres estancias básicas a juzgar por el número de puertas que había. El salón, en el que había también una cocina americana, recibía una exigua luz natural que transmitía bienestar. Bajo el aroma predominante a café recién hecho capté el inequívoco olor a piel manoseada, algo que confirmó el cuerpo desnudo de mujer que atisbé sobre una cama por el resquicio de una de las puertas. Sonreí para mis adentros al comprobar que Roberto continuaba ajeno a la presencia de la otra mujer.

—¿En qué os puedo ayudar? —se interesó Lorena.

—Estamos investigando los asesinatos de dos mujeres en Ciudadela.

Respondieron con un «madre mía» casi al unísono, aunque la que estaba en la cama elevó más la voz. Roberto se levantó instintivamente y señaló con un dedo hacia la habitación.

—Estoy acompañada —confesó Lorena, todavía consternada por la respuesta de Roberto.

La puerta de la habitación se cerró del todo.

—¿Quieres que te esperemos en alguna cafetería? —pregunté.

—No, no... Es solo que ya sabéis. Una no imagina empezar el día de esta manera.

Hacía tiempo que aprendí que es mejor no imaginar ni cómo empieza ni cómo va a terminar el día.

—Tenemos entendido que hace apenas tres meses impartiste un curso de acceso a internet para mayores de sesenta años —dijo Roberto, yendo al grano, mientras Lorena lo escuchaba con atención—. Necesitaríamos una lista de todos los asistentes.

Lorena miró hacia el techo y asintió veloz.

—Creo que tengo una copia en la habitación.

Al incorporarse de un salto, enérgica, su camiseta le jugó una mala pasada y nos mostró la perfección de su trasero, digno de convertirse en un salvapantallas por el que algunos pagarían. Cacé la mirada de Roberto.

—Dentro hay otra tía —le susurré con maldad—. Desnuda —puntalicé.

Roberto deslizó su mirada sobre la mía.

Lorena regresó con un papel en la mano, ya ataviada con unas mallas que cubrían algo más su anatomía.

—Aquí lo tenéis, espero que os sirva.

Roberto asió el documento y le echó un rápido vistazo.

—¿Únicamente doce alumnos? ¿Y solo un hombre? —preguntó.

—Las mujeres siempre están dispuestas a experimentar —respondió Lorena con aire de satisfacción, y yo la creí—. ¿Qué tienen que ver los asesinatos con mis alumnos?

—Dos de las víctimas están en esta lista —confirmó Roberto.

Lorena se tapó la boca y de nuevo oímos un lamento tras la puerta de la habitación.

—¿Puedo saber quiénes eran?

La mujeres también somos más curiosas, pensé.

Roberto le señaló los dos nombres de las víctimas.

—¿Te llamó la atención alguna de ellas? —pregunté.

—La verdad es que no. Era un grupo serio, eso sí, de poca broma, pero no les molestaba mi carácter extrovertido.

—Háblanos del único hombre —pidió Roberto.

—Josep —pronunció Lorena con cariño—. Tiene cerca de setenta años y está en una silla de ruedas desde hace más de veinte. Un tesoro de hombre, todas lo cuidábamos.

Descartado, pensé.

—Entonces, ¿no te llamó la atención ninguna de ellas? —insistí.

Lorena se tomó su tiempo. Se acercó a Roberto y releyó el listado que ella misma le había entregado mientras negaba en silencio.

—No —contestó—. Era un curso de dos meses y de dos horas por semana. Tampoco compartimos demasiado tiempo. Les enseñé conceptos básicos, cómo configurarse un perfil en Facebook, Twitter, y cómo chatear para enviar fotos a sus familiares. En Menorca la gente joven no lo tiene fácil y muchos deciden irse. Por eso enfoqué el curso a que mis alumnos pudieran mantener el contacto con sus familiares y de paso perdieran el miedo a internet.

—¿Ibais a alguna cafetería en concreto en el descanso? —se interesó Roberto.

—Sí, pero no todos. Cruzábamos la plaza y solíamos ir a la que hay enfrente de la Casa Consistorial, junto al bar Imperi. Se llama...

—La Reina —la ayudé, y ella asintió.

—Azucarillos —me aclaró Roberto justificando su pregunta anterior. Todavía nos quedaba un poco para bailar en esa investigación como lo habíamos hecho antaño.

Agradecemos a Lorena su buena disposición, declinamos amablemente su invitación a un café y nos despedimos de ella y de la otra mujer que había decidido no mostrarnos su cara.

Estábamos regresando al vehículo cuando Lorena abrió de nuevo la puerta y asomó la cabeza.

—Recuerdo que una de las alumnas era muy borde, altiva y no se llevaba demasiado bien con las demás.

—¿Su nombre? —preguntó Roberto.

—Amparo —contestó.

—Amparo Parra —completé ante la mirada atónita de mi jefe.

Lorena cerró la puerta de nuevo y nos quedamos detenidos en medio de la calle.

—¿Quién es? —inquirió Roberto.

Ponderé la información que debía darle. Si mis sospechas eran correctas, necesitaba más pruebas objetivas o de lo contrario perdería puntos frente a Roberto. Él se manejaba bien en los silencios, era su terreno. Que yo no respondiera rápido lo alertó.

—No te ha dado tiempo de leer la lista —advirtió—. ¿Quién es, María?

Detuve el paso en seco antes de llegar al vehículo camuflado.

—Amparo Parra es mi suegra.

Roberto relajó su expresión, sonrió como un granuja e incluso se esforzó por no soltar una carcajada. Me dejé contagiar por su reacción. No podía dejar que la preocupación asomara, no todavía.

—¿Un mal bicho? —preguntó divertido.

—Una auténtica hija de puta.

Apenas definí a mi suegra me vino a la memoria la madre de Roberto, la entrañable señora Carmen. Algo me decía que también Roberto pensaba en ella y en lo que nos llegamos a querer. Estaba a punto de preguntarle por ella cuando le sonó el móvil. Comprobó la llamada en la pantalla y antes de contestar la puso a escasos centímetros de mis ojos. Era Sánchez. Roberto respondió, escuchó atentamente, consultó su reloj y puso cara de fastidio.

—No fue ella, Sánchez, fui yo. En media hora estamos allí y así dejamos claras unas cuantas cosas, porque me parece que estás confundiéndote.

Y colgó.

—¿Qué pasa?

—Tu querido jefe quiere pegarte un rapapolvo por pasar por comisaría sin ir a su despacho y coger un coche sin su permiso.

—¡Será gilipollas!

—Es cosa mía, no te preocupes.

En ese mismo instante recibí un mensaje de texto en mi móvil. Sánchez me ordenaba que fuera a verlo al despacho en cuanto llegáramos.

Le mostré el mensaje a Roberto.

—Deja que entre yo solo primero —insistió.

Un líder tiene eso, me dije mientras abría la puerta del vehículo. La capacidad para dar la cara por los suyos, sopesar cuándo es necesaria su intervención y reducir un problema a una mera anécdota. Sin embargo no olvidé que un líder también sabe cuándo, cómo y a quién debe exigir.

—Cuando terminemos con el capullo de Sánchez me reuniré con Álvaro. Tú busca un ordenador e infórmate de quién distribuyó los sobres de azúcar intervenidos —ordenó—. Tal vez tengamos suerte y solo vayan a parar a unos bares determinados.

Asentí, arranqué el coche y conduje algo aturdida entre las calles blancas de Es Mercadal. Estaba detenida ante un semáforo cuando observé a Consuelo cruzando el paso de peatones. Presioné dos veces la bocina del vehículo hasta que logré llamar su atención. Nos escrutó a través de las lunas de la ventana y sonrió taimada al comprobar quién me acompañaba.

—¿Qué hacéis por aquí? —quiso saber.

—Gestiones —respondí escuetamente, dejando que su imaginación volara.

—¿Vais a comisaría?

El semáforo cambió y el conductor del vehículo que nos seguía presionó impaciente el claxon.

—Anda, sube —dije pese a la obvia incomodidad de Roberto, a quien la presencia de la gente simplemente le molestaba.

—¡Muchas gracias! El autobús es un tostón.

Hice las oportunas presentaciones. Roberto le dedicó a Consuelo una mirada fugaz y decidió aislarse de nuestra compañía. Era uno de esos gestos soberbios que yo siempre había desaprobado. Ante mí nunca reconoció que es injusto con las personas que no conoce. «A mi edad ya no necesito conocer a más gente», me había recordado en ocasiones anteriores, después de que yo le reprochara esta actitud.

—Menudo día llevo. —Consuelo arrancó a hablar, algo incómoda ante el silencio sepulcral que reinaba en el coche—. Tengo a Sánchez con un cabreo monumental.

—Ya somos dos —solté.

—Si es que tengo unas compañeras que no son buena gente. —Consuelo estaba resentida—. Les he cambiado el turno cuando han querido, que si tengo la niña mala, que si a mi marido le ha salido una faena y tengo que quedarme con la abuela... Desde que llegué vengo callándome muchas cosas.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

Roberto fingía no escuchar, pero devolvió el móvil al bolsillo de su pantalón y empezó a prestarnos atención con la mirada perdida.

—A que son muy cabronas, María, y discúlpame mi vocabulario, pero es que hoy estoy muy quemada. Soy la que más curro y hoy me la han jugado. Si podéis comer

en el suelo de la comisaría es por lo mucho que me esfuerzo, porque si fuera por ellas... ¿Te puedes creer que hasta he llegado a llevar mis propios productos de limpieza porque creo que me manipulan las botellas? Son capaces de cualquier cosa con tal de hacerme la vida imposible.

—Cómo está el patio —exclamé.

—Y lo que me callo, María.

—Sabes que soy una tumba —bromeé—. Pero ¿por qué van a por ti?

—Si tú tampoco lo ves, vamos mal —respondió ella, ofendida, sin darme opción a que rectificara. Roberto se mofó con una mueca que Consuelo no alcanzó a ver—. Les jode que trabaje más horas y que todos me feliciten por cómo dejo los despachos. No soy una mediocre como ellas, ni tampoco soy ninguna chivata, María, por eso me callo. Aunque sí que te digo que hoy la Juani me la ha jugado.

—¡Vaya con la mosquita muerta!

—Sí, una mosquita muerta —repitió, iracunda—. Ayer me pidió un cambio de turno y va la muy guarra y se presenta al despacho de Sánchez para decirle que hoy no me he presentado, que como le doy al alpiste me cuesta madrugar. Ya sabes cómo es Sánchez. Me ha llamado como un loco, he intentado explicarle lo de los cambios, pero me ha dicho que yo misma, así que mejor me acerco a aclarar las cosas, que no está la situación como para perder un trabajo. No sé quién dijo que lo importante no es llegar sino ir.

Me pregunté si de pronto todo el mundo hablaba con citas y refranes o por el contrario, al igual que cuando buscamos un vehículo de una marca y un modelo concreto, vemos ese vehículo por todas partes.

—En fin, vamos a cambiar de tema, que me enciendo —prosiguió Consuelo—. ¿Cómo lleváis el tema de los asesinatos?

Roberto se envaró. La discreción profesional era terreno sagrado.

—Avanzando —respondí.

—No hagáis como el Gobierno con los parados, que se olvidan de ellos a la primera de cambio. —Consuelo apoyó las manos en los dos reposacabezas y acercó la cabeza a las nuestras—. Lamentablemente, si en unos días no pilláis al culpable, carpetazo y a otra cosa. ¿O crees que a Sánchez le importa mucho el asesinato de unas mujeres anónimas?

—Que no sean famosas no significa que sean anónimas —repliqué.

—A mí me importan, y créeme, eso es suficiente —sentenció Roberto con malas pulgas.

Al llegar a comisaría, Roberto tenía el rostro desencajado. Consuelo no había dejado de hablar durante todo el trayecto. Comentó que había tenido una vida difícil, aunque no soltó prenda, y es que quien viene a Menorca suele tener un pasado que enterrar. Para Roberto era una auténtica chafardera, para mí simplemente una mujer que pasaba demasiadas horas sola en un pueblo del interior de una isla. ¿Acaso se podía estar más aislada?

Sonó el teléfono de la extensión de la Judicial y Garrido descolgó.

—Es Sánchez. Que subas cagando leches al despacho —anunció a viva voz, disfrutando de aquel momento.

Cuando accedí a ese despacho por segunda vez en menos de cuarenta y ocho horas, capté al instante la tensión de sus caras y la testosterona que flotaba en el ambiente.

—Buenos días, jefe —saludé a Sánchez, y me mantuve en pie pese a que ellos no lo estaban.

—Lo serán para ti —me contestó con brusquedad, aunque no tanto como lo hubiera hecho de no estar Roberto presente—. Creo recordar que todavía soy el responsable de la comisaría y que me debes un respeto.

—Yo no le he faltado al respeto...

—Habla cuando termine —me cortó. Roberto inició el repertorio de muecas y chasquidos que tenía para aquellas situaciones, algo que intimidó a Sánchez—. Que colabores con la Central de Homicidios no te convierte en uno de ellos. Si quieres ya sabes dónde están: Madrid, capital de España. Pero mientras estés destinada aquí y bajo mis órdenes, vas a informarme de todo a diario. Así no tendré que sonrojarme cuando me llame el jefe superior y no pueda darle ninguna información.

—¿Eso es todo? —intervino Roberto, levantándose de su silla para situarse a mi lado—. Tenemos mucho que hacer y hay un millón de juegos de mesa con los que puedes disfrutar de la jerarquía de mandos. Allí fuera matan a mujeres de verdad.

Nadie había hablado así a Sánchez, quien enrojeció hasta ponerse morado. Estaba iracundo, fuera de sí, y apreció un reiterado temblor sobre su vena aorta. Por un momento llegué a temer que sufriera un infarto.

—Fuera los dos de mi despacho. Tendrás noticias, Rial, de Madrid o de Jefatura de Palma, pero tendrás noticias.

—Por mi parte no tendrás ninguna —replicó Roberto—. Y respecto a María, ahora está a mis órdenes y no pienso autorizarla a que te visite cada mañana para satisfacer tus inseguridades.

Roberto abrió la puerta y con una mano me invitó a salir. No moví ni un solo pelo. No las tenía todas conmigo.

—Es una orden, Médem —me recordó Roberto.

Sánchez no abrió boca y yo obedecí. Solo me faltaba a mí y a mis alteradas hormonas que Roberto Rial interpretara el papel de poli duro, seguro de sí mismo y protector de damiselas en inminente peligro.

Bajamos juntos a la planta de la Judicial. Garrido y sus secuaces cerraron el despacho intencionadamente y fingieron tener que salir a una emergencia.

—Tú, tranquila —me indicó Roberto—. Si obtenemos resultados nos protegerán desde Madrid y a Sánchez le apretarán las tuercas. Pero tenemos poco tiempo. ¿Sabes a qué me refiero?

Lo sabía, pero callé. Prefería que me diera la explicación, no fuera a ser que volviéramos a malinterpretarnos como nos había ocurrido ya en el pasado.

—Mis investigaciones son enfermizas.

—Lo sé.

—Mi vida es una anarquía —continuó Roberto, y yo asentí—. Y es porque estoy convencido de que si no nos entregamos a nuestro trabajo, mejor nos dedicamos a otra cosa. Ya sabes lo que siempre digo: puedes elegir entre ser policía o funcionaria. Pero elige ahora, no hay tiempo. Sé que eres madre, que estás casada y que llevas años sin vivir estas pesadillas, pero necesito saber si puedo contar contigo.

Roberto bajó el volumen de la voz y señaló con el mentón por encima de mi hombro. Me volví y vi a Consuelo, que estaba recogiendo papeleras y limpiando mesas, ajena a nuestra conversación pero a escasos metros.

—Mi hijo y mi familia son cosa mía —respondí a Roberto empleando su mismo tono—. Cuenta conmigo.

En cuanto hube pronunciado esas pocas palabras sentí que se me encogía el estómago. No se trataba de una decisión en caliente, fruto de la inexperiencia y el entusiasmo de una novata ante la perspectiva de investigar dos asesinatos con un jefe más que interesante. Era consciente de lo que suponía decirle «cuenta conmigo» a Roberto Rial. La imagen de mi pequeño se interponía en mi decisión ya emitida, pero tenía que luchar contra aquel chantaje emocional que exponía mi otro yo, ese yo de madre que me hacía sentir bien pero con el que no terminaba de identificarme. Hacía solo cuatro meses que había parido y aún no era del todo consciente de lo que eso significaba. Todavía creía que cazar monstruos era mi verdadera misión en la vida y que así lo exigían las circunstancias.

—No te olvides de los azucarillos. Mantenme informado —dijo Roberto, dejándome plantada con mis pensamientos en la segunda planta.

Consuelo se acercó con sigilo.

—Está la cosa tensa —trató de sondear. Asentí cabizbaja y ella añadió—: Oye, María, si necesitas que un día cuide a tu niño solo tienes que decírmelo.

Hasta la fecha nuestras conversaciones habían sido insustanciales y la mayoría de las veces se habían limitado a cotilleos de comisaría. Supuse que el gesto de llevarla en coche había hecho que nuestra relación subiera un peldaño en el camino de la amistad.

—Gracias, Consuelo, pero ya me las arreglaré —dije con cierta frialdad. Pese a sus buenas intenciones me sentí incómoda.

Consuelo demudó su semblante.

—Bueno, yo ya te lo he dicho —dijo antes de seguir con sus tareas—. Por cierto, el de Madrid es guapísimo —remató, guiñándome un ojo y arrancándome una sonrisa que me hizo bien.

El resto del día anduve enfrascada en averiguar quién distribuía los sobres de azúcar que nos había dejado nuestra asesina a modo de jeroglífico, de desafío personal o simplemente sin más motivo que el de hacernos perder tiempo y despistarnos en nuestra investigación. Aun así en Homicidios nada es baladí, no puede dejarse ningún resquicio, aunque por él solo quepa una bacteria.

De las fotocopias de los sobres de azúcar pude extraer información sobre su distribuidor, Azúcar Rotul S. A., una empresa de Granada dedicada al envasado y comercialización del azúcar. En un extremo del sobre figuraba su teléfono. El gerente de la empresa me contó entusiasmado el proceso de fabricación y añadió que otras empresas los contrataban para que produjeran sobres de azúcar con determinados logos y citas, como era el caso. Le pedí información acerca de los sobrecillos que teníamos sin desvelarle los motivos. Le tomó un tiempo consultar en su ordenador la base de datos maldiciendo al informático que les había cambiado el programa días atrás. Finalmente me facilitó el cliente que le había pedido esa partida de sobres de azúcar, que debían llevar su logo en el anverso y la cita o refrán en el reverso. Era la marca de café La Tosteria, una compañía italiana que acababa de aterrizar en el mercado español. Tomé nota y antes de despedirme el gerente me invitó a que visitara su planta si alguna vez me dejaba caer por allí. «La Alhambra es una maravilla —me dijo—, pero mi empresa endulza vidas.» En su mente no cabía el uso que alguien había dado a sus sobres de azúcar.

Insistí toda la tarde en localizar al comercial de La Tosteria, pero fue en vano. Decidí enviarles un correo electrónico. Consulté el móvil y constaté algo indignada que el mundo no quería saber nada de mí. Roberto ni siquiera me había llamado para comer. Aquella era su manera de exigir resultados. Si no aportas nada, no hay nada que compartir. Lo malo de ser un tipo estricto es cuando uno termina siéndolo en todas las facetas de su vida.

Viernes, 13 de septiembre, 20.00

Salí de comisaría con una leve migraña y los trapecios cargados. Demasiadas horas frente al ordenador y demasiada tensión acumulada. Pensé en los masajes que me da Bruno cuando le ruego que me arregle el desaguisado de mi espalda. Tiene unas manos divinas, pero prefiero no saber dónde ni cómo aprendió. Sentí que tal vez me había mostrado demasiado dura con él, pero el orgullo no era precisamente algo que yo manejara bien. El problema era su madre y consideraba que por tanto era deber de mi marido encontrar la solución. Al menos la familiar, la que se refería a mis fundadas sospechas era cosa mía. Solo mía. Absorta en mis cosas le quité el candado a la bicicleta y tardé en darme cuenta de que estaba lloviznando. La noche caía en Ciudadela y nos recordaba que la luz solar menguaba de manera irrevocable, al igual que mi estado de ánimo.

Apoyé el cuerpo en un lateral del ascensor y me sentí extenuada y hambrienta. No había tomado nada excepto agua y café. En cuanto abrí la puerta de casa oí las risas de Amparo y Eva. Alcancé el comedor y descubrí que aquel par de desconocidas habían hecho buenas migas. Semejante panorama me quitó el apetito. Hugo las observaba anonadado hasta que mi presencia las importunó. Saludé sin entusiasmo y cogí en brazos a mi pequeño. Como si de la sirena de una fábrica que marca el final de la jornada se tratara, en cuanto las dos mujeres me vieron se apresuraron a mostrarme sus otros rostros. El más agrio por parte de mi suegra, el de buena persona por parte de la otra. Me enfurecía que Eva no siguiera mis instrucciones de mantener alejado a Hugo de su única abuela. Tenía la certeza de que a mis espaldas estaba ocurriendo todo lo contrario. Como si me hubiera leído el pensamiento, Eva se apresuró a darme el parte diario, cogió el bolso y se esfumó a la velocidad de la luz, excusándose en tareas pendientes de su hogar. No quise decirle nada en presencia de la bruja y preferí llamarla más tarde. Amparo volvía a estar arreglada para salir. Me descolocaba aquella cantidad de citas en una persona asocial que últimamente se esforzaba en aparentar todo lo contrario. En esa ocasión había elegido ropa cómoda de lino, acorde con la isla y la temperatura de septiembre. Cualquiera que la hubiera visto habría dicho que de joven tuvo que ser atractiva, que todavía se cuidaba y que aún podía ponerse cualquier cosa.

Mi suegra me repasó de arriba abajo y emitió una de sus sonrisas condescendientes, de esas que dan el visto bueno como si se tratara de la mismísima Cleopatra. Hugo se echó a llorar.

Cogí el móvil y observé que tenía un wasap pendiente de leer. Era de Eva, y en él me decía que si no le indicaba lo contrario mañana estaría a la misma hora. Me sentí

frustrada y estúpida. Toda mi esfera personal la había dejado en manos de Bruno y de su entorno. Convivía forzosamente con la psicópata de su madre y había elegido a Eva, la mujer de uno de sus mejores amigos, para cuidar de mi tesoro. Hasta hacía apenas unos días Lola era quien se hacía cargo de mi pequeño y de mis confesiones. Mi vida se hundía como lo hace todo aquello que no cumple con los mínimos requisitos de flotabilidad. En mi caso, para flotar necesitaba paz y cariño, mucho cariño.

—¿Sabes a qué hora ha comido por última vez? —pregunté a Amparo, resignada. El llanto de Hugo no remitía.

Someterme a ella de esa manera le cambió el semblante. Sintió que su poder iba en aumento, que la batalla se inclinaba hacia su lado, que el árbitro de la contienda acababa de anotar dos puntos a su favor.

—No lo sé, reina, pregúntaselo a la cuidadora —respondió con desdén—. Estas cosas no te pasarían si dejaras a tu hijo con quien de veras ha de estar, y no con flojas de la vida que se pasan las horas llorando y con depresiones.

Como no entendía muy bien a qué se estaba refiriendo, me limité a encogerme de hombros. Decidí sentarme en el sofá y amamantar a mi pequeño, que enseguida dejó de llorar.

—Sí, reina, sí —insistió Amparo al ver que yo seguía en silencio—. Tu Eva tiene una depresión de caballo. No digo que no esté pendiente de Hugo, pero esas cosas se transmiten a los niños y vete a saber cómo le repercute.

Noté un reflujo ácido.

Rabia.

—A juzgar por las risas que soltabais no creo que su depresión sea para tanto —argumenté.

—¿Quieres saber de qué nos reíamos? —La bruja consultó su reloj y chasqueó la lengua con aire de fastidio. Me miró fijamente y negó con la cabeza dándome a entender que no merecía esa explicación—. Nos reíamos de la ironía de la vida. Tu amiga Lola ha tenido una discusión de órdago con un tipo en medio de la escalera; de hecho ha faltado poco para que llamáramos a tus compañeros. Nos hemos asomado y le he preguntado si todo iba bien y tu querida amiga ni me ha contestado, ha dado un portazo y se ha metido en su casa. Menuda vida lleva. Porque ella tiene un crío, ¿verdad?

—¿Cómo era el hombre? —quise saber.

—Tendría unos cincuenta años, vestía traje y corbata, entrado en carnes y con aspecto de oficinista fracasado —respondió Amparo, disfrutando de la situación.

Ponderé la información y deduje que sería uno de los responsables de las esquelas *on line*. Ese negocio no podía ir bien.

—¿Y de eso os reíais? ¿De que una amiga mía tuviera problemas? ¿Esa es la ironía de la vida?

—No, reina, la ironía de la vida es que dejes a tu ser máspreciado en manos de

una vecina de mala vida o de una depresiva. Lo que sea antes de permitir que lo cuide su única abuela.

—Como ves, cualquier opción es buena antes que dejar a Hugo contigo —me defendí. Su semblante demudó. Mi suegra había venido a hacerme daño, a aniquilar mi presencia en su entorno familiar sin importarle los daños colaterales—. ¿Otra cita?

—Uno más de la red social Vudú —respondió con orgullo—. Para algo tenía que servirme el curso de internet. Por cierto, ¿cómo va la investigación sobre las mujeres asesinadas? —preguntó como quien se interesa por el parte meteorológico.

Respiré profundamente por la nariz.

—Muy avanzada —dije.

Amparo se quedó pensando sin decir nada.

—Me alegro —contestó finalmente—. No me gusta salir sabiendo que hay una asesina de mujeres suelta.

—¿Quién ha dicho que sea una mujer?

De nuevo se tomó su tiempo para responder. El murmullo de la televisión era indescifrable. Toda mi atención estaba en sus labios, estriados pese al maquillaje, en cualquier gesto que pudiera delatarla. Incluso Hugo dejó de succionar en espera de aquella respuesta.

—Intuición femenina.

—¿A qué has venido aquí, Amparo?

Extrajo una cajetilla de Marlboro de su bolso y leyó en ella.

—*Veni, vidi, vici*. No lo olvides reina: *Veni, vidi, vici*.

Encendió un cigarro tras consultar una vez más su reloj, lanzó una mirada inclasificable a Hugo y se marchó.

Mi pequeño tesoro se había quedado dormido. Su respiración acompasada me ayudaba a recuperar la calma. Apagué el televisor y fui besándolo intermitentemente durante un espacio de tiempo indeterminado. De no ser por aquella personita que se había instalado para siempre en mis entrañas, habría deseado huir, ser otra mujer y empezar de nuevo. Pero aquel pensamiento radical no era compatible con mi verdadero sentir. Había una parte de mi pasado que me gustaba, que no cambiaría por nada. Como también había una parte de mi ser a la que me debía en cuerpo y alma. Repasé mentalmente la conversación que acababa de mantener con mi suegra. Que Lola hubiera mantenido una violenta discusión con un hombre de cincuenta años en medio de la escalera no me cuadraba demasiado. Amparo era una mentirosa nata y con tal de no desvelarme el motivo de sus risas compartidas con Eva era capaz de inventarse cualquier cosa. Por no mencionar sus ansias de hacerme daño respecto a las personas que elegía para cuidar a Hugo. Tenía una conversación pendiente con Eva; estaba segura de que sucumbiría a mis interrogatorios policiales disfrazados de preocupaciones de madre. Me centré en las tres palabras que Amparo había pronunciado: «*Veni, vidi, vici*», me repetí, tratando de descifrar qué había querido decir con ello. Mis tripas reclamaban algo sólido y Hugo merecía un colchón.

Acomodé a mi pequeño en su cuna y antes de satisfacer las demandas de mi estómago encendí el portátil. Inserté en Google el criterio de búsqueda «Veni, vidi, vici, Marlboro»; al fin y al cabo mi suegra había leído aquellas palabras de la cajetilla de tabaco. El resultado era abrumador, con más de quince mil respuestas. Perdí el tiempo con muchas de ellas, algunas trataban de convencer al resto de internautas de que en la cajetilla de Marlboro se encontraban mensajes subliminales: que si contenía varias letras ka en honor al Ku Klux Klan, que si se giraba la cajetilla y se cubrían las letras de la marca se distinguía la silueta de los pies de dos personas negras ahorcadas... Esto último llamó mi atención sobremanera, pero terminé descartando ese dato rebuscado y propio de gente que tenía demasiado tiempo libre. Simplemente me quedé con la información que no estaba sujeta a interpretación. El escudo que aparecía en las cajetillas de Marlboro presentaba un par de leones sujetando un emblema con las letras PM, siglas de su fabricante Philip Morris, y debajo la expresión «*Veni, vidi, vici*». Una frase célebre, pronunciada por el emperador Julio César ante el Senado romano alardeando de su destreza militar tras una victoria. Me quedaba claro. Amparo había decidido conquistar mi hogar y estaba advirtiéndome de cuál iba a ser su estrategia. Inspiré profundamente y traté de restablecer mi equilibrio mediante el control de la respiración. Mi suegra no era Julio César, y su gran error había sido soltar aquella frase en el fragor de la batalla. Todo estratega sabe que en una guerra la capacidad de sorprender al enemigo es parte de la victoria. Amparo acababa de perder esa capacidad.

Segunda Parte

VIDI

Sábado, 14 de septiembre

A las dos de la madrugada el sonido del móvil arrancó de cuajo la onírica imagen de mi padre sosteniendo a Hugo y aceleró mis pulsaciones. Se supone que una policía de Homicidios ha de estar acostumbrada a esas injerencias, pero en mi caso no era así. La voz de Roberto anunció que había aparecido una tercera víctima.

—Esta vez ha sido en Mahón —dijo con voz quebrada. También a él le habían despedazado el sueño. Me pregunté cuál sería el suyo—. La vecina oyó golpes a eso de las once de la noche y tras ello la dichosa canción de Raphael. Al asomarse al balcón vio a una mujer delgada que salía apresuradamente del edificio. Era de mediana estatura y vestía pantalón y blusa de color claro. Es un edificio de dos únicos pisos, junto al Café Real.

—Sé dónde es —respondí.

—La mujer se acostó, pero no logró conciliar el sueño por culpa de la música —continuó Roberto como un autómata—. Sobre la una de la madrugada se levantó y telefoneó insistentemente a su vecina, pero esta no contestó. Después llamó a la policía y les franqueó la entrada con una copia de las llaves. Descubrieron a una mujer de cincuenta y siete años, soltera de toda la vida, ahorcada. El resto de los detalles lo sabremos al llegar. Álvaro y yo ya estamos listos, he ordenado que acordonen el piso y que bajo ningún concepto apaguen la música que emite el ordenador de la víctima. ¿Cuánto tiempo necesitas para venir a por nosotros? ¿Quince minutos?

Un largo silencio.

Me quedé congelada.

Roberto me lo había advertido: cazar monstruos exige interrumpir tu vida. La situación me pilló con el paso cambiado. Miré a mi pequeño tesoro y me venció el instinto. De repente oí el ruido de la cerradura de la puerta de la calle y me incorporé de un salto tras coger mi arma reglamentaria de debajo del colchón.

—¿Sigues ahí? —insistió Roberto.

Mi suegra entraba en casa a hurtadillas y con mal semblante. Se acariciaba el brazo derecho con la otra mano y mostraba evidentes signos de dolor. Se asustó al verme armada, medio desnuda y sosteniendo el móvil junto a mi oreja.

—Espera —pedí a Roberto.

—¿Qué haces con ese chisme en la mano? —bufó Amparo. Se armó de valor y pasó por mi lado con indiferencia de camino a su dormitorio—. Al menos en mi presencia podrías disimular que estás hablando con tu amante —dijo dándome la espalda mientras abría el candado de su fortaleza, dejando en el pasillo un casi

abrumador efluvio a hierbabuena.

—No puedo, Roberto —contesté con la mirada clavada en la puerta cerrada de mi suegra.

—¿Qué?

—No tengo con quién dejar a Hugo —logré decir.

—¿Con quién hablabas?

—Con mi suegra.

—¿Entonces? Deja al crío con ella y vente ya, cojones.

—No puedo. —Me moría de ganas de soltar mis razones, pero me contuve.

Roberto me colgó.

Me apoyé en la pared y traté de hallar una solución. De ninguna manera iba a dejar a Hugo con esa mujer a la que empezaba a temer, pero evidentemente tenía que ir a esa inspección ocular. Roberto me consideraba un pilar en la investigación. Respiré hondo y me armé de valor para llevar a cabo lo que estaba a punto de hacer. Ninguna madre en su sano juicio habría tomado esa decisión pero tampoco conocía a demasiadas que se dedicaran a investigar asesinatos. Me vestí en menos de tres minutos, enfundé el arma en la riñonera sujeta por un cinturón de Mango, saqué de la nevera reservas de leche materna, y cogí en brazos a mi pequeño envuelto en su mantita. Crucé el pasillo a tientas, sin hacer ruido y sin darle a ningún interruptor. Pegué un oído a la puerta de la habitación de mi suegra y me pareció escuchar un sollozo. Continué escuchando hasta constatar sin asomo de duda que la mujer que se hallaba al otro lado estaba llorando.

Sumida en una espesa confusión bajé hasta la planta de Lola por las escaleras. Pulsé el timbre una sola vez. Mi amiga abrió la puerta somnolienta y se sorprendió al verme a esas horas sujetando a Hugo en mis brazos.

—Deja que te lo explique cuando vuelva, Lola. A las ocho me tienes aquí.

Las circunstancias así lo exigían y mi aspecto hablaba por sí solo. Lola lo entendió sin pedir explicaciones, algo muy propio de ella. Para la mayoría de las mujeres aquella madrugada antepuse mi trabajo a mi hijo. Solo sé que a veces, y ese es mi caso, identidad y trabajo se funden, y cuando eso ocurre, fallar a mi trabajo es fallarme a mí misma.

Cogí la bicicleta del rellano y pedaleé como si la muerte me persiguiera. Logré coger el móvil y pulsar la última llamada.

—¿Dónde estáis? —pregunté.

—Saliendo de Ciudadela —respondió Roberto, y pude intuir su sonrisa.

—Recogedme en comisaría.

Sábado, 14 de septiembre, madrugada

Se desnudó frente al espejo con la ventana abierta, permitiendo que la luna llena asediara su habitación. La noche era templada y la temperatura corporal, mantenida por el exceso de adrenalina, todavía no había iniciado su descenso habitual. Contempló orgullosa su cuerpo fibroso, capaz de haber aniquilado de nuevo otra vida con sus propias manos. Dirigió la mirada hacia ellas y las besó, agradecida por el trabajo bien hecho. Paula Pons había sido su primera víctima en Mahón. El desplazamiento había valido la pena. Aquella vieja perra me engañó, pensó. Cuidado con lo que deseas, porque puedes conseguirlo, le dijo a su propio reflejo fingiendo ser otra persona con voz distinta. ¿Deseabas suicidarte, querida Paula? ¿Te cansaba esta mísera vida? Qué sabrás tú lo que es una mala vida. ¿Te folló tu padre noche sí noche también cuando apenas tenías edad para entender el mundo? No te preocupes, tu deseo ha sido concedido, continuó hablándole al espejo. Invasión por un cansancio súbito se dejó caer sobre la cama. Desde allí recorrió con la mirada los rincones de la habitación. Fijó su atención en el transmisor. Demasiado pronto para que hablen de mi nueva obra, se dijo. Se encendió un pitillo y se recreó en escenas recientes. La expresión de terror de Paula había sido sin duda lo mejor de la noche. No estaba segura, pero incluso le pareció sentir una especie de excitación al recordar aquellos ojos abiertos que gritaban todo lo que no podía gritar su garganta. Matar la ponía más cachonda que el sexo. Al fin y al cabo, ya se le había pasado el arroz para lo segundo, concluyó convencida. Ese era su particular clímax: conseguir congelar el terror en la mirada de todas ellas. Calada tras calada, fue recordando los pasos que había ejecutado. El enjuague vertido en su apestosa e inerte boca, el sobre de azúcar con la cita de rigor, la bella canción de Raphael capaz de aniquilar todo rastro informático... Pero durante la noche se habían producido dos imprevistos. El primero fue que no había agua. La vieja perra vivía sin agua. No poder dejar el piso impoluto le podría plantear un problema si la policía hallaba algún resto biológico. La próxima vez sería lo primero que comprobaría: que la casa tuviera agua y que la mujer fuera algo más débil. A pesar de que la había atacado por sorpresa, Paula Pons había luchado por vivir. Se miró los antebrazos y constató los arañazos que aquella mentirosa le había dejado. Las uñas también estaban dañadas, un par de ellas rotas. Nada que el esmalte no pudiera ocultar. El segundo de los imprevistos lo consideraba una minucia. Paula Pons no era la víctima que debería haber muerto aquella noche. Aquella perra había hecho que cometiera un error fatal. Los débiles y mentirosos no merecen vivir, repitió como una letanía. Poco antes de que el sueño la venciera, logró esbozar una sonrisa de satisfacción. En

menos de una semana enmendaría el error de Paula Pons.

Sábado, 14 de septiembre. Mahón, 03.00

La cafetería Real, situada en la plaza a la que debía su nombre, estaba cerrada y el adoquinado excesivamente encharcado. Cruzamos la cinta policial ante la mirada atónita de los agentes uniformados que custodiaban el único acceso y del responsable de la policía Científica de Mahón. Por indicación de Roberto nos cubrimos la boca con una mascarilla, el calzado con patucos, y nos ataviamos con un mono blanco de papel que portaba distintivos policiales. Si algún vecino se hubiera asomado por la ventana habría creído ver a tres científicos de la NASA en busca de vida marciana.

Álvaro consiguió relajarse en cuanto accedimos al interior del piso y oímos el *No nos dejan ser niños* de Raphael. El ordenador portátil continuaba intacto. Teníamos una vía más de investigación.

—A sus órdenes, Rial, soy el inspector Lorenzo. —El jefe de la Científica estrechó la mano de Roberto y nos dedicó un exiguo gesto al resto—. Tengo al equipo abajo. Les estábamos esperando, tal y como me indicó por teléfono. La dichosa canción nos está volviendo locos, pero nadie ha tocado nada.

—Gracias, Lorenzo —dijo Roberto apartándose la mascarilla—. ¿El forense y la comitiva judicial están avisados?

El inspector Lorenzo asintió.

—Que se equipen antes de subir. —Roberto barrió con un dedo su uniforme blanco de papel y acto seguido repasó visualmente la inadecuada indumentaria del inspector Lorenzo, quien al instante captó el mensaje.

—Lupa Dos a Lupa Uno —solicitó el inspector Lorenzo por el transmisor—. Cuando suban con el forense pónganse el mono blanco y... —miró los pies de Roberto— no se olviden de los cubrezapatos.

El silencio al otro lado de la línea reveló que estaban sorprendidos ante esa indicación. Álvaro y yo sonreímos por debajo de la mascarilla, imaginando la discusión que sostendrían. Medio minuto después respondieron resignados.

—Recibido, Lupa Dos.

—Traedme otro para mí —pidió Lorenzo.

—Lo que mal empieza mal acaba —amonestó Roberto—. No cuesta tanto seguir unas normas que solo nos pueden beneficiar.

El inspector Lorenzo se armó de paciencia, aunque no encajó demasiado bien aquel reproche delante de dos subordinados, tal y como acreditaban nuestras insignias.

Una vez hechas las preceptivas presentaciones con el forense y el resto de compañeros, iniciamos el protocolo para una inspección ocular del escenario de una

muerte violenta. A esas alturas ya nadie se dejaba confundir por la apariencia de suicidio. Roberto pidió a Álvaro que se encargara de poner fin a esa melodía que insistentemente trataba de grabarse en nuestro subconsciente.

La asesina eligió llevar a cabo su escenificación en el comedor de la casa. Si mi teoría era acertada, probablemente acometió por sorpresa a la víctima en la habitación de al lado, lugar en el que se hallaba el ordenador portátil. La idea de que fuera el cedé el cebo para distraerlas continuaba percutiendo en mi cabeza. Se trataba de un piso amplio, decorado en un estilo un tanto abigarrado y con un empapelado de los años setenta. Podría haber servido perfectamente para el rodaje de algún capítulo de la serie *Cuéntame*. La representación era similar a las anteriores, aunque en esta ocasión nuestra víctima estaba arrodillada, de espaldas a la puerta por la que se accedía al comedor y con la cabeza totalmente cubierta por una toalla. Vestía un amplio pijama de seda con motivos orientales, una prenda propia de los bazares que frecuentaba mi suegra, pensé. En esa ocasión no hallamos ninguna silla cerca de la víctima, que se mantenía en una posición medio erguida gracias a la tensión de una cuerda sujeta a la barra de la cortina que vestía la estancia. Era una mujer obesa, algo que sin duda debió de complicar las cosas. De hecho, la asesina ni siquiera se había esforzado en subirla a la silla. Podía imaginármela extenuada, tumbada sobre el piso y disfrutando mientras contemplaba el rostro de su tercera víctima. Gozaba matando, extinguiendo esas vidas con sus propias manos enguantadas, pero al terminar su trabajo no soportaba la expresión de aquellas pobres mujeres. Sentía que era juzgada y a ella no la juzgaba nadie. Entonces debía de ser cuando buscaba una toalla con la que cubrir aquel rostro vacío.

Tomamos todas las fotografías que consideramos oportunas haciendo uso de los testigos métricos habituales y Roberto distribuyó las tareas de manera clara e inequívoca. Una vez que dio la señal de arranque, Roberto y yo atendimos las indicaciones del forense, un tipo calmado y menudo, que rondaba los sesenta, cuyo físico ponía de manifiesto que le gustaba comer y no se esforzaba en disimularlo. Estaba de bastante buen humor pese a las horas intempestivas en las que se le había requerido y se mostró colaborador. No se podía pedir más.

—Me temo que tenemos un tercer caso —indicó el forense—. Estoy al corriente de las otras muertes ocurridas en Ciudadela. Sin duda han seguido el mismo modus operandi. Fíjense. —Levantó con el extremo de un bolígrafo la camiseta de la víctima por la espalda y señaló con un dedo todas las manchas violáceas que emulaban un mapa—. Livideces agudas en la espalda. Imposible que aparezcan en una ahorcada. Como veis también tiene algunas livideces en la mitad inferior del cuerpo y en las manos. Esta mujer fue asesinada en el suelo y la dejaron tumbada un buen rato. Todavía no se aprecia rígor mortis, así que me aventuro a decir que —consultó su reloj— Paula Pons fue asesinada sobre las diez de la noche. Cuando practique la autopsia os daré la hora exacta, pero sé que lleváis muy mal las esperas —afirmó con una media sonrisa.

Roberto asintió.

—El autor de los hechos ha fingido un ahorcamiento incompleto con el nudo atípico —continuó el forense—, y el surco superficial que presenta el cuello de la víctima apoya mi teoría de que no fue ahorcada. Además, fijaos —volvió a usar el bolígrafo como puntero, en esa ocasión para señalar el cuello de la víctima—, estas pequeñas manchas o hematomas son equimosis por presión de dedos, e incluso me atrevería a decir que esto de aquí son estigmas ungulares, presión por las uñas del autor de los hechos.

—Tened cuidado con la recogida del sobre de azúcar —indicó Roberto al ver que iban a introducir el hallazgo en una bolsita de plástico. Álvaro se adelantó a los compañeros. Recogió la prueba con unas pinzas y giró la mano hasta poder leer la cita que había impresa. Sopesó si era el lugar apropiado para hacerlo, pero Roberto leyó su pensamiento.

—Ilústranos, Álvaro.

—De nuevo nuestro amigo el refranero español —le anunció—. «A quien te engañó una vez, jamás le has de creer.»

—Ni suicidios ni infancias rotas; hoy toca la mentira —intervine, sin poder aportar nada más.

Álvaro fotografió el sobrecillo y lo depositó en el interior de un envoltorio de papel.

Siempre me había fascinado cómo se desenvolvía Roberto en la escena de un crimen. Tenía la capacidad de estar atento a todo. Ese era su hábitat. No solo veía lo que el resto no captaba, también se adelantaba a futuras vías de investigación en las que nadie había reparado. Cuanto hacía e indicaba tenía un sentido. No fueron pocas las discusiones que mantuvimos en el transcurso de nuestras investigaciones, pero eso era algo que jamás se me ocurriría hacer en medio de una inspección ocular dirigida por él. En ese terreno Roberto Rial era impecable, y el resto, eternos aprendices.

El forense se arrodilló frente a la víctima y jadeó, lamentando la artrosis acuciante de sus rodillas.

—Luchó —indicó el forense mientras elevaba las manos de Paula Pons y nos mostraba sus uñas rotas.

—¿Podrás extraerle piel de las uñas? —pidió Roberto al forense, quien asintió.

El inspector Lorenzo, cansado de que los suyos fueran una mera comparsa, se adelantó cubriendo las manos de la víctima con un sobre de papel que luego sujetó con cinta adhesiva policial a fin de proteger una posible muestra de ADN del asesino.

Roberto agradeció la iniciativa.

—Retirad con cuidado la toalla —ordenó Roberto, y aunque usó el plural, el inspector Lorenzo asumió que el mensaje iba dirigido a él.

Rodeé a Paula Pons hasta encararla. Tenía una espesa mata de pelo rojizo, aunque algo desaliñado. A pesar del sobrepeso, el suyo era un rostro de facciones armónicas. La boca entreabierta, algo teñida de verde por el enjuague bucal vertido, exhibía unos

labios perfilados. Su nariz era pequeña, graciosa, y estaba picoteada por infinitas pecas que atenuaban su edad. Unos ojos grises y deshabitados miraban hacia la ventana esperando su definitivo descanso. Deslicé los dedos con delicadeza sobre sus párpados y dejé que el telón de su vida pusiera el punto y final.

—También se repite el ritual del colutorio —continuó el forense—. ¿Tomamos una muestra esta vez? —preguntó a Roberto con socarronería.

Roberto se apartó de todos y buscó el mejor ángulo para tener una mayor perspectiva. Cuando enarqué las cejas como preguntándole qué ocurría, él me pidió tiempo alzando una mano. No transcurrió ni un minuto antes de que se acercara a mi oído para susurrarme:

—¿A qué no huele esta casa?

Lo miré confundida. Ese tipo de cuestiones abiertas, cuando provienen de Roberto, suelen tener una solución enredada.

—Empezaré diciendo a qué huele —dijo pegado a mi oreja ante la mirada torva del inspector Lorenzo—. Esta habitación huele a la naftalina de la soledad, a llantos silenciados de mujer que repite su vestimenta a diario y que deja que el sudor termine siendo su perfume. ¿Cierto? —Constató si le seguía y asentí—. Huele al paso del tiempo sin compartir.

—¿Ahora eres poeta? —bromeé.

—Jamás olvidaré a qué olía el hogar de mi madre durante los últimos meses de su vida —me respondió, barriendo con la mirada toda la habitación.

La noticia me dejó paralizada. No sabía que la señora Carmen hubiera fallecido. Llevaba días queriendo preguntar por ella, pero al final no lo había hecho. Dejé que mi espalda se apoyara en la pared y traté de encontrar los ojos de Roberto, sin éxito. Hubo un tiempo en que aquella mujer fue mi segunda madre. Ir a visitarla se convirtió en un acto especial en el que un ser entrañable me desvelaba la sensibilidad que su hijo escondía. Tuve que contener las lágrimas al pensar que desde que llegué a la isla no la había llamado ni una sola vez. Tratar de olvidar a Roberto exigía asumir ciertos daños colaterales, pero esa mujer no lo merecía. Si en mi vida he tenido una suegra, fue ella. Me esforcé al máximo en evitar el recuerdo de los momentos compartidos con la señora Carmen. Los ojos de los compañeros nos acechaban y Roberto no perdonaría que me olvidara del lugar en el que nos encontrábamos. Era muy propio de él contar una intimidad en el sitio y momento menos adecuados. Cualquier cosa con tal de no recibir el afecto que la confianza requería.

—Esta vivienda no huele a limpio —prosiguió Roberto como si tal cosa—. No huele como los demás pisos. Ni a lejía ni a amoníaco. Tampoco he visto ninguna fregona junto a la puerta.

Una vez más tenía razón, pero yo no estaba de humor para felicitarlo por su observación.

—¿Tal vez por cuestión de prisa? —propuse, intentando recomponerme.

—Ha cambiado el patrón de sus actos posteriores al asesinato. Tú eres la experta

en perfiles.

A punto estuve de decirle que mi mayor reto en esta vida era elaborar su propio perfil.

—Falta de tiempo, tal vez le llevara más de lo habitual acabar con la víctima —mascullé—. Alguna imposibilidad externa, un descuido. No, eso no, nuestra mujer no es descuidada.

El forense rellenaba el acta de defunción en presencia del resto de la comitiva judicial cuando nos sorprendió a todos el estruendo de tuberías. El grifo de la cocina escupió virulentamente agua embarrada.

—Álvaro —llamó Roberto, y el aludido se acercó hasta nosotros—. Acércate al piso de la vecina y pregúntale si han tenido algún corte en el suministro de agua.

Al poco, Álvaro corroboró nuestras sospechas.

—La han tenido cortada desde las ocho o nueve de la tarde de ayer. Al parecer hubo un escape en la calle de al lado.

—Por eso estaba encharcada la calle —recordé en voz alta.

—Quizá la asesina tampoco reparó en ello —dedujo Roberto—. La víctima le franqueó la puerta porque se conocían, al igual que con las anteriores se tomó su tiempo. ¿Todavía sostienes la teoría que expusiste ante Galván? —me preguntó. Yo asentí—. Según la hipótesis de María —recordó a Álvaro—, la asesina convence a sus víctimas para que inserten en el ordenador el cedé trampa con la canción de Raphael, se pone los guantes y las ataca. Así empieza su ritual. En el caso de Paula Pons, como veis, no olvidó ni el sobre de azúcar ni el enjuague bucal. Pero de pronto, cuando ya ha terminado con ella, se dirige al fregadero de la cocina y se queda de piedra. No hay agua. No puede limpiar como de costumbre. Así que la pregunta es: ¿qué puede habernos dejado que si hubiera limpiado no encontraríamos?

—Según el principio de intercambio de Locard —intervine—, cualquier persona o cosa que entre en una escena del crimen deja algo en ella y también se lleva algo cuando sale.

—Ya veo que tenéis claro que se trata de una mujer —rezongó el inspector Lorenzo.

Nuestras mentes estaban enfrascadas en la pregunta que había lanzado Roberto.

—Pisadas —propuse, recordando las palabras de Galván. Nuestra asesina no limpiaba por capricho, únicamente trataba de evitar que la identificáramos.

Roberto indicó a los compañeros de Mahón que trataran de hallar alguna huella en el piso.

—¿Todavía cree alguien que si vamos todos vestidos como astronautas es por capricho mío? —recordó Roberto.

La búsqueda de pisadas ajenas a los allí presentes dio su fruto. El inspector Lorenzo ordenó que se tomaran fotografías junto a los testigos métricos a fin de poder establecer posteriormente un número de talla. Acabábamos de abrir una vía de investigación más. En días venideros tendríamos docenas de gestiones que practicar

en zapaterías o fabricantes de zapatos, nuevas ventanas por las que asomarnos y acechar al monstruo. En cuanto llegara a casa tenía que averiguar como fuera la talla y el tipo de calzado que usaba mi suegra, pensé.

Roberto suspiró profundamente y a continuación se masajeó la nuca. Conocía aquel gesto: algo le rondaba por la cabeza.

—Seguidme —nos ordenó al binomio que le acompañábamos.

Cuando accedimos al baño, Álvaro buscó mi mirada. Me encogí de hombros. Roberto se inclinó sobre el inodoro y esbozó algo parecido a una sonrisa.

—Álvaro, trae el frasco de muestras del maletín y recoge un poco de orina.

—¿De orina? —preguntó contrariado—. Tenía entendido que no es posible extraer ADN a partir de las heces o de la orina.

—Y entendías bien —replicó Roberto—. Pero en este trabajo no hay más remedio que ser optimista. ¿Juegas a la primitiva?

—A veces —respondió Álvaro con voz casi inaudible.

—Bien, pues entonces trae el frasco, toma una muestra de esta orina y confía en que ocurran dos cosas: que nuestra asesina todavía no haya entrado en la menopausia y que estos días tenga las hormonas alteradas. Créeme, hay más probabilidades de esto que de que te toque la primitiva.

Roberto apoyó una mano en el hombro de Álvaro.

—Que yo sepa, campeón, sí que podemos obtener ADN de la sangre.

Álvaro asintió ensimismado, sintiendo probablemente lo que yo había sentido tiempo atrás por Roberto: admiración.

Sonreí ante la nueva ocurrencia de nuestro jefe. En toda mi vida jamás había conocido a alguien que aglutinara en las investigaciones tantas opciones posibles. Roberto Rial era el mejor policía de Homicidios que había conocido; ser la mejor pareja habría sido pedirle demasiado.

Sábado, 14 de septiembre. Mahón, 07.00

Cuando retiraron el cadáver de Paula Pons, la comitiva judicial se despidió de nosotros con un «espero no volver a verles», como si fuera culpa nuestra que nos hubiéramos encontrado a esas horas. El inspector Lorenzo se ofreció a llevarlos hasta el juzgado y a facilitarle a Roberto el número de su extensión directa para cualquier cosa que necesitara. Definitivamente Lorenzo era un clasista, uno de esos policías que solo habla con los de su mismo rango o superior. Cerramos de golpe la puerta del piso de Paula Pons ante los ojos vacuos de su vecina. A pesar de que una bata la cubría, su cuerpo tiritaba y sus labios, trémulos, eran incapaces de disimular el llanto contenido. Había visto esa estampa con anterioridad. El lema de Roberto para esas situaciones siempre era el mismo: «Vete y no mires atrás.» No era la primera vez que me descuartizaba el alma la mirada de un niño que acababa de quedarse sin madre o la de una madre que se había quedado sin su hijo. Me acerqué a la vecina y la abracé. Álvaro trató de secundarme, pero Roberto le indicó que siguiera bajando las escaleras. Apoyé el rostro húmedo de aquella pobre mujer sobre mi pecho hasta que sus sollozos fueron debilitándose. La acompañé a su piso, la dejé acurrucada en un sillón tapizado de terciopelo morado y le prometí que encontraríamos a la asesina.

Salí a toda prisa del portal tratando de dar alcance a mis compañeros. Los encontré sentados en la terraza del Café Real disfrutando del primer chute de cafeína del día.

—¿Qué cojones eres, policía o terapeuta? —me preguntó Roberto, hosco.

Tomé asiento lo más lejos posible de él.

—Nunca miramos atrás, María. No eres nueva —insistió.

—Además de ser policía, también soy una persona con sentimientos —repliqué, herida.

—Entonces, lárgate; con sentimientos no se esclarecen los casos.

—Voy al baño —anunció Álvaro, incómodo—. ¿Te pido algo, María?

—Un café con leche con sacarina. —Me esforcé en sonreírle y esperé a que se perdiera en el interior del local.

Clavé mis ojos en la mirada glacial de Roberto.

—Acepta de una vez que en la vida todo es blanco o negro —soltó—. Los grises no existen, son únicamente excusas.

Me apetecía gritarle, darle un par de guantazos y hasta besarle. De nuevo había logrado algo que pocas personas conseguían: desquiciarme. Volverme loca al no entender por qué me afectaba cualquier opinión suya, por qué me recorría un escalofrío cada vez que hacía uso de su mirada mordaz. Me levanté súbitamente y

decidí llamar a Eva. El día iba a ser largo. Crucé la plaza caminando despacio y pulsé el botón de llamada.

—¿Despierta? —me aseguré sin importarme demasiado que así fuera—. Eva, esta noche ha habido otro asesinato.

—¿Estás bien? —preguntó ella, asustada.

—Sí. Quería pedirte que recogieras a Hugo a las ocho en el piso de mi vecina Lola, la de abajo. Ahora mismo le envió un mensaje y se lo digo.

Un silencio me transmitió lo que ya esperaba.

—María, sé que no es asunto mío pero...

—Escúchame, Eva —la interrumpí con autoridad—, no tienes ni idea de quién es Amparo. Acudí a ti porque Bruno me lo dijo. Solo te pido que tengas a mi hijo alejado de ella. ¿Me has entendido?

—Sí, pero es su abuela y...

—Veo que no me has entendido. —Respiré por la nariz prolongadamente, eché la cabeza hacia atrás y miré al cielo despejado que Paula Pons no volvería a ver.

—Prométeme que hablaréis —insistió ella.

—Si no te ves capaz de cuidar a mi hijo del modo que te pido, no tienes más que decírmelo.

De no ser porque estaba hablando yo misma habría creído que se trataba de Roberto imitando mi voz. Tal vez tenía razón: los matices son las excusas de los débiles.

La respuesta tardó más tiempo del que esperaba. No me quedé del todo tranquila, pero no tenía más opciones.

—Lo haré, María.

Colgué sintiéndome la peor madre del planeta. Envié un mensaje a Lola en el tono más cariñoso de que fui capaz y le prometí una cena a solas cuando este infierno terminara. Al instante me contestó: «Hugo tiene una madre de bandera.» Tragué saliva emocionada y me guardé el móvil en el bolsillo del pantalón. Me prometí no echarme a llorar delante de Roberto para evitar que confundiera el motivo de mis lágrimas. Entré en el baño de la cafetería y me lavé las manos con jabón. Traté de eliminar todas las bacterias posibles y los restos de vida aniquilada que mis dedos habían manipulado. Tal vez el alma de los muertos atravesara los guantes, los monos y las mascarillas, pensé. Bajo ningún concepto quería llevarme a la pobre Paula Pons a mi vida, con el compromiso de hallar la verdad ya era más que suficiente. Regresé a la mesa, di a Álvaro una palmadita en el brazo para agradecerle el café con leche e imploré que aquel estimulante me brindara toda la fuerza que necesitaba.

Sábado, 14 de septiembre, mediodía

El segundo café del día me lo tomé en la cafetería del Club Náutico de Ciudadela. Decidí darme una tregua mientras Roberto y Álvaro presionaban a los de la Científica para que se pusieran las pilas. Zambrano, mi habitual relevo en la oficina de denuncias, tenía uno de esos días en los que su mirada descarada me hacía sentir bien. Me lo crucé en la puerta de comisaría, donde estaba fumándose un pitillo, y le invité a que me acompañara. Su juventud y el hecho de saberse el sueño de muchas jovencitas hacía que en general ni siquiera se fijara en mí cuando pasaba por su lado. Sin embargo los días que su radar se activaba por mi presencia, en ocasiones dejaba asomar a sus ojos un inequívoco morbo latente que no se me escapaba. Ser madre y quedar fuera de la órbita de las promociones más tiernas era algo que ya tenía asumido. Pero, aunque parezca una estupidez, saber que todavía era capaz de llamar la atención de un «yogurín» como él era un extraño modo de recargar mis baterías vitales. Sin embargo, Zambrano no era mi tipo, y desde luego en mis planes no figuraba dejar que su fantasía se convirtiera en realidad. Le dije a Roberto dónde iba a estar, por si le apetecía tomar otro café, y de paso dejarle constatar que una todavía no estaba del todo fuera del mercado.

Zambrano me esperó en una mesa mientras yo pedía en la barra. Recogí como un equilibrista los dos cafés con leche que me sirvieron cuando me topé con Consuelo. Ella sostenía una taza y un vaso con hielo.

—¿Estás sola? —me preguntó.

—No, Consuelo. —Fingí una mueca de disgusto—. Estoy con Zambrano, que quiere contarme un tema delicado de trabajo.

No sé si me creyó, pero al menos no insistió. Clavó su mirada en una de mis consumiciones.

—¿Pero tú no estabas de régimen? —inquirió a modo de regañina materna.

Me quedé de piedra, creyendo por un instante que se refería a mi triste vida sexual. Consuelo señaló los sobrecitos de azúcar.

—No, yo tomo sacarina —me defendí.

—Pues dame uno de tus azucarillos, que te han puesto dos y a mí solo uno. ¿Cuándo aprenderán en esta isla que un café con hielo se sirve con dos sobres de azúcar?

Le di lo que me pedía.

—Y, por cierto, ten cuidado, que es cancerígena —me soltó—; aunque yo diría que en tu caso hay cosas más peligrosas que la sacarina. —Me guiñó el ojo y dirigió su mirada en dirección a Zambrano.

—No es lo que parece —contesté.

—Ya, nada es lo que parece —respondió, divertida.

Aquella mujer tenía la virtud de pillarme haciendo lo que menos había hecho durante los últimos cuatro años: coquetear. Solo esperaba que jamás nos topáramos Bruno y yo con Consuelo.

Tomé asiento frente a Zambrano, que me desnudó con la mirada. No estaba acostumbrado a verme sin uniforme.

—¿Qué quería Consuelo? —me preguntó.

—Azúcar.

—Ya.

—¿Qué quieres decir?

—Va como loca por hacer amigos en comisaría. Quieren reducir el número de mujeres de la limpieza y Consuelo espera que si Sánchez nos pregunta, todos le hablemos bien de ella.

—Bueno, no es mala mujer.

—No, pero este último mes ha pasado de no hablar con nadie a ser una plasta. Aunque si tuviera veinte años menos... —admitió socarrón.

—¿Y tú no eres pesado cuando quieres algo? —Di un sorbo lento a mi café con leche y le devolví la mirada.

Me sentí una de esas lobas nocturnas adictas a la seducción. Pero como piensa todo adicto a las drogas, yo también controlaba la situación.

—Pesado no, soy insistente, y no se me da nada mal —fanfarroneó.

Esa es la gran diferencia entre un niño de veinticinco y uno de cuarenta. El primero no puede evitar añadir a su respuesta algo como «Y no se me da nada mal», y fue justo ese añadido el que se encargó de guillotinar toda mi libido, devolviéndome a la realidad y haciéndome recular en una guerra en la que me había presentado sin munición. Aun así, tenía que seguir el juego.

—¿Son manías mías o tal vez hoy me miras distinto?

—Te veo distinta, sí —dijo con la seguridad de un profesional del flirteo, mandando a sus ojos a que escrutaran las partes menos cubiertas de mi cuerpo.

Roberto no asomaba por la cafetería y yo tampoco quería que aquello se prolongara más. Simplemente necesitaba corroborar en qué punto de la escala de la atracción sexual me situaba uno de los estandartes eróticos de la comisaría.

—¿Qué ves en mí? —le pregunté, mordiéndome ligeramente el labio inferior, más que nada para contener la risa que me producía la situación.

—¿De verdad quieres saberlo? —Yo asentí sin dejar de mirarlo mientras él se acariciaba dos veces seguidas la escasa barba. Estaba nervioso—. Eres una MILF.

No sabía muy bien cómo tomarme aquella palabra, así que no tuve más remedio que preguntar, esta vez sin coqueteos.

—¿Qué hostias es eso?

Zambrano miró en derredor e inclinó su cuerpo vigoroso hacia mí.

—Son las siglas inglesas de «*Mother I'd Like to Fuck*», ya sabes, una mamá a la que me gustaría tirarme. —Se tomó una pausa para atacar—. ¿Qué me dices?

No supe qué cara poner. Zambrano no se andaba con remilgos y decidí tomarme aquella palabra como un buen resultado en mi sondeo de mercado. Al fin y al cabo no esperaba de ese conjunto de músculos una conversación con un alto voltaje de seducción. Le agradecí su sinceridad sin responder a su última pregunta. Fingí que mi teléfono reclamaba mi atención y regresé a la comisaría a solas. Traté de analizar qué me estaba ocurriendo para sentirme de pronto como una gata en celo. No tardé demasiado en hallar la respuesta. Había vuelto a merodear el infierno. Perseguía a una asesina y removía las entrañas de la muerte. Roberto me lo advirtió años atrás: «Si la acechas a diario, termina por ponerte cachonda y llevarte a la deriva.»

Con el transcurso de los años mi oficio me había enseñado que algunos delincuentes también descansan durante el fin de semana. Supuse que por ese motivo aquel sábado de mediados de septiembre la comisaría de Ciudadela parecía anestesiada. Sin embargo, alguien procuraba que el efecto de la anestesia no fuera muy duradero: Roberto Rial y toda su maquinaria.

—Los de la Científica solo necesitan que alguien les dé un empujoncito —afirmó Roberto en cuanto entré en el despacho de la Judicial, todo para nosotros.

—Son muy currantes, únicamente les falta la presencia de compañeros veteranos que los asesoren —respondí orgullosa.

—Mira qué tenemos aquí —terció Álvaro alzando un informe—: el resultado de las pisadas halladas en el piso de Paula Pons y el de las huellas del cedé que había en su ordenador.

—Déjame ver —pedí.

El Grupo de Trazas de la Comisaría General de Policía Científica de Madrid había respondido a la consulta en el tiempo que a mí me llevó averiguar qué significaba ser una MILF. No se trataba de un informe oficial susceptible de ser adjuntado a unas diligencias policiales, más bien eran notas destinadas a echarnos un cable. Tras cotejar la base de datos nacionales de pisadas, habían hallado una coincidencia inequívoca. Por el dibujo de la suela y la presencia de un sello característico de la marca, las pisadas fotografiadas en el piso de Paula Pons pertenecían a un par de zapatos fabricados por Calçats Torres, una empresa dedicada a la manufactura y venta de las célebres zapatillas menorquinas conocidas como abarcas. Las medidas de la misma pertenecían a alguien que calzaba un número treinta y seis, probablemente una mujer, añadían. Entre las notas pude leer que basándose en la escasa presión ejercida en la pisada, se aventuraban a pensar que la propietaria de las mismas no era una mujer corpulenta, sino más bien todo lo contrario. El desgaste externo de la suela en la parte delantera, comparándola con otras suelas de la misma marca, hacía pensar que se trataba de una persona cuya

pisada era supinadora y que tal vez tenía algún que otro problema de rodilla o de tobillo. Terminaba ese conjunto de notas advirtiéndonos de que no dudáramos en remitirles la fotografía de la pisada de nuestra futura sospechosa. Nos recordaban que cada pisada es única a tenor del conjunto de características que presenta la suela por el desgaste, el modo de pisar o el uso que se da al calzado. Cotejar esas fotografías nos aportaría algo más que un indicio.

Levanté la cabeza sonriendo y contemplé la expresión de mis compañeros.

—Todavía hay más —dijo Roberto, haciéndome entrega de otro informe—. Este te gustará.

Se trataba del resultado de las huellas halladas en los cedés insertados en los ordenadores de Fina París y Paula Pons. En ellos únicamente se habían encontrado huellas de las víctimas, ninguna más.

—Mi teoría gana enteros —anuncié, satisfecha.

—Así es —asintió Roberto—. Fueron las víctimas las que pusieron el cedé en los ordenadores y muy probablemente ese fue el momento del ataque.

—¿Se sabe algo de las muestras de orina? —me interesé.

—Eso nos va a llevar un par de días —lamentó Roberto—. Puedo mover algunas montañas, pero no continentes. El Grupo de ADN de Madrid no trabaja exclusivamente para mí, simplemente estoy en la cola, no somos su único grupo de Homicidios. Además les comuniqué que mañana les remitiríamos la piel que extraiga el forense de las uñas de Paula Pons. Esa mujer luchó por su vida, merece haberse llevado como trofeo el ADN de su asesina.

—Hay que tener *faith* —recordó Álvaro para satisfacción de Roberto.

—Llama a Galván —me ordenó nuestro líder—, ponlo al día de lo ocurrido y facilítale el contenido de la cita del sobre de azúcar. No te olvides de mencionarle que también tenía el rostro cubierto. —Lo miré con fastidio por el recordatorio—. Y ya sabes, visita o llama a Calçats Torres, tal vez nos aporten algún dato relevante respecto a las tiendas en las que se haya vendido ese modelo o qué sé yo.

Anoté veloz todas las indicaciones en una diminuta libreta y recordé que tenía pendiente consultar el correo electrónico enviado al gerente de La Tosteria. Mi móvil emitió su *ring ring* característico. Frente a mí, el tándem de Madrid se miraron divertidos ante ese familiar sonido de otra época. En la pantalla la palabra «casa» consiguió acelerarme el pulso una vez más.

—Soy Eva —dijo la cuidadora de mi hijo tratando de recuperar el aliento.

—¿Qué ha pasado?

Mi tono alertó a mis dos compañeros. Se quedaron como estatuas y dejaron de hablar para escucharme.

—Se trata de tu suegra.

—¿Qué le ocurre?

—Se está retorciendo de dolor en el sofá. No quiere que llame a un médico, pero yo la veo mal.

—Marca el ciento doce delante de ella y pide una ambulancia. Si tan mal está que se la lleven a un hospital —indiqué con indiferencia.

Escuché los andares de Eva, que parecía alejarse del lugar en el que empezó la llamada.

—Me da pena, María. No parece que esté fingiendo.

Suspiré, lancé una mirada de hartazgo al techo y negué con la cabeza tranquilizando a mis compañeros. Ellos reemprendieron sus tareas y se olvidaron momentáneamente de mí, aunque antes de eso Roberto me dedicó una mirada tierna, de las que soltaba con cuentagotas. Conmovidada por aquel gesto tardé unos segundos en recuperar la conversación.

—Confía en mí, Eva, no es la primera vez que lo hace. Amparo siempre quiere ser el centro de atención y ahora tú eres su objetivo. Quiere que estés de su lado para acercarse a Hugo. Te lo exijo más que te lo pido —dije con voz conciliadora, aunque se tratara de una orden—: llama a una ambulancia y sal a pasear con Hugo, no estés tantas horas en casa.

Oí el sonido de su respiración.

—No tengo claro que vaya a continuar con esto, María.

Y colgó. Aquella mosquita muerta me colgó.

Me conecté al ordenador con rapidez, procurando no pensar en lo sucedido. Revisé los correos entrantes y un tal Enzo Gentile, gerente de La Tosteria en España, me confirmaba que los sobres de azúcar fabricados por la empresa granadina Azúcar Rotul S. A. se habían distribuido a tres bares de Mahón, uno de Ferreries y tres de Ciudadela. Me adjuntaba la lista con el nombre y la dirección de cada uno de ellos. El cerco a la asesina se estrechaba. Imprimí la respuesta y se la entregué a Roberto.

—Bien —dijo al leerla—, estamos más cerca. Toma, Álvaro —le extendió la lista—; ocúpate tú.

—¿Ahora? —preguntó él, confuso.

—Todavía es sábado, muchos estarán abiertos —dedujo Roberto—. Mañana tienes todo el día para asistir a una agradable autopsia y volcar el disco duro del ordenador de Paula Pons. ¿Se te ocurre algo mejor para pasar un domingo?

—Siempre he soñado con este plan —respondió resignado sin mostrar el menor indicio de discrepar en algo.

Álvaro tenía madera, pensé, otra nueva víctima de una vida con turbulencias, lejos de la calma que un día anhelará cuando ya sea demasiado tarde.

Él salió a cumplir con su cometido mientras yo tecleaba en Google. Roberto arrastró una silla hasta mi lado y se sentó a horcajadas.

—Vete a casa, cuida de tu hijo y pon en orden las cosas —me prescribió.

Interrumpí súbitamente el tecleo y dejé que mi espalda se acoplara al respaldo de la silla. Si había una persona en la que podía confiar en esos momentos, por rudo y cabezota que resultara, era él. Las sospechas sobre Amparo me martilleaban la cabeza. Sin embargo, todo estaba en el aire, se trataba de un cúmulo de indicios, por

lo que decidí seguir ocultándole mi angustia. El vacío que sentía en mi vida obedecía a otra cosa.

—Mi marido se llama Bruno.

Roberto apoyó el mentón sobre las manos, como quien dispone de todo el tiempo del mundo. Sabía escuchar.

—Es un buen tipo, tranquilo y cariñoso, aunque poco hablador —añadí.

—¿Eso es malo? —me preguntó sonriendo.

—Cuando alguien te necesita, sí —respondí con doble intención—. Trabaja para una empresa de Palma, es ingeniero y por exigencias laborales vive quince días en casa y los otros quince en Shanghái, donde tienen una sucursal para toda Asia. Hugo tiene apenas cinco meses y desde hace unos días mi suegra se ha instalado en casa.

—Eso sí que suena mal.

Roberto intentó sacarme una sonrisa, pero tratándose de Amparo eso era tarea imposible.

—Tu madre era única —declaré con solemnidad—. Deberías habérmelo dicho.

Roberto se demudó y cambió de posición. Se levantó y caminó hasta la única ventana del despacho. Yo sabía bien qué podía estar viendo desde aquel mirador. Una calle vacía que terminaba en unas vistas del puerto de Ciudadela.

—No me pareció apropiado —argumentó.

—Esa es tu opinión.

—En ellas me guío para actuar.

—Sin pensar en los demás.

Roberto me miró dolido.

Me sorprendí jugando con mi flequillo, ensimismada en mis pensamientos sin la menor intención de salvar aquel silencio.

—Decías que con tu suegra todo es complicado.

Me contuve. Roberto era experto en curar heridas ajenas; las suyas eran asunto privado. Me preguntaba si incluso estaban vedadas para él mismo.

—Nos llevamos fatal —continué, pese a estar decepcionada—, nunca me ha aceptado como la mujer de su único hijo. Enviudó hace poco y... En fin, creo que merecías saber algo de mi entorno.

—¿Fue una decisión común?

—¿A qué te refieres?

—Al trabajo de tu marido en Shanghái.

Recordaba claramente el día en que Bruno me propuso esa vida. Todavía no era madre y ni siquiera podía imaginar lo que eso significaba.

—Sí. Y se llama Bruno.

—Para mí es tu marido.

—No creo que por pronunciar su nombre te vayas a encariñar.

—Te recuerdo que fue justo al dejar de llamarte Médem cuando me encariñé de ti. Tocada y hundida.

—Anda, vete —me dijo con las manos en los bolsillos—. Contacta con Galván desde tu casa y encárgate de la gestión de las abarcas. Ya sabes, teléfono operativo. Por cierto, tienes un tono de llamada muy nostálgico.

Me esforcé para no sonreír.

Poco antes de cruzar la puerta volví a oír su voz.

—Gracias por estar, María.

Tenía la cabeza tan dispersa que hasta me costó quitarle el candado a la bicicleta. Llamé a Bruno con la intención de sondearme a mí misma. Comunicaba. Suspiré con fastidio y pensé que ya le llegaría la notificación de mi llamada. Le tocaba a él mover ficha.

Durante el camino de vuelta a casa las calles de Ciudadela se me antojaron más amplias, su luz más brillante y mis sentimientos más enrevesados.

Sábado, 14 de septiembre. Shanghái, 08.00

Un cielo morado y unas nubes grises trataban de evitar que el sol destellara en el barrio del Bund. La actividad frenética que a diario soportaban sus calles se desvanecía durante el fin de semana hasta el extremo de que el lugar se transformaba en otro. Cuando Li le propuso que vivieran juntos, dos semanas antes de que Hugo naciera, Bruno jamás imaginó que su nido de amor sería un apartamento de más de doscientos metros cuadrados en el que el cristal era el material predominante y la luz, su principal protagonista. La luz y la estampa del río Huangpu, capaz de acoger embarcaciones propias de un mar, en cuyas orillas se reunían grupos de chinos madrugadores que practicaban taichí. Aquella mañana Li había planeado ir a un lugar donde preparaban los mejores desayunos tradicionales. Bruno no lograba recordar el nombre del plato, pero sí que sabía que se trataba de una especie de pan frito enrollado y relleno de pasas con soja. De buena gana se comería una ensaimada, pensó, mientras Li terminaba de hidratar su cuerpo con una amalgama infinita de cremas. Sin embargo, estaba dispuesto a satisfacer todos los antojos de aquella mujer. Los ingenieros somos prácticos, se dijo. Si de este modo puedo seguir follándomela, no hay más que hablar. Bruno estaba terminando de vestirse frente a un espejo que ocupaba toda una pared de la habitación principal, el mismo en el que solía buscar los distintos ángulos del cuerpo desnudo de Li mientras él la saciaba con su sexo, sus dedos y su boca. Sintió una repentina erección y en ese mismo instante su teléfono móvil emitió un constante gruñido silenciado. Sonrió malévolamente al pensar que sería toda una experiencia hablar con María en ese estado de excitación. Tal vez así todo sería más fácil y podrían eliminar la tensión acumulada durante los últimos días. Mientras se acariciaba el miembro con una mano, lanzó una última mirada al baño y comprobó que la puerta seguía cerrada. Asió el móvil y todo se vino literalmente abajo al ver la fotografía de su madre en la pantalla.

—Hola, mamá —contestó Bruno, reubicándose el pene en el interior del calzoncillo.

—Hola, cariño —saludó Amparo—. ¿Cuándo vas a volver?

—¡Ya empezamos! —exclamó Bruno alzando la voz, molesto por el simple hecho de que fuera su madre quien llamaba—. Antes al menos empezabas preguntándome cómo estaba.

Li salió del baño ataviada solo con un tanga, mostrando la piel lustrosa propia de una escultura romana, y un andar felino acompañado de una mueca que únicamente podía interpretarse de un modo: «Mira lo que te estás perdiendo.» Bruno lamentó que fuera su madre la que estaba al otro lado de la línea. De haber sido María quizás

hubiera cometido alguna locura con Li mientras intentaba hacer las paces con la madre de su hijo. La simple idea de controlar al mismo tiempo dos mundos distintos le excitaba. Sin embargo, la voz de su madre eliminaba toda fantasía.

—Tienes razón, cariño —claudicó Amparo—, pero es que aquí la situación es inaguantable.

—¿A qué ha venido eso de instalarte en casa, mamá?

Li interrumpió sus movimientos sensuales en cuanto oyó la palabra mundialmente conocida.

—No grites a tu madre —pidió Li en un inglés perfecto. Bruno, que conocía bien la tradición china de respetar a las personas mayores, levantó una mano a modo de disculpa. Li no soportaba esa falta de consideración y a ella no podía defraudarla.

—¿Con quién estás? —preguntó Amparo.

—Es la mujer de la limpieza.

—Si estuvieras a mi lado no te haría falta ninguna mujer para que limpiara, cariño.

—No me has contestado —insistió Bruno.

Amparo suspiró.

—No me encuentro muy bien, no estoy fina, Bruno. Desde que murió tu padre no levanto cabeza —explicó Amparo entre sollozos—. Vine a tu casa en busca de compañía y me encuentro con una mujer desquiciada. Es una pesadilla convivir con ella.

—Mamá, no te pases.

—Te mereces algo mejor.

—Mamá, ya vale —volvió a gritar Bruno.

—Si le faltas al respeto a ella, me lo faltas a mí —advirtió Li, indignada. Bruno cubrió con una mano el altavoz del móvil.

—En España nos hablamos así, Li.

—No estás en España —insistió ella—. Por favor.

—Dile a esa mujer que menos hablar y más limpiar —exigió Amparo—. Solo quiero que vengas antes de que pase una desgracia en esta casa.

—¿Una desgracia? —preguntó Bruno en tono comedido.

—¿Por qué me hablas tan bajito? —quiso saber Amparo—. Sí, una desgracia como que me dé algo malo y tu mujer me deje morir como un perro. Ni siquiera me permite estar con Hugo.

—¿Qué?

—Ha contratado a Eva, la mujer de ese amigo tuyo, para que se ocupe del nene mientras ella se pasa todo el día trabajando. O al menos eso es lo que dice.

—¿Tienes alguna prueba de que no sea así?

—Hay cosas, hijo, para las que no me hace falta tener pruebas. Hoy se ha ido a trabajar a las dos de la madrugada.

—Es policía y ahora ha vuelto a investigar homicidios.

Amparo se tomó un tiempo para rebatir aquel argumento.

—Puedo entender que tuviera que salir, pero no que se llevara al niño para dejárselo a la vecina.

—¿A Lola? ¿Y por qué no a ti?

—Pues eso es precisamente lo que te decía. ¿Ves como no estoy tan loca ni equivocada?

Bruno trataba de encontrar algún sentido a los últimos actos de María, algo que no conseguía por más que se esforzaba.

—No lo hagas por mí, cariño. Puede que yo sea solo una vieja maniática, pero lo digo por el bien de tu hijo. Ven pronto, antes de que sea demasiado tarde.

Bruno Parra escuchó un sonoro beso y después Amparo le colgó. Dejó el móvil sobre la cama y posó sus ojos avellana en la mujer que le había hecho perder algo más que los papeles.

—Tienes mucha suerte de que tu madre siga viva —le dijo Li entre indignada y triste, tomando la ropa que tenía preparada sobre la única silla de la estancia.

Se vistió con rapidez. No le apetecía seguir exponiendo su cuerpo a alguien que acababa de faltar al respeto a su propia madre.

Bruno se incorporó y regresó a la ventana. El cielo de Shanghái permanecía violáceo, Li echaba de menos a sus padres, fallecidos en el último terremoto que asoló la ciudad, y él agradecía a la vida que sus dos mujeres fueran huérfanas. La simple idea de imaginarse con dos suegras le cortaba la respiración.

Lunes, 16 de septiembre, amanecer

Durante el fin de semana intenté poner orden en mi hogar. Decidí prescindir de Eva y apañármelas con Lola, ya que, al fin y al cabo, no parecía que las esquelas *on line* la tuvieran tan ocupada como había previsto. Necesitaba alejar a mi hijo de aquellas personas que directa o indirectamente provenían del entorno de Bruno. Las cosas con Amparo se estaban torciendo, por decir poco. Poner orden en mi hogar no significaba hacer las paces con mi suegra, ni atemperar los ánimos a la espera de que mi marido encontrara una solución. Se trataba de hallar el momento óptimo para acceder a la fortaleza de Amparo y una vez allí comprobar su calzado y el esmalte de uñas que utilizaba, entre otras cosas. A pesar de mi paciencia y de no quitar el ojo de la puerta de su habitación, fue misión imposible. Amparo se había enclaustrado en su santuario y únicamente lo abandonó de madrugada para ir al baño, aprovechando mis horas de descanso. Sopesé el porqué de su repentina actitud de esconderse, pero no llegué a ninguna conclusión determinante. La posibilidad de que simplemente estuviera evitándome no parecía muy plausible, teniendo en cuenta que Amparo era proclive al enfrentamiento cara a cara. Un escalofrío me recorrió entera cuando pensé que tal vez fuera la asesina y estuviera atravesando la etapa de decaimiento que todo psicópata sufre tras haber matado.

En alguna ocasión leí que ni en la guerra ni en el amor se puede prever nada. A las siete de la mañana de aquel lunes escuché el estrépito de un objeto metálico al caer al suelo. El candado de la habitación de Amparo, concluí. Desde que nació Hugo, el vuelo de una mosca era capaz de desvelarme. Los movimientos cadenciosos de mi suegra me alertaron de que se estaba preparando para salir. Me levanté de la cama, aparté la silla que trababa el pomo de mi puerta a modo de barrera protectora o de alarma casera, y la abrí lo suficiente para comprobar que Amparo estaba vestida, lista para largarse. Calculé que apenas me quedaban tres minutos de margen. Me obligué a reaccionar como lo habría hecho Roberto: me atavié con lo primero que encontré y me calcé unas deportivas. En cuanto oí el golpe seco de la puerta principal, saqué a Hugo de la cuna y bajé hasta el piso de Lola. Por un momento creí estar viviendo una suerte de *déjà vu*.

—Tienes un aspecto horrible —logró pronunciar Lola todavía adormilada, mostrando sus largas piernas y exhibiendo una camiseta amplia y negra con un mensaje impreso: *La vida puede ser maravillosa*.

Se hizo cargo de Hugo, asió la bolsa repleta de reservas de leche materna tras un fructífero fin de semana en el que mis tetas fueron maltratadas por el sacaleches, y cerró la puerta sin darme tiempo a interpretar su gesto.

Me largué de inmediato y al pisar la calle divisé a lo lejos la sombra de mi suegra. Recordé las normas básicas sobre vigilancias policiales y mantuve la preceptiva distancia de seguridad. En cuanto Amparo giraba por una calle, yo aceleraba el paso hasta volver a localizarla. Sentí que pese al tiempo transcurrido todavía conservaba cierta habilidad para vigilar sin que me «mordieran», o lo que es lo mismo, sin ser vista por el objetivo. Amparo enfiló las calles del centro de Ciudadela cuando el espejo de un escaparate me permitió darme cuenta de las pintas que llevaba. No me sorprendí por lo encrespado de mi flequillo ni por mis ojeras más que evidentes. El problema era la estridente y ajustada camiseta de color naranja que había elegido en la penumbra de mi habitación. Si la primera de las normas en toda vigilancia policial era la elección de un atavío de tonos oscuros, con aquella prenda estaba condenada al fracaso. Decidí ampliar las distancias entre mi suegra y yo, algo que anhelaba a diario, pero no en aquel momento. A la altura de la catedral de Ciudadela, una vez que sobrepasó la célebre casa de helados Sa Gelateria, Amparo tomó la primera calle. Seguí su rastro y la vi acceder a un portal contiguo a una galería de arte. Tomé nota en una diminuta libreta que llevaba en mis pantalones militares con bolsillos laterales. «Calle Roser, n.º 10, 7.18 h.» Me acerqué precavidamente hasta el lugar y constaté que en el edificio solo había una vivienda. Por un instante temí que mi suegra estuviera a punto de asesinar a la cuarta víctima. No podía quedarme esperando sin hacer nada, pero si estaba equivocada Amparo utilizaría mi error como un arma de destrucción masiva. Pulsé el timbre y resolví resguardarme en el portal; no quería que nadie me viera si se asomaba a las ventanas que daban a la calle. Insistí de nuevo. El corazón me latía desbocado. Cogí el móvil y marqué el número de Roberto, pero antes de que él me respondiera se oyó una voz de hombre por el interfono.

—¿Quién es?

—Correo comercial —respondí sin vacilar.

—Déjelo por debajo de la puerta, por favor —me indicó esa voz educada y serena, a la que le calculé unos sesenta años.

Suspiré. Tardé unos segundos en escuchar el tenue sonido de la voz de Roberto sonando en el altavoz de mi móvil. Me coloqué el artilugio cerca de la oreja y mentí.

—Buenos días, Roberto, me preguntaba si os apetecería tomar un café antes de las ocho.

—¿En el bar Imperi?

—Afirmativo.

—Estamos allí en diez minutos.

Retomé el improvisado paseo matutino acompañada por media docena de preguntas sin respuesta y una incómoda angustia que solo me asalta cuando una tragedia está a punto de acontecer.

En el Imperi acababan de levantar la persiana metálica, encendieron la máquina de café en cuanto me vieron entrar, y Emiliano me ofreció la prensa diaria y un cruasán recién hecho. Hice oídos sordos a mi mala conciencia y sucumbí al manjar en

el preciso instante en que Roberto y Álvaro hacían acto de presencia. Una ola de Esencia de Loewe me invadió la pituitaria. Ambos estaban en perfecto estado de revista. A tenor de la sardónica sonrisa que exhibía Roberto, me preparé para cualquier tipo de comentario jocoso.

—Hambrienta y madrugadora —me describió exagerando una mueca—. Raro.

—Y preparada para un día de acción —se sumó Álvaro al carro, fijándose en mis pantalones verdes de campaña y procurando evitar que su mirada se fijara en aquello que mi camiseta ceñía.

Esboqué una tímida sonrisa y preferí omitir la verdad.

—Le he tenido que dar de mamar a Hugo a las seis y ya no me he podido dormir. ¿Nos ponemos al día?

Roberto me escrutó con su mirada azul, tratando de averiguar qué se le escapaba.

—¿Pedimos antes unos cafés y los *llonguets* de sobrasada y queso? —propuso Álvaro, entusiasmado.

Emiliano estaba tan cerca que se dio por aludido. Levanté dos dedos para indicarle la cantidad y se puso manos a la obra. Preferí dejar el *llonguet* para los foráneos.

—Primero, tú —me ordenó Roberto, dando por hecho que no había estado en casa cruzada de brazos.

—El sábado llamé a Calçats Torres y me confirmaron dos cosas. La primera, que sus abarcas se venden por toda la isla y parte del extranjero. —Mientras me escuchaban Álvaro desplegó su *tablet* y Roberto hizo lo propio con su teléfono móvil y un dossier. Decidí esperar a que pararan.

—¿La segunda? —preguntó Roberto.

—Que las pisadas que hallamos en el piso de Paula Pons pertenecen a una suela de abarcas que han sido fabricadas este mismo año, son nuevas.

Silencio. Emiliano se acercó con las consumiciones y el plato estrella de la casa.

—Se me escapa algo o ese dato no nos lleva a nada —preguntó Álvaro mientras se lanzaba a hincarle el diente al *llonguet*.

—Que nuestra asesina se ha comprado, al menos, un par de abarcas este último año —concluyó Roberto con sorna.

Torcí el gesto.

—Observo que hoy no estáis demasiado en forma —continué—. Deberíais haberme preguntado cuándo se han fabricado exactamente y no conformaros con el dato «este mismo año».

Roberto chasqueó la lengua.

—Terminaron de hacer esa partida de abarcas el 30 de junio —concreté ante la mirada atenta de ambos—. Sin embargo, no empezaron a distribuir las por la isla hasta el 30 de agosto.

—¿Cuándo mató a Marina Marín, la primera víctima? —preguntó Roberto.

Rápidamente Álvaro consultó su *tablet*.

—El 1 de septiembre.

—Y supongo que durante los primeros días las abarcas fueron distribuidas a muy pocas tiendas —dijo Roberto. Yo asentí.

—Efectivamente. Para ser más exactos —extraje de mi bolsillo la pequeña libreta de notas—, una tienda de Mahón y dos de Ciudadela.

Roberto caviló lo que acababa de decirle.

—No tenemos constancia de que nuestra asesina llevara puestas las abarcas en sus dos primeros crímenes. Así que podría haberlas adquirido un día antes del asesinato de Paula Pons en Mahón, ¿cierto? —nos preguntó Roberto—. En ese caso, seguramente el número de zapaterías ascenderá a más de veinte. Eso me lleva a pensar que me parece bien agotar todas las posibilidades, acercarse a esas zapaterías, preguntar si tienen cámaras de grabación y si es así visualizar las imágenes...

—Sin embargo, no sabemos a quién buscamos —afirmó Álvaro, algo decaído.

En mi cabeza solo había lugar para la imagen de mi suegra.

—Según el perfil criminal que están elaborando Galván y María, podemos afirmar que se trata de una mujer de entre cuarenta y sesenta años, complexión delgada, no muy alta a tenor de su talla de calzado, y zurda —dejó caer Roberto, devolviéndome la pelota.

—¿Zurda? —quise saber.

—Eso fue lo que nos dijo el forense, basándose en los estigmas ungulares que encontró en el cuello de Paula Pons. Parece ser que en el lado derecho se advertía una mayor presión —explicó Roberto—. Por lo demás, nada que no supiéramos. Extraje una muestra de la piel hallada en sus uñas y a estas horas ya ha sido remitida a la Científica de Madrid.

—¿Causa de la muerte? —inquirí.

—Asfixia mecánica por estrangulamiento manual. —Roberto dio cuenta del *llonguet* que tenía sobre la mesa.

—Y hay un detalle que te ayudará a trazar el perfil criminal —intervino Álvaro—: el forense hizo hincapié en que las mata mirándolas a la cara, ya que no hay marcas de sus antebrazos en la espalda de ninguna de las víctimas, cosa que sucedería si las hubiera estrangulado por detrás.

—Porque es justo lo que la excita, contemplar la agonía de la muerte —divagué en voz alta—. Estoy segura de que incluso juega con ellas, modificando la presión de las manos para prolongar el placer que halla en el control de sus vidas.

—A veces creo que llegas a comprender a esas mentes enfermas —manifestó Roberto con recelo.

Los monstruos que perseguíamos jamás se alejaban de los síntomas de la enfermedad que les esclavizaba. No eran previsibles, pero en el fondo, ya que no en las formas, tampoco eran demasiado originales.

—Algunas mentes sanas son mucho más complejas —pinché.

—Será mejor que Álvaro te ponga al día de ciertos datos.

Cual dotado pianista, Álvaro deslizó los dedos sobre la pantalla de la *tablet*.

—Ayer hice un volcado del disco duro del ordenador de Paula Pons y pude husmear en su vida virtual. Descubrí que tenía algo en común con Fina París.

—El curso de internet para mayores —me adelanté.

—No —respondió Roberto—. Cotejamos la lista que nos pasó la ambigua profesora del curso y Paula Pons no figuraba en ella.

—De ambigua nada —repliqué—, a mí me quedó muy claro cuáles son sus preferencias —sentenció con una sonrisa.

Álvaro emulaba al público de un partido de tenis, eso sí, sin entender a qué jugaban los dos contrincantes que tenía enfrente.

—¿Puedo seguir? —preguntó, algo molesto—. Tanto Fina París como Paula Pons recibieron y enviaron mensajes a la cuenta de correo *tbuenaamiga@yahoo.es*. La he rastreado por la red y se trata de una cuenta que tiene un perfil en la página *Punto final*. Se trata de un foro donde la peña habla de sus depresiones y de cómo poner fin a su vida.

—Un nido de suicidas —añadió Roberto apurando su café con aire ausente, pendiente de los clientes que entraban, de las conversaciones triviales de los camareros y del primer rayo de sol que caldeaba el patio interior del local.

—Ambas tenían perfiles creados en dicho foro —aportó Álvaro antes de que se lo preguntara—. De hecho, en los correos que enviaron a *tbuenaamiga@yahoo.es*, las dos le preguntaron lo mismo: cómo terminar con sus vidas.

—¿Lo sabe Galván? —pregunté a Roberto.

Mi jefe ladeó la cabeza en un gesto un tanto cómico sin dejar de mirarme.

—Nos espera esta tarde en su paraíso —dijo finalmente Roberto.

Si esperaba que le diera alguna excusa o le pusiera mala cara, estaba muy equivocado. Había aprendido la lección. Estaba trabajando para Homicidios y eso significaba apretar el botón de pausa de mi vida y entregarme a la operación Faith.

—¿Hay alguna manera de saber a quién pertenece la cuenta de correo electrónico? —pregunté a Álvaro.

—He extraído de los mensajes que envió nuestra asesina a sus víctimas lo que se denomina la cabecera técnica del mensaje. —Yo me encogí de hombros—. Es un batiburrillo de datos de los que solo necesito la IP desde la que se envió el mensaje.

—¿La IP de conexión? —quise corroborar.

—Exacto, pero tengo malas noticias. Las IP que encontré pertenecían a proveedores orientales y rusos, y eso significa que nuestra asesina sabe bien lo que hace. En todos los casos ha enmascarado su IP verdadera utilizando un proxy.

—Me quedo igual —me quejé.

—Un proxy es un servidor que nos proporciona una IP falsa —continuó Álvaro con extraordinaria paciencia—. Pero no hay que desanimarse. Ayer mismo pedimos un mandamiento judicial para Yahoo. Les solicitamos que nos facilitaran todas las IP de conexión y de cambio de contraseñas que afecten a la cuenta de correo

tubuenamiga@yahoo.es. A veces se cometen errores.

—Las psicópatas no siempre son tan organizadas, María —me recordó Roberto—. Tarde o temprano tendrá un desliz. Seguramente ya lo ha tenido. Solo tenemos que encontrarlo.

—Necesitamos averiguar quién administra el foro *Punto final* y pedirle información de la cuenta *tubuenamiga@yahoo.es*. Esa es otra opción. —Álvaro se esforzaba en mandar mensajes de esperanza, de fe, como el nombre de la operación indicaba.

—¿Has incluido toda esta información en nuestra base de datos nacional? —pregunté a Roberto como principal responsable.

Negó con la cabeza, indiferente.

—Tú siempre quedándote las cosas para ti —le acusé.

—Voy a pagar —dijo Roberto, y se dirigió a la barra.

Álvaro empezó a recoger todos los dispositivos.

—Solo a ti te permite que le hables así.

—Tenemos un pasado —confesé.

Lunes, 16 de septiembre, mediodía

Colgué bruscamente el teléfono de la Judicial. Las tiendas que recibieron la primera remesa de abarcas no disponían de cámaras de vigilancia. No me extrañó, conociendo el carácter confiado y noble de los menorquines. Pedí a sus responsables que me hicieran un listado de todas las que habían vendido mediante tarjeta de crédito, pero por su tono y el escaso entusiasmo que mostraron deduje que probablemente al cabo de un mes aún no habríamos recibido esa información.

Me retrepé en la silla y mantuve el equilibrio fijando mi atención en el techo. Estaba sola en el despacho. Garrido y sus colegas preferían evitar nuestra presencia, Álvaro estaba insertando información en nuestra base nacional de datos y Roberto departía por videoconferencia con el comisario de Madrid.

Consulté mi teléfono móvil y vi que el número de mensajes de texto enviados por Bruno durante las últimas veinticuatro horas sobrepasaba la cifra de seis. Marqué su número de teléfono.

—Hola, mi amor —respondió Bruno con ternura. Me pareció que estaba andando.

—¿Te pillo en buen momento?

—Llevo dos días queriendo hablar contigo.

—Tienes varias llamadas perdidas mías.

—Y tú varios mensajes.

—Las llamadas están un escalón por encima —sentencié.

—¿Vamos a estar así todo el rato?

Hubo un tiempo no muy lejano en el que llamarlo era mi vitamina. Que no necesitara oír su voz era un síntoma preocupante. Nuestra relación era un avión a punto de tomar tierra sin tren de aterrizaje, pero solo uno de los dos pilotos lo sabía.

—¿Cuándo vuelves?

Bruno respiró sonoramente.

—Pronto. De hecho he cambiado las fechas de las reuniones y están tratando de localizarme un vuelo para los próximos días.

En cualquier momento podría asomar Roberto pidiéndome que fuéramos a visitar a Galván, así que fui al grano.

—Genial —respondí sin entusiasmo—. Necesito saber una cosa acerca de tu madre.

—¿De mi madre? ¿Qué cosa?

—¿Sabes quiénes son sus amigas? Si es que las tiene.

—No seas cruel, alguna tendrá, pero ya sabes que ella es de Mahón.

—Lo único que sé es que ahora vive en mi casa, encerrada con un candado en lo

que era nuestra habitación de invitados y...

A punto estuve de soltarle que estaba en mi particular lista de sospechosas de asesinatos en serie en la isla. Detuve mi lengua a tiempo y decidí hacer de policía en lugar de de nuera resentida.

—¿Y qué? Solo os pido un par de días como mucho. Sé que puedo resolver la situación —trató de convencerme Bruno.

—¿Cuál fue la causa de la muerte de tu padre?

Silencio sepulcral. Material sensible.

¿Y si Amparo ya había asesinado antes? Aceptar un suicidio en una familia es tarea compleja. Bruno me habló en su día de accidente, convenciéndose de que su padre no era del tipo de personas que se quita la vida. Durante los días posteriores a su muerte ningún miembro del clan pronunció la palabra prohibida. La misma palabra que todo el país evita, sustituyéndola por eufemismos que no describen lo que es. Recordaba que mi suegro amaneció un martes de abril muerto en su lecho, con medio cuerpo colgando de un lado de la cama y una caja de pastillas distribuida entre el suelo y su estómago. Teóricamente, a esa hora Amparo estaba en la peluquería. Fue su cuñada la que encontró el cuerpo. Nunca supe el resultado de la autopsia. En su momento no quise hurgar en la herida, pero para entonces todo cobraba un cariz distinto.

—¿A qué viene eso? —preguntó Bruno al constatar que yo no estaba dispuesta a ceder.

—¿Recuerdas el informe del forense?

—Estás desconocida, María —dijo, aturdido.

—¿Recuerdas si sonaba alguna canción en el dormitorio de tus padres cuando lo encontró tu tía?

—¿Qué? ¿Se puede saber qué te ocurre?

Sopesé mi reacción. No estaba siendo práctica. Me sentía perdida, desesperada.

—Déjalo, Bruno.

—¿Que lo deje? ¿Insinúas que hay algo extraño en la muerte de mi padre y ahora me dices que lo deje? Creo que mi madre tiene razón, María, tú no estás bien. Te prometo que voy a adelantar el viaje. No lo dudes. Cuida de Hugo, te lo pido por favor.

Y colgó.

De repente sentí que nuestro avión tocaba la pista de aterrizaje y que saltaban chispas por doquier. En mi cabeza solo había gritos y confusión. Como piloto no lograba hacerme con el control del aparato. Tenía la absoluta certeza de que nuestro destino dependía únicamente del azar.

La segunda ocasión que visitamos a Galván nos acompañó Álvaro. Al llegar a Cala Murtar comprobé que mi maestro se había afeitado y peinado. Nos acogió con su

afable sonrisa, pese a que el abatimiento continuaba acompañándole. Acomodados en el palco ante el Mediterráneo, Álvaro enmudeció ante tanta belleza.

—Todavía no he oído tu voz —bromeó Galván con el más novato de la mesa.

—Esto es muy *heavy* —logró pronunciar Álvaro.

Su presencia nos sirvió de excusa para reírnos con viejas anécdotas, beber tres rondas de cervezas y que Galván hablara de nuevo de su mujer. Como si de una vieja tradición se tratara, hicimos entrechocar nuestros botellines con las miradas puestas en la urna de Rocío.

—He estado analizando la letra de la canción *No nos dejan ser niños* —anunció Galván creando expectación—. No tengo gran cosa, pero me atrevería a decir que nuestra asesina tuvo una infancia rota, repleta de dolor y de sometimiento. Raphael nos regaló esta canción aludiendo a la tendencia de los adultos a poner demasiado pronto fin a la infancia. Pero la mujer que acechamos está demasiado encallada en esa fase de su vida, tanto que ha convertido esta pieza en la banda sonora de sus fechorías.

—Las personas que fueron víctimas de abusos sexuales siendo niños sienten que les han robado la infancia —dije, pensando en voz alta.

—Además, están los sobrecillos de azúcar —intervino Roberto consultando su móvil—. En uno de ellos la cita es: «Mi gran pesar en la vida es que mi infancia fue innecesariamente solitaria.» No es de Raphael, es de Truman Capote.

—Al escritor le pega más —bromeó Galván—. Y sí, de nuevo tenemos un grito a esa infancia que no tuvo. Capote siempre lamentó el suicidio de su madre y culpó de ello a las adicciones sexuales de su padre. Estoy seguro de que nuestra asesina sufrió algún tipo de abuso sexual.

—Sin embargo, no hay ningún rasgo sexual en sus asesinatos —maticé.

—Ni tampoco un móvil económico —añadió Roberto.

—Ya sabéis que mi función como perfilador es identificar los demonios internos de la asesina y mostrarlos.

—Y analizar las huellas de su comportamiento en las escenas de los crímenes —intervine.

—Las huellas de su comportamiento —repitió Álvaro, fascinado.

—Está dejando los sobres de azúcar a modo de desafío —afirmó Galván.

Se produjo un silencio.

Todos los presentes sabíamos que cuando uno de esos monstruos decide que sus asesinatos incorporen un reto a la policía, nuestros caminos están condenados a unirse, lo queramos o no.

—En mi opinión, esta mujer ha decidido asesinar con una de sus canciones favoritas —continuó Galván—. La canción en sí no es un desafío, no perdamos el tiempo con su letra, al fin y al cabo creo que solo la utiliza para su satisfacción personal. En cambio los sobres de azúcar ya son otra cosa. Un elemento que ella incorpora sin control.

—¿A qué te refieres? —preguntó Roberto.

—Son esa firma innecesaria que únicamente le puede traer problemas, pero que no puede evitar dejar. Se cree superior y subestima al resto del mundo. Y eso también os incluye. Recordad que un psicópata no tiene capacidad para la empatía. Puede llegar a imaginar qué pensamos, pero jamás percibirá nuestras emociones.

—Cometerá más errores —aseguró Roberto—, es cuestión de encontrarlos.

—Estoy al corriente de vuestros hallazgos informáticos y de cómo nuestra monstruo elige a sus víctimas —afirmó Galván dirigiéndose a mí—. Es evidente que elige a suicidas en potencia. Sus víctimas son mujeres de avanzada edad y desesperadas. Mujeres solas. Por el contenido de sus correos electrónicos, primero inicia una relación de confidente con ellas, ¿cierto? —preguntó a Álvaro, aunque sin esperar respuesta—. Y después concierta las citas; en definitiva, se las gana.

—Sin embargo, no deja que ellas decidan por sí mismas, sino que termina asesinandolas del modo más clásico en lo que al control de la víctima se refiere —observé.

—Exacto, María —dijo Galván con un brillo en la mirada—. Las mata porque ellas han decidido no quitarse la vida, es decir, siente que la han engañado. ¿Qué decía la cita del tercer sobre de azúcar, el que se halló en casa de la tercera víctima?

Roberto volvió a consultar su móvil.

—«A quien te engañó una vez, jamás le has de creer.» Es del refranero español.

—La mentira —declaró Galván, solemne—. Las mata por cobardes y por mentirosas.

—Y débiles —amplíé—. Uno de sus demonios tal vez sea aniquilar a todas aquellas personalidades que le recuerden a quien le causaba los abusos. Su padre, su madre, un padrastro, un hermano mayor...

—Por el contenido de los correos electrónicos parece una mujer que conoce bien algunas herramientas psicológicas contra la depresión —nos explicó Álvaro, cada vez más adaptado al que hasta el momento había sido un triángulo hermético.

De nuevo un silencio.

La neuronas trabajando a pleno rendimiento.

—Me pregunto a cuántas habrá matado induciéndolas al suicidio —sugirió Galván.

Roberto chasqueó los dedos.

—Álvaro, ¿incluiste el nombre del foro *Punto final* en la base de datos?

—Sí, pero no hay coincidencias.

—De regreso te acercas a la comisaría y añades la palabra «suicidio» —ordenó—. Quizá con esa búsqueda obtengamos algo más concreto. Es posible que, como dice Galván, lleve tiempo matando, aunque sea de manera indirecta.

Decir que tuve algo de miedo sería mentir. Me aterrorizaba el hecho de que mis sospechas acerca del suicidio de mi suegro no me parecieran tan disparatadas ni alejadas de todo lo que se estaba hablando en esa mesa. Tenía que localizar a la tía de

Bruno, indagar sobre los detalles que su familia me ocultaba y asaltar la fortaleza de Amparo.

—¿Qué hay del perfil geográfico? —dijo Roberto, imprimiendo velocidad al ritmo de la reunión.

—¿Sabes lo que es un perfil geográfico? —preguntó Galván a Álvaro, quien negó con timidez—. Todas nuestras rutinas terminan configurando un mapa mental, y en eso no hay diferencia entre una persona sana y un psicópata. Bastante gente me ha comentado que no podría vivir en Menorca, que le daría claustrofobia. Supongo que esa misma gente nunca se ha parado a pensar cuáles son los recorridos que hace en un año y con qué frecuencia. Seguramente les sorprendería descubrir que los caminos de sus rutinas no suelen sobrepasar los treinta kilómetros. De Ciudadela a Mahón hay cerca de cuarenta kilómetros, la máxima distancia posible dentro de la isla. No sé si me explico.

—Creo que sí —respondió Álvaro.

—Nos movemos una y otra vez por lugares que conocemos. —Galván se detuvo en seco—. Te voy a poner un ejemplo de lo que nos supone romper con nuestras rutinas. ¿Cuándo estuviste destinado en el norte, Roberto?

—De 1989 a 1991.

—Años en los que ETA estaba muy activa, ¿me equivoco?

—Así es —respondió Roberto, tensando la mandíbula.

Me entristeció recordar las noches que Roberto se despertaba sobresaltado, empapado en sudor, con la mirada extraviada. Solo mis caricias y mis susurros cariñosos lograban que volviera a dormirse. «Los compañeros que enterramos me piden que no los olvide», me decía. El síndrome del norte, como las jaquecas en cualquier hogar, formó parte de las enfermedades habituales con las que tuvimos que convivir. Roberto había absorbido tanto dolor, que un gesto suyo de amor no tenía precio.

—Tengo entendido que si ibais dos veces a un mismo bar o comíais en un mismo restaurante os daban el pasaporte para el otro barrio —continuó Galván.

—En efecto —corroboró Roberto con entereza.

—Sé que fue doloroso para todos los que estuvisteis allí, Roberto; simplemente quiero que expliques qué suponía cambiar a diario de rutina.

—Desgaste, mucho desgaste.

—Justamente —exclamó Galván—. Demasiado desgaste que solo aceptamos si nuestra vida está en peligro. Cuando un psicópata mata, su vida no está en peligro, así que evitar rutinas sería un desgaste innecesario. Por eso los psicópatas muestran una tendencia a actuar dentro de un radio cercano a su lugar de residencia. Si actúan lejos de su casa se sienten inseguros y pierden el control de la situación. El lugar ideal es ni muy cerca, a fin de evitar ser reconocidos, ni tan lejos que ya no conozcan el terreno. Esa es la que se denomina su zona de confort. Si analizamos los tres asesinatos, dos de ellos han sido en Ciudadela y el tercero en Mahón. ¿Puedes consultar un mapa de

la isla en este chisme? —le preguntó a Roberto. Al instante apareció Menorca en la diminuta pantalla—. Si trazáramos una línea recta entre los puntos en los que se han hallado los cuerpos y esta línea nos sirviera de diámetro de un círculo —explicó Galván con el mismo énfasis que yo había observado por primera vez hacía más de diez años—, en el centro de ese círculo o muy próximo a él hallaríamos el domicilio de nuestra asesina en serie. —Galván miró fijamente a nuestro jefe—. Porque ahora ya lo podemos decir: estamos frente a una verdadera asesina en serie.

Roberto asintió, suspiró prolongadamente y posó su mirada marina en el dedo de Álvaro, que apuntaba a la pantalla del móvil, al mismísimo centro de la isla.

—Nuestra mujer no puede residir muy lejos de allí —insistió Galván—. Ya conoces mi margen de error, María.

—Escaso —susurré.

—Por esa zona reside la profesora del curso de internet para mayores —dijo Roberto, llevándose una mano a la barbilla—. Álvaro, quiero saberlo todo acerca de ella.

Nos miramos todos confundidos. La tramontana empezaba a soplar en Cala Murta y el tiempo apremiaba. Galván no solía equivocarse, pero un perfil geográfico era desde hacía tiempo un dato público. Si nuestra monstruo se había informado, podía haber asumido ese desgaste al que había hecho referencia Galván y cambiar todas sus rutinas. Podría elegir a sus víctimas en función de sus domicilios y fingir que residía en el centro de la isla. Cualquier cosa que enredara a los investigadores. Dijera lo que dijese Galván, la línea de investigación de mi suegra continuaba más abierta que nunca.

Lunes, 16 de septiembre, anochecer

Jamás había compartido piso. Las nuevas circunstancias así se lo exigían. La casa alcanzó su momento diario de silencio y de no ser por el sonido de las teclas de su ordenador, se habría oído el rumor de la noche. Tenía mucho que hacer y no quería entretenerse en asomarse a la ventana y divisar el espectáculo del que desde allí podía gozar. Se enguantó las manos con unas manoplas desechables y extrajo el cedé con el archivo que contenía la canción de Raphael. Del interior de una caja de zapatos que había sobre la mesa de cristal tomó un sobre de azúcar con una cita impresa. La leyó para sí y sonrió. Los preparativos aumentaban su temperatura corporal. Se despojó de la ropa y se quedó en bragas y sujetador. Una vez más el espejo no mentía. Estaba perdiendo peso de manera preocupante. Y otras, en cambio, esforzándose por perder kilos, pensó con sorna lanzando una mirada a la puerta. Siguió tecleando en su ordenador portátil y buscó en Google Maps una nueva dirección. De nuevo tocaba Ciudadela. Se retrepó en la silla disfrutando del momento. ¿Y si te llamara y te dijera que te quedan tres días de vida, rata mentirosa?, preguntó en voz alta sin apartar su mirada febril de la pantalla. Mañana te vigilaré, Beatriz, en el trayecto hasta la panadería, en tus insulsas conversaciones con los vecinos. Quiero ver en qué malgastas tus últimas horas antes de que haga contigo lo que tú no tienes el valor de hacer. Te prometo que va a ser diferente y especial. Muy especial. Activó el programa que le permitía hacerse con la contraseña de la conexión de internet de la casa. Seguidamente localizó un servidor ruso con el que enmascarar la IP de su conexión. Navegar de manera anónima era tan sencillo como matar. Pinchó sobre la cruz de la página web abierta y decidió consultar la existencia de algún mensaje en el foro Punto final. Apenas accedió a la página, la invadió una ola de dicha. El número de usuarias conectadas superaba con creces al de días atrás. Mi pecera no tiene fin. El mundo está repleto de seres débiles, peligrosos para los niños. Vamos a ver quién muerde el anzuelo, viejas zorras inútiles.

Martes, 17 de septiembre, 07.00

Me desperté con náuseas y un agudo dolor de cabeza. El llanto famélico de Hugo me cortó un sueño compuesto por un reiterado argumento: estaba sola. Alimenté a mi pequeño de la manera más atávica posible y tras ingerir un analgésico me preparé un café. La fortaleza de mi suegra se encontraba cerrada y no capté ruido alguno que me indicara actividad en su interior. Sentada frente al balcón del comedor y con la mirada perdida en Sa Caleta, pensé en papá. «Usa la soledad a diario, María, es algo tan necesario como la actividad física. Pero nunca dejes que la soledad te use, eso es algo tan peligroso como la inactividad física.» Me estremecí al pensar que tal vez la soledad estaba abusando de mí. Detuve el bombardeo de pensamientos negativos. En el fragor de la batalla está prohibida la distracción, me recordé. Resolví ducharme, vestirme y llevarme a Hugo a pasear. Mahón nos esperaba. Si quería conocer más a mi enemiga, tenía que regresar a sus orígenes, a su barrio y, sobre todo, localizar a la tía de Bruno.

Envié a Roberto un wasap en el que le pedía unas horas: mi familia me necesitaba. Cualquier otra cosa habría provocado su llamada inmediata.

Antes de ser madre nadie me advirtió sobre el tiempo que se invierte en los preparativos. Una hora me llevó alimentar, limpiar y vestir a Hugo, además de colocarlo en la silla del coche, tratar de acertar a plegar el carrito en la penumbra del aparcamiento, repasar la bolsa de mano en la que no puede haber errores ni descuidos, y evitar rayar el coche de mi marido. Un vehículo de dimensiones inimaginables para arquitectos empeñados en diseñar plazas de estacionamiento del tamaño de un nicho. En medio de toda esa tarea recibí la escueta aunque reconfortante respuesta de Roberto: «Ok.»

Estuve jugueteando con las emisoras de la radio del coche más de la mitad del trayecto, sin hallar melodía que me convenciera. Mi pequeño compañero estaba en otra galaxia y no parecía muy por la labor de entablar conversación. Moví el retrovisor hasta lograr captar sus mofletes y esos labios carnosos que siempre me arrancaban una emoción única. Sin lugar a dudas, era mi vivo reflejo a su misma edad, pensé con satisfacción.

Llegué a Mahón entre una maraña de pensamientos que, a modo de mensajes oníricos, exigían una urgente interpretación. Estacioné en la calle Arrabal, a escasos metros del domicilio de mi suegra. Una eternidad después de volver a abrir el carrito, colocar a Hugo como si de un artefacto explosivo se tratara y abrir una diminuta sombrilla, entré con mi apariencia de madre pánfila en una panadería que parecía anclada en el tiempo. Can Senyalet contaba con una ventana a modo de escaparate

donde se exhibían todos aquellos manjares que una recién parida no debía permitirse. En su interior olía a mi infancia, a esas tiendas que la vida ya se había tragado. Una mujer de la edad de Amparo me regaló su sonrisa detrás de un mostrador de mármol.

—Soy la nuera de Amparo Parra, la vecina del número 5. —Señalé con un dedo la puerta de entrada.

La sonrisa de la mujer se esfumó.

—Le voy a ser sincera —mentí a medias—: durante los últimos meses hemos tenido ciertas diferencias y, como se acerca su cumpleaños, he decidido hablar con sus vecinos, amigos y familiares para saber más de ella, tener un gesto de buena voluntad y prepararle una fiesta en la que podamos reconciliarnos.

—Nueras y suegras —espetó la que, supuse, debía de ser la señora Senyalet—. Una historia casi tan vieja como el pan.

—¿Usted la conoce?

—Desde niñas —respondió con fastidio—. ¿Es el hijo de Bruno? —quiso saber, señalando a Hugo.

Asentí.

—¿Cómo se llama?

—Hugo.

Al oír su nombre, mi pequeño abrió los ojos y encandiló a la mujer.

—Tiene suerte de parecerse a su madre y no a su abuela.

La señora Senyalet salió de detrás del mostrador y le acarició una mejilla mientras yo sonreía, satisfecha.

—Ya veo que no me va a contar usted maravillas de mi suegra.

—Ni yo ni nadie. Creo que en cuarenta años habrá comprado aquí el pan un par de veces. La veía a través del escaparate, nos cruzábamos por la calle y, aunque jamás nos negamos el saludo, no teníamos nada que decirnos. Siempre venía su suegro, él sí que era un buen hombre. No me extraña que al final..., ya sabe.

La mujer buscó en mi expresión un gesto que delatara a qué se refería. Decidí darle cancha.

—Bruno todavía no lo ha superado —contesté, confesando a esa desconocida algo que hasta ese instante ni siquiera yo había admitido.

—¿Y quién supera eso en una familia?

Entró una clienta y se hizo el silencio. La mujer pidió el pan y las magdalenas que había encargado, comentó algo acerca de un inminente cambio de tiempo y se marchó escrutándome como si tuviera tres piernas y mi piel fuera de color verde.

La señora Senyalet se sacudió los restos de harina que cubrían su oscuro delantal.

—¿Sabe si mi suegra tiene alguna amiga en el vecindario?

Si le llegó a preguntar el nombre del principal río de Irak no se lo hubiera pensado tanto.

—No —dijo con rotundidad—. Hágase un favor: no se sienta culpable si no funcionan las cosas con ella.

—¿Dónde está el bazar de chinos del barrio?

La señora Senyalet frunció el entrecejo y negó rápidamente con la cabeza.

—No hay ninguno, aunque si cualquier día de estos viene un chino y me paga un traspaso, le cedo el negocio.

Amparo y sus mentiras.

—No diga eso, esta panadería es una reliquia —dije, siguiéndole el juego.

—Pues vaya al Ministerio de Hacienda y dígales que o nos bajan los impuestos o acabarán comiendo pan de molde prefabricado. Ya me dirá usted qué puede contener un pan que dura más de veinte días.

Asentí. Su discurso no tenía grietas.

—Una última cosa y no la molesto más.

La señora Senyalet estaba ansiosa por saber cuál era mi siguiente pregunta.

—¿Ha visto a mi suegra distinta? Últimamente, me refiero.

La mujer rumió su respuesta.

—Delgada, muy delgada, aunque ella siempre ha tenido poca carne. Pero ahora que lo dice, sí se la ve desmejorada. Los remordimientos pasan factura, joven.

—Sé que la tía de Bruno vive cerca de aquí —le dejé caer—, pero no recuerdo exactamente...

—En el 32 de esta misma calle, pero desde que murió su hermano no para de viajar con el IMSERSO. Tenemos más o menos todas la misma edad, pero yo es que me niego a que me ceben con las sobras de los hoteles, que me manoseen el culo al ritmo de *Los pajaritos* los viejos que nunca me han dicho ni hola, y que me dé un soponcio en un autobús destartado.

No pude evitar reírme.

—Por aquí tengo su teléfono. —Me dio la espalda y consultó en un bloc de notas manchado de azúcar glasé—. Tenga, llámela. La Antonia es buena gente, como su hermano, aunque si le nombra a Amparo tal vez le amargue el viaje.

En el trayecto de vuelta Hugo volvió a sucumbir al vaivén del coche. Junto a mi pequeño descansaba una bolsa con dos barras de pan, un par de ensaimadas y un kilo de magdalenas de canela. Mi cabeza trataba de ordenar los siguientes puntos: abusar una vez más de la bondad de Lola, endulzar el día a mis compañeros y llamar a la tía de Bruno. Apenas le di al *play* de la radio, el *Hope there's someone* de Anthony and the Johnsons se adhirió a mi alma. Durante un breve lapso, mientras aquella voz desnudaba mis anhelos, me pareció captar un aroma a Esencia de Loewe.

Martes, 17 de septiembre, 12.00

—Se ha ido a trabajar, regresará sobre las seis de la tarde —me dijo la madre de Lola con la afabilidad que siempre dispensaba.

Ni siquiera tuve que pedirselo, mi cara se había encargado de expresar algunas de mis necesidades. No era la primera vez que se ocupaba de Hugo, hasta podría decirse que fue ella la que insistió para que se lo dejara. Ese fue el argumento que me repetí una y otra vez con tal de tener mi conciencia tranquila y, sobre todo, callada.

Mediante un mensaje de texto Roberto me ordenó que fuera a verlos al hotel. El plural me dejó claras sus intenciones. Haber escuchado a los Anthony and the Johnsons durante el viaje de vuelta me había dejado algo tocada. La de veces que los hombres no imaginan lo cerca que están de nuestra entrega. Ese plural usado por Roberto en su mensaje enterró mis fantasías y me devolvió al presente, la única vida que podía considerarse real.

La habitación de Álvaro se había transformado en una de nuestras oficinas. Esquemas colgados por las paredes, dispositivos electrónicos repartidos por toda la estancia y los ojos de mis compañeros clavados en la bolsa que la señora Senyalet no me había querido cobrar. En un santiamén dieron buena cuenta del sustento. Roberto parecía estar de buen humor.

—¿Noticias frescas? —aventuré.

—Parece ser que nuestra base de datos nacional funciona —dijo, satisfecho—. Al insertar los criterios de búsqueda «Punto final» y «suicidio», nos ha aparecido un suceso acontecido en A Coruña hace año y medio.

Alcé las cejas.

—Una mujer de sesenta y un años ingirió más de cuarenta pastillas de paracetamol —continuó Roberto—. Justo antes de que llegaras acabábamos de localizar a uno de los integrantes de la dotación policial que estuvo en el lugar.

Consultó una vez más la pantalla de su móvil. Su adicción a ese artilugio era una obviedad. No acababa de acostumbrarme a esa nueva faceta suya como incondicional de las nuevas tecnologías.

—Al oficial de policía al mando le llamó la atención que el ordenador estuviera conectado y que en la pantalla apareciera un foro de internet —dijo Roberto, leyendo sus notas—. Anotó el nombre del foro, *Punto final*, más como posible explicación para los familiares de la víctima que como sospecha de otra cosa. No hay que olvidar que en todo momento pensó que se trataba de un suicidio. Pero hay algo más. —

Roberto alzó la mirada—. Ya sabéis que un policía sin curiosidad no es un policía. Así que el oficial vio que en la pantalla había una página de internet minimizada. Se trataba del correo electrónico de la víctima. La mujer lo tenía abierto y en el último mensaje leído había instrucciones precisas sobre cómo suicidarse. El oficial tomó nota de la dirección de correo electrónico *tuangeldelaguarda@hotmail.com* y la introdujo en la base de datos.

—¿No emitíó ninguna nota interna para que los grupos de investigación hicieran más gestiones? —pregunté, temiéndome la respuesta.

—Por supuesto que sí, pero ya sabes —corroboró Roberto—. Un posible caso de inducción al suicidio, cuando la víctima tiene múltiples antecedentes de depresión y episodios similares, no suele ser un tema prioritario en comisaría ni en juzgados.

—¿Y sabemos algo de ese correo? —inquirí.

—En esas estábamos cuando nos has traído estos manjares —respondió Roberto señalando los escasos dulces que quedaban.

Álvaro escribió el correo electrónico en el teclado táctil de su *tablet*.

Al acto esbozó la sonrisa del vencedor.

—La cuenta de correo electrónico *tuangeldelaguarda@hotmail.com* está relacionada con una empresa de Madrid —informó Álvaro a la vez que iba averiguando los datos—. Se llaman We-Coach-U.

—Ya me encargo yo de consultar el Registro Mercantil —indicó Roberto mientras se ocupaba de ello con un ordenador portátil.

Me sentí una invitada de piedra.

—¿Tenéis claves de acceso gratuito para el Registro Mercantil? —pregunté.

—Somos los de la Central, nena —bromeó Roberto con voz exageradamente grave, sin apartar la mirada de la pantalla.

—Tengo un teléfono de We-Coach-U. ¿Llamas? —me propuso Álvaro, evitando que me sintiera peor.

El teléfono no estaba operativo.

—Negativo —anuncié.

—También tienen un correo electrónico —continuó Álvaro—. Voy a pedirles que contacten con nosotros y nos informen sobre quién gestionaba la cuenta *tuangeldelaguarda@hotmail.com*.

—¿Has mirado a quién pertenece el dominio de la web? —inquirió Roberto.

Álvaro no respondió, sus dedos lo hacían por él.

—Enrique Yagüe Soler —contestó.

—También es el administrador de la empresa We-Coach-U —corroboró Roberto, señalándome la pantalla de su ordenador—. Llama a los colegas del grupo y que se planten en el domicilio de la empresa.

—¿A qué se dedican? —pregunté.

—Según el registro, su objeto social es el bienestar y desarrollo emocional de las personas —explicó Roberto con cierta mofa.

—Encaja con el perfil de nuestra asesina —afirmé.

—¿Crees que es una profesional de la psicología o una de esos gurús del crecimiento personal? —inquirió Roberto, apartando la mirada del ordenador.

—Los psicópatas no son constantes. Existe la creencia generalizada de que son superdotados o cuentan con una inteligencia superior a los demás. No es cierto. Puede que algunos tengan un alto coeficiente, pero raro es el caso en que hayan conseguido finalizar una carrera universitaria o algo que requiera constancia —expliqué, dirigiéndome principalmente a Álvaro—. Como dijo Galván, internet es el medio favorito de todo psicópata.

—Tenemos casos de asesinos psicópatas que eran médicos —replicó Roberto.

—Siempre hay excepciones —ratifiqué.

—Siempre —repitió, dedicándome una de sus miradas traviesas.

De pronto olvidé de qué estábamos hablando.

—El dato más certero es que nuestra asesina ahora está en Menorca —me recordó Roberto.

—No importa dónde esté ella —dije—. ¿Acaso no se puede trabajar para la Central de Homicidios desde la habitación de un hotel cualquiera?

Martes, 17 de septiembre, atardecer

Abandoné el hotel sobre las ocho de la tarde. Todas las gestiones habían resultado infructuosas, incluida mi llamada particular a la tía de Bruno, cuyo teléfono estaba inoperativo. Nuestras mentes demandaban un descanso y Roberto decidió poner los puntos suspensivos al día.

Decidí pedalear bordeando el puerto y así disfrutar de aquel epílogo. Cuando alcancé la torre de San Nicolás sentí la imperiosa necesidad de detener la bicicleta sobre el empedrado. El sol ofrecía a la fortaleza uno de sus últimos estertores, confiriendo al color de la piedra una tonalidad terracota que le otorgaba calidez. Si en el pasado la torre advertía de los peligros que acechaban a la antigua capital de la isla por mar, el tiempo la había convertido en una construcción elegante y emblemática que me inspiraba un afecto especial. Sentada en el sillín y apoyando todo el peso de mi cuerpo sobre un pie, fantaseé con que esa torre pudiera advertirme de los peligros que me acechaban. El mar estaba calmo y la bandera de Ciudadela, que solía ondear en lo alto de la torre, se mostraba caída. No supe cómo interpretar aquella señal.

Cuando fui a recoger a Hugo me sorprendió que Lola todavía no hubiera regresado. Por lo visto tenía el teléfono apagado y su madre debía regresar a su casa para preparar la cena a su marido, que tenía alergia a la cocina y a determinadas tareas del hogar.

—Me llevo a Daniel —me dijo, visiblemente nerviosa—. No pienso dejarlo aquí solo.

—¿Has llamado a su empresa? —pregunté.

—Ya sabes cómo es esta hija mía, no me explica nada. No es la primera vez —afirmó abatida—. Últimamente la llamo y siempre tiene el teléfono apagado, me dice que en el trabajo la obligan.

Le acaricié la espalda y la besé en la mejilla. La irrupción de Daniel en el recibidor evitó sus lágrimas.

—Hablaré con ella, Rosa —traté de calmarla—. Déjale una nota diciéndole que suba a verme, ya le pediré que te llame.

Ella asintió.

—Hugo es un muñequito que no da nada de guerra —logró decir con una mueca indefinida.

Mi suegra estaba en el comedor trajinando con su ordenador portátil. Al vernos entrar alzó la mirada por encima de aquella atalaya informática. Se levantó con cierta

dificultad soltando un gruñido, como si acabara de correr una maratón. Besó a Hugo en la frente y regresó a la mesa, taciturna y sumida en sus tareas.

Después de bañar a mi pequeño, de ponerle su pijama de Mickey Mouse y de nutrirlo con mi cuerpo, me dejé caer en el sofá. Amparo tardó un minuto en buscar mi mirada. Era el silencio que anticipaba la batalla.

—¿Cuánto te paga el chino por el alquiler del piso de Mahón? —Me sentía extenuada, pero los enemigos son fuente de energía. Decidí mover ficha.

Amparo pensó antes de contestar.

—Tarde o temprano tenía que aparecer tu interés por el dinero —dijo con voz ronca, algo más afectada de lo habitual.

Sonreí con despecho, emitiendo un jadeo.

—Te equivocas —repliqué—. Solo me interesan tus mentiras.

Amparo apartó el ordenador que nos separaba. Percibí que una de sus manos temblaba ligeramente, pero ella atenuó ese movimiento posando la otra encima.

—¿A qué te refieres? —balbuceó. No estaba bebida y sin embargo hablaba con voz pastosa. Estaba nerviosa.

—En tu barrio no hay ningún bazar chino y nadie te alquila el piso.

Amparo se incorporó con aire ofendido, visiblemente aquejada de uno de sus dolores ficticios de rodilla o de cadera. De no ser porque sujetaba a Hugo en mis brazos, me habría puesto a su altura. Temía sus posibles reacciones violentas. Todo mi cuerpo estaba en tensión, preparado para reaccionar.

—Estás enferma —dijo, iracunda—. Pero solo te quedan veinticuatro horas para abusar de mi fragilidad.

Se encaminó hacia su habitación, dejándome confundida. No entendí aquella advertencia. Mi cabeza trataba de sondear opciones cuando de repente un objeto robó toda mi atención. Desconecté su ordenador portátil de la toma de corriente y lo dejé en el sofá, cubierto por un cojín. Supuse que en esos momentos su mente trataría de crear coartadas para sus mentiras y quizá se olvidaría de ese artilugio que tenía mucho que decir.

—Tal vez ocurra algo antes de esas veinticuatro horas —grité para echar más leña al fuego y así tratar de mantener su cabeza ocupada. Necesitaba aquel ordenador.

Amparo no contestó. Salió de su habitación vestida con una falda, una blusa blanca y unas abarcas. Se dio un garbeo por el comedor y por un instante creí que mi plan fracasaría. Traté de calcular a ojo qué número calzaba y la verdad es que no difería mucho del tamaño de las pisadas que habíamos hallado en el piso de la última víctima. Regresó a la puerta de su baluarte, echó el candado y se marchó a toda prisa en completo silencio y sin echar de menos su ordenador.

Dejé que transcurrieran cinco minutos. Acomodé a Hugo en su cuna, saciado y entregado a sus sueños abstractos, para después comprobar que el portátil seguía encendido y no requería ninguna contraseña. La suerte me sonreía. Marqué el número de Álvaro en mi teléfono móvil.

—¿Estás con Roberto? —pregunté.

—Sí. Bueno, ahora mismo no. Estamos los dos en un bar, pero él ha ido al baño —respondió Álvaro, intimidado.

—Necesito que vengas a mi casa. Tengo que analizar el ordenador de mi suegra; es un tema personal y no quiero que Roberto se entere.

Álvaro suspiró.

—¿Y qué le digo?

—Que necesitas dar un paseo, que te duele la cabeza, qué sé yo...

—No.

—Por favor.

—Dame tu dirección, pero le diré la verdad. No quiero ser un peso que desestabilice el equilibrio de vuestra peculiar balanza.

Me quedé pensando en aquella extraña definición de nuestra relación.

Sonó el timbre de la puerta antes de lo esperado. Por un instante contemplé la posibilidad de que Roberto hiciera acto de presencia, pero él no era de esos. Mi familia y mi casa le producían cierta erupción emotiva que le impelían a obedecer estrictamente una orden de alejamiento autoimpuesta. Corroboré mi deducción por la mirilla de la puerta y le franqueé la entrada a Álvaro, agradeciéndole su presencia. Acto seguido me inventé una historia de rencillas familiares en la que mi suegra era la arpía.

—No quiero saber nada, María. Yo solo vengo a ver a una compañera que, según me ha dicho, tiene problemas con un ordenador.

Asentí, cabizbaja y avergonzada. Ambos sabíamos que dar información cuando no te la piden es indicio de culpabilidad.

—Aquí lo tienes. —Le entregué el ordenador de Amparo—. No he tocado nada.

—¿Qué quieres saber? —preguntó él mientras se acomodaba frente a las vistas de Sa Caleta—. ¿Todos los de esta isla vivís frente al mar?

—Los que venimos de otro sitio es lo primero que buscamos —respondí sincera—. Me interesa saber el tipo de webs que visita, si tiene correo electrónico y, en el caso de que acceda a chats, saber a cuáles. Esas cosas, aparte de lo que consideres oportuno.

Álvaro no me dejó terminar la última frase. Sus dedos empezaron a danzar sobre el teclado, armoniosos, con una cadencia casi regular. En la pantalla aparecían y desaparecían ventanas más rápidamente de lo que mis ojos lograban captar.

—Este ordenador ha sido formateado recientemente —afirmó Álvaro—. Está como recién salido de fábrica.

Me encogí de hombros.

—De hecho, tu suegra no ha borrado el historial de internet, lo cual nos va a permitir saber las webs a las que ha accedido las últimas setenta y dos horas. Esa es la

fecha aproximada en la que formateó el ordenador.

—¿Qué webs ha visitado?

—Una de fisioterapia. ¿Le duele algo? —Álvaro señalaba la pantalla, donde aparecía el teléfono y la dirección de un masajista en Ciudadela—. Hay otra de horarios de autobuses regulares —continuó Álvaro, sin dejar de husmear en aquellas entrañas informáticas—. ¡Madre mía!

Volvió la cabeza y me miró con ojos de asombro. A mí se me heló la sangre. En la pantalla del ordenador y como uno de los últimos accesos aparecía el foro *Punto final*.

—¿Tan mal está? —quiso saber Álvaro.

Su pregunta hizo que me replanteara la única premisa que yo había dado por válida: Amparo era nuestra monstruo, la asesina que tratábamos de acechar. Sin embargo, ante los ojos de mi compañero mi suegra únicamente se estaba documentando para llevar a cabo su suicidio.

—¿Quieres que siga? —me preguntó.

Asentí.

De nuevo la velocidad de Álvaro me abrumaba.

—Otra cosa que puedo asegurarte es que tiene un perfil en la red social de contactos Vudú —continuó—. Tu suegra es todo un personaje.

—No lo sabes bien.

—Y usa el Messenger.

—Al igual que Fina París —le recordé.

—Fina París y trescientos millones de personas en el mundo. —Sonrió—. Debido al formateo del equipo solo se conservan dos conversaciones. —Continuó jugando con el ratón—. Ambas con la misma persona. Anota este correo electrónico. —Hice lo que me indicaba—. Parece que es de un hombre.

Leímos las conversaciones. Eran escuetas y todas de ánimo hacia Amparo.

—¿Qué le ocurre a tu suegra?

—Nada. Es una manipuladora que lleva interpretando el papel de víctima desde hace cuarenta años. Le ha funcionado con su hijo y su marido, y espera que siga funcionándole con el resto de la humanidad.

Me preparé un sándwich y le invité a que me acompañara con una cerveza. Él parecía incómodo y tuve que insistir. En el código de los cazadores como Roberto, y Álvaro era uno de ellos, yo era terreno prohibido, coto de caza ajeno.

—¿Hacéis mucha vida social juntos en Madrid? Me refiero a Roberto y tú.

Álvaro puso cara de fastidio ante mis mal encubiertas intenciones.

—Está solo, si es lo que quieres saber —respondió al tiempo que se apresuraba a terminar su cerveza. Temía un interrogatorio del que no saldría bien parado.

Me esforcé en contener mi alegría. Tenía mil preguntas pendientes más, pero ninguna tan relevante. Debía conseguir que se relajara.

—¿Cómo llevas su ritmo de trabajo? —inquirí.

Álvaro se retrepó en la silla.

—Mal. —Sonrió—. Cuesta seguirle, este trabajo es su vida. —Asentí con un gesto de comprensión—. Su pasión.

—Su pasión... —repetí.

Álvaro apuró su cerveza, consultó el reloj y se levantó.

—Ya es tarde, María.

—Gracias por venir.

El teléfono móvil de Álvaro empezó a sonar. Me mostró la pantalla, en la que aparecía el nombre de Roberto.

—Dime. —Una pausa—. Estoy a punto de salir —respondió Álvaro, contestando a una pregunta que no alcancé a oír. De nuevo capté el tenue murmullo de Roberto en el aparato—. Ahora se lo digo.

Álvaro devolvió el móvil a su bolsillo.

—Esta es su forma de descansar —se dijo con sorna, y yo lo secundé—. Me ha pedido que te diga que los colegas de Madrid han ido a la empresa We-Coach-U y unos vecinos les han dicho que lleva unos meses cerrada. Están tratando de localizar el domicilio del administrador de la web, el tal Enrique Yagüe. Como ves, nos espera una romántica noche en nuestro hotel.

—Es insaciable —concluí.

—Si quieres, dame el correo electrónico del hombre que chatea con tu suegra; puedo intentar saber quién es.

—No voy a preguntar cómo —le sonreí mientras le entregaba la nota.

—No te respondería sin mi abogado.

Acompañé a Álvaro hasta el rellano y entonces me pareció oír la voz de mi vecina.

—¿Lola? —grité.

—Dime, María.

—Espera, que bajo.

Al alcanzar la planta de Lola ambas nos miramos como dos extrañas. En mi caso, acompañada por un joven atractivo, y en el suyo, por una escultural morena que dejó en estado catatónico a mi compañero. Las dos vestían vaqueros que estilizaban sus largas piernas, moldeaban sus culos y servían de fantasía erótica a media isla. Mientras que su nueva amiga exhibía un *top* palabra de honor que a duras penas podía contener la presión de sus pechos, Lola se había decidido por una camisa negra semitransparente que permitía imaginar su sujetador de encaje. Me preguntaba cuántos clientes de esquelas *on line* habrían captado ese día.

—Tu madre se ha llevado a Daniel a casa.

—Sí, lo sé. —Lola levantó su teléfono móvil—. Gracias, María.

—Te debo una cena —dije.

Ella parecía incómoda.

—Sí, un día de estos.

Como mi compañero seguía en estado de choque y yo no hice además de moverme, Lola decidió poner fin al encuentro casual entre dos vecinas que ya no ejercían de amigas.

—Bueno, te dejo, tenemos cosas que hacer —se excusó, mirando a su acompañante—. Buenas noches.

—Buenas noches —respondí con un hilo de voz.

Lola abrió la puerta, se detuvo sobre el felpudo y esperó a que su compañera se adentrara en la oscuridad de su piso.

—Mañana no trabajo —me hizo saber—, si te hace falta me quedo con Hugo.

Toda la amalgama de elucubraciones se esfumaron con aquel ofrecimiento.

—Gracias, Lola. Espero solucionarlo pronto.

—Tranquila. —Esbozó una sonrisa sincera y se adentró en los entresijos de la que empezaba a ser la segunda vivienda de mi pequeño.

Sacudí a Álvaro por los brazos.

—Vuelve a la Tierra...

—¿Estos dos pibones son tus vecinas?

—Una de ellas.

—Deberías montar una cena cuando terminemos todo esto.

Negué con la cabeza, divertida.

Nos despedimos con una palmada en la espalda, quedamos en vernos dentro de unas horas y regresé a casa. Fortifiqué mi habitación apoyando un sillón contra la puerta, dejé en la mesita de noche mi arma reglamentaria y cubrí a Hugo con besos y una fina sábana. Al caer la noche, el otoño brotaba a hurtadillas por la costa menorquina, tal y como lo hacían mis temores.

Miércoles, 18 de septiembre. Aeropuerto Internacional Pudong, Shanghái, amanecer

Bruno Parra llegó en taxi al principal aeropuerto de Shanghái. Ante los ojos de un espectador ocasional aquel hecho no revestía importancia alguna; sin embargo, él sabía que era el principio del fin. La noche anterior Li le había exigido que cancelara su retorno a España y que dejara su empleo. Ella se ocuparía de todo. Al fin y al cabo, la cuantiosa indemnización que había percibido del seguro de vida de sus padres daba para vivir muy bien en esa ciudad. Con sus peticiones a viva voz, asumiendo el daño eventual que se les venía encima, Li trató de sondear las sospechas que toda mujer engañada termina albergando respecto de su pareja. Li necesitaba saber que era la primera en su vida, no tanto por amor como por orgullo. La respuesta de Bruno fue un contundente silencio. Aquella mañana supo que todo había terminado. Abandonó cabizbajo el lujoso apartamento del Bund y decidió que en Menorca le esperaba una mujer a la que debía reconquistar.

En la terminal de salidas, Bruno Parra se alegró de oír a un tipo hablar en castellano y no dudó en sentarse a su lado. El hombre, impecablemente ataviado con un traje gris ceniza, lucía una cabellera a lo Richard Gere y era de complexión delgada y movimientos ágiles, propios de quien hace del deporte su religión. La discusión que mantenía por teléfono le arrancó a Bruno una sonrisa.

—Llevo mucho tiempo resignado, cariño. Voy a cumplir cincuenta años mañana y sí, lo admito: no soporto a tu madre. ¿Cómo? Solo pretendo celebrar mi medio siglo de vida contigo. ¿Es mucho pedir que se marche esta noche de casa y esté con tu hermano? —El tipo suspiró, armándose de paciencia—. No. Esta vez no voy a ceder.

Zanjó la conversación aguardando el móvil con evidentes signos de derrota. Su mirada se cruzó con la de Bruno, ambos sonrieron.

—Suegras —dijo Bruno, y el tipo asintió.

—Un problema ancestral.

—Yo diría que actual —rectificó Bruno.

El hombre sonrió.

—¿Te llevas bien con la tuya?

—No tengo, murieron antes de conocernos —respondió Bruno pensando en sus dos mujeres. El tipo alzó las cejas—. Pero tengo el mismo problema en casa con mi mujer y mi madre.

—¿Tu madre vive con vosotros?

—Desde hace una semana.

El tipo aceleró su discurso y tensó todo su cuerpo.

—Todavía estás a tiempo, no dejes que lo haga. Si de veras quieres a tu mujer, no

dinamites tu relación.

—El problema es que mi mujer es policía y tiene unos horarios de locos, y tenemos un bebé de cuatro meses...

—Olvídalo. Hazme caso, has de ser tajante; al fin y al cabo es tu madre. Llévalo a una guardería, buscad a alguien que se ocupe del niño... En esta vida nada es gratuito, nada. ¿Sabes que es una de las principales causas de separación?

—¿Las suegras?

—La convivencia con las suegras —matizó el tipo—. Y no nos engañemos, los límites los marcas tú. No esperes que lo haga tu mujer. El león solo obedece al domador, no al trapecista. Aunque en mi caso me estoy planteando abandonar el circo —anunció achicando los ojos.

—¿Has llamado «león» a mi madre? —bromeó Bruno, incomodado por la tristeza que invadía al tipo.

—Lo siento, pero no puedo evitar ponerme en la piel de tu mujer.

El clon de Richard Gere se levantó, le estrechó la mano y emitió un último comentario antes de marcharse.

—Todo es cuestión de prioridades. —Alzó un dedo hacia el techo de la terminal—. Acaban de anunciar mi vuelo.

Bruno Parra se quedó de pie durante unos segundos, preguntándose si en alguna ocasión de su vida había sabido cuáles eran sus prioridades. El culo respingón de una joven nórdica que pasó por su lado, embutida en un llamativo vestido estampado, le sirvió de excusa para no responderse. Una vez más.

Miércoles, 18 de septiembre, mediodía

Un sol pendenciero me hizo tomar la decisión. No eran horas para estar errando por Ciudadela. Se acercaba la hora de comer y propuse a Roberto que nos tomáramos un descanso. El bar Es Molí nos ofreció sombra, dos cervezas bien frías y a través de sus altavoces los punteos de guitarra de Gary Moore. Me armé de valor y decidí vomitar todos los indicios que me empujaban a incluir a mi suegra en la lista de sospechosas. Roberto no me interrumpió ni una sola vez y me escuchó con la atención que mi mirada requería. Me sentí flotar bajo las caricias de un ventilador cuyas aspas de cobre giraban veloces, llevándose consigo mis palabras pero no mis miedos.

Cuando mojé mis labios en la cerveza, Roberto se tomó un tiempo para responder. Trató de hallar en mi mirada un signo que le hiciera pensar que estaba bromeando, pero no lo halló.

—Estás demasiado estresada —dijo al final.

—¿Estoy demasiado estresada? —repetí, incrédula.

Me levanté enojada, sintiéndome cuestionada. De nada servía mi experiencia, ni mi entrega, ni mi pasión. El policía más competente con el que había trabajado nunca se limitó a hurgar en mis problemas personales sin tener en cuenta los indicios que acababa de exponerle.

Fui al diminuto aseo de aquel antiguo molino para refrescarme la cara y le pregunté al espejo en quién me había convertido. No supo qué decir. La última vez que cacé un monstruo era una mujer soltera, alejada de la idea de ser madre y sobre todo muy enamorada. Ninguno de esos tres rasgos asomaban en ese momento de mi vida. Salí del baño dispuesta a escuchar. Sin embargo, en cuanto me senté frente a Roberto hice justo todo lo contrario.

—¿Y si estoy en lo cierto? —pregunté—. ¿Quién es tu sospechosa? ¿La sensual profesora de Es Mercadal? Álvaro no ha encontrado nada en ella y además no da el perfil. No tienes nada.

Roberto encajó bien mi invectiva dialéctica.

—Tú eres la perfiladora y sabes que buscamos a una asesina en serie, probablemente psicópata. ¿Cuánto hace que conoces a tu suegra?

—Cuatro años —respondí, desanimada.

—María, tú eres muy buena en lo tuyo —dijo, tratando de darme jabón—. Estoy seguro de que no habrías tardado tanto en descubrir su psicopatía.

—Tiene muchos rasgos coincidentes y te recuerdo que nunca antes había convivido con ella.

—Es lo que tiene la convivencia: todos terminamos siendo psicópatas.

—Hablo en serio.

—Yo también.

El móvil de Roberto enloqueció.

—¿Sí? —respondió sin dejar de mirarme. Frunció el entrecejo y se armó de paciencia—. ¿Cómo vamos a estar? Jodidos. ¿Y qué dicen? Vaya... Sí, jefe, ya lo sé. Es asunto suyo parar los pies a la prensa, yo ya no doy para más. A mí tampoco me gusta tener asesinos en serie en este país... Lo sé, lo sé. ¿Alguna cosa más, comisario? Siempre a sus órdenes —se despidió condescendiente.

Roberto chasqueó la lengua, dejó el móvil sobre la mesa y lo empujó hasta el borde.

—Se te va a caer —advertí.

—Esa es la intención. —Miró en derredor por todo el local—. ¿Qué cojones les hacen cuando ascienden? Navarro era uno de los nuestros hace apenas dos años.

—¿Navarro es el comisario de la Central?

Roberto asintió, apuró su cerveza y reclamó la atención del camarero, a quien pidió otra ronda.

—Siempre ha sido un tío currante, de los que pringan... —respondió—. Pero en los despachos se vuelven gilipollas.

—Ya sabes, no asciendas.

—Ya sabes, evita los despachos.

Su ataque me dolió.

—Los de la Científica no hallaron ADN en la muestra de orina, así que podemos concluir que nuestra monstruo no tenía la regla —lamentó—. Por otra parte, han obtenido el perfil genético de la piel hallada en las uñas de Fina París.

—Pero no hay ninguna coincidencia con nuestra base de datos —añadí con voz mecánica.

—Ninguna. Nuestra asesina no tiene antecedentes policiales.

Una ráfaga de esperanza alcanzó mi rostro y Roberto cazó mi repentino entusiasmo.

—Mi suegra tiene la menopausia.

—Ni hablar, María. No está el patio para malgastar pasta en cotejos de ADN.

—¿Y si es ella?

Roberto resopló.

—Había olvidado tu grado de tozudez.

—Y más cosas habrás olvidado.

—No tantas.

—¿Por ejemplo? —Con una sola pregunta de repente solo estábamos nosotros, dos cervezas y Gary Moore. Pensé que el hecho de pasar tan rápidamente de la ira a la decepción y de esta al coqueteo seguramente se debía a algún tipo de inestabilidad psicológica.

—Detalles —dijo Roberto.

Él siempre había sabido bailar al son de mis intenciones.

—Defina «detalles», señor inspector jefe. —Apoyé la barbilla en mis manos entrecruzadas y decidí perderme en su mirada azul.

—Definir es menguar.

Mi respiración se aceleró.

—¿Quieres saber qué más me ha dicho Navarro?

Negué con la cabeza, confundida por su inesperada pregunta.

—Que se me acaba el tiempo. —Roberto le dio un sorbo a la cerveza que nos acababan de servir—. Se nos acaba el tiempo.

A cierta edad una mujer sabe diferenciar cuándo imagina, fantasea o constata que un hombre la desea. A pesar de las heridas acumuladas, la mirada de Roberto todavía no había aprendido a mentir.

A modo de ducha fría, pasamos la tarde separados, Roberto y Álvaro trabajando desde el hotel y yo preguntando por todas las cafeterías donde servían los sobres de azúcar. Ni sus propietarios ni los camareros me aportaron nada. Nadie que les llamara la atención, que les pidiera más sobres de la cuenta o cuya actitud les pareciera extraña. Me quedé con la opinión de Carlos, el propietario del bar del Club Náutico, frecuentado asiduamente por el personal de la comisaría.

—¿Que si alguien me llama la atención? —contestó, repitiendo mi pregunta—. La mayoría de polis sois raros, María.

Ante tal muestra de sabiduría no tuve más remedio que sonreír, dar media vuelta y regresar a la que una vez fue mi casa.

Miércoles, 18 de septiembre, noche

Llamé a la puerta de Lola, pero no obtuve respuesta. Subí sofocada hasta mi piso y abrí la puerta con torpeza. La casa olía a tabaco y a un dulce perfume de hombre. Bruno me mostraba la mejor de sus sonrisas mientras sujetaba en brazos a Hugo. En ese momento entendí la amenaza relativa a las veinticuatro horas que había mencionado Amparo horas antes. En cuanto me vio entrar, la bruja de mi suegra se abalanzó sobre él con una ráfaga de besos. Una bonita estampa familiar de no ser porque no éramos una familia. Bruno me besó como un mal actor de telenovelas mexicanas y trató de encontrar en mi mirada un centelleo que ya se había extinguido. Unos meses atrás aquella visita sorpresa habría sido motivo suficiente para dejar a Hugo en su cuna y devorarnos hasta la saciedad.

—Te he dicho mil veces que no fumes en casa —le dije a modo de bienvenida.

Durante la cena que inopinadamente nos preparó Amparo, la rutina de Bruno en Shanghái y sus logros empresariales se convirtieron en el principal tema. Llamaron mi atención sus pausas y aquel barniz de tristeza y melancolía con el que trató de narrar su día a día, ya no tanto como su mujer, sino como policía de Homicidios habituada a escuchar sacos de mentiras. Mientras yo permanecía sumida en mis pensamientos, Amparo empezó a disparar con palabras dañinas. Para esas no tenía chaleco antibalas.

—Estás en los huesos, cariño —dijo Amparo, cubriendo con sus manos la de su hijo.

—El ritmo diario y la comida de allí, mamá. Y tú, ¿te encuentras bien? También estás muy delgada.

—Pregúntale a tu mujer —pronunció apenada, sin atreverse a mirarme—. Mira cómo tengo que verme. —Señaló la cerradura de su fortaleza—. Deberías poner orden en esta casa, hijo.

Para mi incredulidad, Bruno le dedicó la más tierna de sus miradas, devolviéndole las caricias y secundándola en cuanto a lo de ignorarme se refería.

—Más que poner orden —intervine—, decide qué es lo que quieres, porque está claro que con todo no puedes quedarte.

Bruno me miró aturdido. Mi intuición me decía que Shanghái no debía de ser tan gris como intentaba transmitirme. Todo obedecía al miedo que le daba que descubriera algo. Shanghái merecía más explicaciones, pero Bruno eligió el silencio.

Aquella noche no desplazé ningún mueble para que bloqueara la puerta de mi

habitación. Tumbada en la cama, la leve y acelerada respiración de Hugo me servía de cordón umbilical con mi cordura. A mi espalda, el cuerpo desnudo de Bruno trataba de canjear su mutismo por caricias deficientes, más propias de un camionero en celo que de un hombre que me hubiera echado de menos.

—Ocúpate de Hugo estos días. Solo tú. No quiero que tu madre esté a solas con mi hijo —dije en la penumbra, arisca—. Estoy muy cansada.

Bruno interrumpió sus movimientos y resopló.

En ese mismo instante capté un tenue ruido de llaves, un cuerpo que se deslizaba por el pasillo y la puerta principal. Amparo se sumergía de nuevo en las entrañas de Ciudadela. Eran horas de caza, pero me quedaba demostrar qué era lo que realmente cazaba.

Jueves, 19 de septiembre, 11.00

En comisaría la vida continuaba con su misma cadencia. Zambrano lamentaba su persistente tendinitis en el hombro derecho, consecuencia de su última postura sexual, me aseguró, más que del mal uso de las mancuernas. En la tercera planta la prolongada baja del jefe de personal obligaba a Sánchez a continuar asumiendo sus funciones. Su máxima preocupación procedía de las tensiones surgidas entre las mujeres de la limpieza. Pese a ser una subcontrata, se quejaban a Sánchez de que unas hacían más horas que otras y de las ausencias injustificadas de las de siempre. Pasé por delante de la oficina de denuncias y sentí que no quería volver allí. En mis tiempos como policía de Homicidios en Barcelona, terminar un caso significaba empezar otro. En Ciudadela, detener a nuestro monstruo implicaría regresar a esa vida insípida que yo no había elegido pero tampoco había hecho nada para evitar, una suerte de dolo eventual que no me eximía de responsabilidad para con mi conciencia.

En el despacho de la Judicial, Garrido y el resto de los compañeros investigaban el uso fraudulento de unas tarjetas de crédito en internet. Álvaro me sonreía en silencio ante las sandeces que emitían, lo cual ponía de manifiesto sus exiguos conocimientos en la materia. Mi compañero me entregó una nota en la que aparecía la dirección en la que vi entrar a Amparo la mañana que la seguí por el centro de la ciudad.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—El domicilio desde el que se conecta el usuario del correo electrónico que chatea con tu suegra.

Pese a que para mí era información relevante, me decepcioné un tanto al constatar que no se trataba de nada relacionado con el caso de los asesinatos.

—¿No puedes saber quién vive allí? —pregunté.

—Podría, si remitiera un mandamiento judicial al proveedor de la conexión de ADSL, pero algo me dice que prefieres no hacerlo oficial —respondió con el mismo gesto pícaro que solía emitir Roberto. Ese chico iba camino de ser su clon. Traté de imaginar cómo sería un mismo país con dos Robertos. Peligroso, para algunas muy peligroso.

—Enviaré un fax a la oficina municipal de empadronamiento —decidí—. Necesito saberlo.

En la comisaría de Ciudadela, todas las almas que en ella trabajamos compartíamos un solo fax. Acababa de enviar mi petición al Ayuntamiento cuando sonó el teléfono del 091. La compañera que atendía dicho servicio pulsó la opción de escuchar la llamada a través de los altavoces y clavó su mirada en mí. Una mujer

pedía entre sollozos nuestra presencia urgente. Su suegra había sido agredida brutalmente en su propio domicilio y se debatía entre la vida y la muerte. Nada dijo de sogas ni de suicidio, pero la edad de la víctima fue suficiente para hacer que saliéramos disparados.

La misma voz que había demandado nuestro auxilio por teléfono nos franqueó la puerta del piso donde se habían producido los hechos. La mujer, que rondaba los cuarenta, era entrada en carnes, de mirada apagada y piel lustrosa. La boca todavía le temblaba de manera incontrolada y se abrazaba a sí misma, con las manos ensangrentadas, tratando de aplacar el miedo que la corroía. Unos agentes tenían acordonado el rellano y habían protegido el lugar de extraños y de curiosos. Una ambulancia estaba trasladando a la víctima, todavía con vida, al hospital de Ciudadela. Roberto distribuyó a los compañeros de la Científica tras exigir a todos los presentes que nos cubriéramos con el mono, pantuflas y la mascarilla correspondiente. Traté de calmar a la mujer indagando su nombre y ofreciéndome a llamar a otro familiar. Se llamaba Úrsula; su marido, hijo de la víctima, había fallecido de un ictus hacía apenas dos meses. Úrsula no tenía a nadie más. Le rogué que no se marchara a fin de determinar qué elementos extraños había en el escenario. Roberto hizo tres llamadas hasta poder hablar directamente con el médico que integraba la dotación que trasladaba a la víctima. Estaba viva pero inconsciente, con múltiples traumatismos en la cabeza causados por un objeto contundente, lesiones en el tórax y síntomas de asfixia. Roberto les facilitó su teléfono exigiéndoles que lo llamaran en cuanto volviera en sí.

En esa ocasión el escenario era completamente distinto. No olía a hierbabuena ni se escuchaba canción alguna de Raphael. Tampoco se había escenificado un suicidio. La puerta no estaba forzada, por lo que todo indicaba que la propia víctima había franqueado el acceso de su agresor.

A las preguntas que formuló Álvaro, Úrsula respondió que su suegra no tenía ordenador. Fue Roberto el primero que lo vio. En el suelo, cubierto de manchas de sangre, un sobre de azúcar con una cita: «“¿Qué es un suicida? ¿Su propio verdugo o su propia víctima?” Valeriu Butulescu.»

Roberto se acercó a mí, se apartó la mascarilla y me susurró al oído:

—Quédate con Álvaro. Me voy al hospital. No podemos permitirnos que la víctima recupere la conciencia y no estar allí. En cuanto termine la Científica, citas a la nuera para que comparezca en comisaría esta tarde, te vienes al hospital y que Álvaro coordine la toma de muestras en comisaría.

Asentí, tratando de ordenar aquel batiburrillo de datos que nuestra monstruo había desordenado.

—¿A qué hora la agredieron? —pregunté a Úrsula.

—Ayer cenamos juntas y me marché sobre las once y media de la noche.

—¿Su suegra se conecta a internet? —pregunté, en un intento de averiguar dónde y cómo había sido cazada.

—Mi suegra, agente, era amiga íntima de la recién asesinada Paula Pons.

Jueves, 19 de septiembre, 16.00

Cuando la principal emisora local emitió la noticia, su cuerpo entero se estremeció, molido y todavía resentido por el nivel de agresividad que la situación había demandado. Saltó de la cama colérica. «No puede ser, no puede ser», se repitió. Repasó mentalmente todos los pasos. Había disfrutado como nunca. Tenía que admitir que la sangre era el condimento que había faltado en sus anteriores acciones. Se había tomado su tiempo para limpiar la figura con que la golpeó, lavarse las manos teñidas de rojo y cambiarse la ropa y el calzado. Sin prisas, gozando de cada minuto. Y la vieja no respiraba, no se movía y no tenía pulso. ¿Cómo era posible? Cogió el móvil y pulsó la opción de visualizar sus fotografías. Deslizó un dedo sobre la pantalla hasta llegar a las últimas que había tomado. La expresión de aquella zorra era la propia de la muerte. Amplió la imagen hasta conseguir un primer plano. En sus ojos no quedaba nada. «Tal vez sea una maniobra policial», caviló. Si la vieja hablaba, acabaría desvelando algunos detalles que podían delatarla. Se arrepentía de su discurso habitual sobre las infancias rotas, las personas débiles, los aspirantes a suicidas que no tienen agallas para matarse pero sí para abusar de una niña. Como su padre, que pasó la mitad de su vida ingresado en un loquero y cuando regresaba a casa le entregaba un amor que ella no comprendía. Una boca enferma de halitosis, unas manos ásperas, agresivas y un miembro erecto que lograba abrirse un hueco en rincones que la naturaleza todavía no había preparado para ello. Y de fondo siempre sonaba el joven Raphael y en su oído un «papá te quiere mucho, mi niña», mientras ella cerraba los ojos y se imaginaba un cielo azul repleto de cometas blancas y hasta le parecía oír las risas de otros niños. Si la vieja contaba esos detalles podrían saber más de ella, de sus orígenes traicioneros que siempre terminaban apareciendo. Había llegado el momento de buscarse otro sitio, de volver a ser otra.

Jueves 19 de septiembre, 20.00

Beatriz Bravo recuperó la conciencia siete horas después de ser ingresada. Su estado era de máxima gravedad, seguía en la Unidad de Cuidados Intensivos y únicamente la mala leche de Roberto logró que el médico accediera a que pudiéramos hablar con ella. Decirle «tal vez la próxima víctima sea tu madre» terminó convenciendo a ese salvador de ánimas petulante que vivía en un mundo inexistente, donde la justicia no era bien recibida en nombre del juramento hipocrático.

—Tienen tres minutos —advirtió la versión *made in Spain* del doctor House, sin bastón y con veinte kilos de más.

Roberto ignoró el aviso y se arrodilló frente a un lateral de la cama.

—¿Quién ha sido, Beatriz?

Una enfermera le extrajo el tubo de la boca. Tenía el rostro desfigurado, invadido por una colección de hematomas, y la cabeza envuelta por una venda aparatosa. Era incapaz de abrir los ojos.

—No lo sé... —logró decir con voz trémula, casi inaudible.

—¿Cómo era? —me apresuré.

—Delgada.

Cada sonido que emitía suponía un esfuerzo.

—Formulen preguntas que requieran de un sí o un no —alzó la voz la imitación barata de House—. Tienen un minuto y medio.

Roberto lo fulminó con la mirada.

—¿Era española? ¿Qué edad tenía? —preguntó Roberto haciendo caso omiso de las indicaciones.

Beatriz no respondía.

—¿Qué edad tenía, Beatriz? ¿Entre cincuenta y sesenta? —repetí enérgica.

—Sí.

Teníamos algo, muy poco.

—Fumaba —añadió Beatriz.

—Menos de un minuto —nos recordó el médico.

Roberto apretó los dientes y los puños.

—*Mone, mone...*

—¿Qué? —pregunté.

—*Mone...*

Roberto frunció el ceño, parecía ausente. Finalmente anotó en su teléfono móvil aquel galimatías que al menos a mí no me decía nada.

Busqué a toda prisa una fotografía de mi suegra en mi móvil y en el bolso, pero

fue un gesto absurdo, pues sabía que no llevaba ninguna.

—¿Dónde la conoció? —insistió Roberto.

El cuerpo de Beatriz sufrió un espasmo que alertó a todo el personal médico. El médico se abrió paso.

—Márchense —nos ordenó—. Desfibrilador, rápido, se nos va, se nos va... —gritó a una de las enfermeras.

Abandonamos la habitación alicaídos, con la sensación de no haber sabido aprovechar nuestra mejor oportunidad.

No habíamos alcanzado el parking del hospital cuando sonó el móvil de Roberto.

Beatriz Bravo acababa de fallecer.

Abatido, Roberto entró en el vehículo y apoyó la nuca en el reposacabezas. Bajé las ventanillas y comprobé que el viento de levante anunciaba una noche cálida. Olía a comida de hospital, a hierba recién amputada y a vidas derrotadas.

Estuvimos callados un buen rato. De tanto en tanto el reflejo de las luces que emitían otros vehículos nos permitía escrutar nuestros rostros, maltrechos por los acontecimientos, por las escasas horas de sueño y por los asuntos pendientes. No pude evitar quedarme anclada en sus labios, perfilados y carnosos. Apetecibles.

—¿Cuánto sufrimiento nos queda por ver? —preguntó Roberto.

—A ti más que a mí.

Se acarició la barba de cuatro días.

—Algún día lo dejaré.

Solté una risa breve.

—En serio, empiezo a estar harto de esto.

—Una vez me dijiste que el secreto para soportar esta basura está en hacer lo que hacen los psicópatas: cosificar a las víctimas —le recordé.

—Las mujeres bonitas no deberíais tener memoria.

Sonreí y advertí que él hacía lo mismo.

—¿Qué harías si no tuviera memoria?

—Reconquistarte.

Tragué saliva y silencié mi suspiro delator. Una vez más la muerte nos ponía cachondos; una vez más el dolor, aunque ajeno, nos empujaba a realizar aquello que más deseábamos. Roberto rompió la distancia, y yo, estremecida, me quedé quieta. Probé esa boca que una vez fue mía y nuestras lenguas coletearon ansiosas y liberadas. Era el beso del olvido, aquel que, como anhelaba Roberto, nos dejaba desmemoriados. El sabor de nuestra fusión me era familiar, pero tenía algo de novedoso: la etiqueta de prohibido. Estuve a punto de cruzar esa línea sin retorno, pero solo a punto. Retiré mi cabeza unos centímetros, dejé de acariciarle y puse el coche en marcha.

—¿Qué haces?

—Mantener el equilibrio.

La noche compareció antes de hora, anunciando el final irreversible de aquel verano. Después de dejar a Roberto en el hotel regresé a casa en bicicleta. Pedaleaba por inercia, tratando de encontrar la solución adecuada a esa necesidad interna de volver a sentirme amada. En aquel instante comprendí que obligarse a dejar de querer a alguien era tan estúpido como enterrar un cuerpo en un arrozal. Siempre termina saliendo a flote y, cuando lo hace, el pasado invade el presente y acaba modificando el futuro.

Cuando entré en mi casa, todavía enmarañada en mis emociones, vi a Amparo de pie, sujetando en brazos a Hugo, cantándole una canción de Raphael a modo de nana. Su malvada sonrisa despertó a la salvaje que habita en mí. Grité el nombre de Bruno, pero nadie me contestó. Mi suegra persistía en su mofa, sintiéndose vencedora en una guerra que empezaba a debilitarme. Solo recuerdo que entonces enloquecí. Le arranqué a Hugo de las manos, lo dejé en su cuna, desenfundé el arma y regresé al comedor dispuesta a introducirle el cañón en el interior de la boca. Quería una confesión, quería verla suplicar, pero Amparo logró encerrarse en su habitación. La insulté tras la puerta, la humillé a viva voz, lancé patadas contra su fortaleza e incluso, aunque apenas fue un segundo, pensé en acribillar el candado y proceder a su detención. Al cabo de cinco minutos oí el crepitar de la cerradura de la puerta principal. Bruno y dos policías uniformados, requeridos por la propia Amparo desde su móvil, no salían de su asombro al verme con la mirada perdida y sujetando mi HK. Uno de ellos pronunció mi nombre y me ordenó que lanzara la pistola al suelo; yo obedecí. Bruno pasó por mi lado a toda prisa. Comprobó que Hugo estaba bien, se acercó a la habitación de su madre y a través de la puerta la conminó a salir. Amparo se abalanzó sobre Bruno y lloró desconsolada, mirándome de soslayo, sintiéndose victoriosa. Bruno agradeció a mis compañeros su presencia y les imploró que no trascendiera. «Nada de denuncias, nada de informes. Mi mujer está pasando por un momento de mucha tensión. Es un tema estrictamente familiar.» Hacía apenas siete meses que aquel par de policías acababan de salir de la academia. Todavía no discernían entre las miserias de la vida y los manuales que habían aprendido. No me cabía la menor duda de que habría informes, chismorreos y nefastas consecuencias para mí.

Viernes, 20 de septiembre, 08.30

Llevaba cerca de media hora esperando fuera del despacho de Sánchez. Roberto salió con expresión de fastidio.

—He conseguido que no te abran expediente disciplinario hasta que no hayamos resuelto la operación Faith —me explicó, contrariado—. María, solo voy a preguntártelo una vez: ¿estás en condiciones de continuar?

—Sí —respondí sin pensar, antes de que Roberto lo hiciera por mí.

Él tomó aire, miró en derredor y se masajeó las cervicales. Tenía ojeras y su mirada evitaba dolosamente la mía.

—Estás cabreado —musité.

—Sí. —Asintió enérgicamente—. En efecto, estoy muy cabreado. Tenemos a una asesina en serie, cuatro víctimas, doscientos caminos sin salida y un integrante de mi equipo se dedica a amenazar a su suegra con el arma reglamentaria. Supongo que tengo todo el derecho del mundo a estar cabreado.

Roberto empezó a andar de un lado a otro hasta que se detuvo frente a una de las ventanas. Mirar al exterior desde las entrañas de una comisaría equivale a las bocanadas de aire que un delfín necesita de tanto en tanto.

—¿De veras es solo por eso?

Me arrepentí en cuanto lo hube dicho.

Roberto me clavó su mirada azul, herida.

—¿A esta actitud tuya lo llamas mantener el equilibrio?

Afortunadamente para mí, Álvaro apareció como por ensalmo. Me sentía incapaz de encontrar una respuesta coherente para Roberto.

—Tengo noticias —anunció el recién llegado con energía renovada. Parecía que era el único que dormía sus horas o que al menos las pocas que lo hacía no se dedicaba a otra cosa.

—Suelta —mandó Roberto.

—Los colegas de la Científica no han hallado nada en el domicilio de nuestra última víctima. Ni una sola huella, ni restos de ADN. No hubo lucha, la víctima fue sorprendida con un primer golpe y posteriormente la agresora se ensañó con ella. Tampoco había ordenador, así que no hay cedé trampa de Raphael. Sin embargo... —Álvaro sonrió y movió las cejas a lo Groucho Marx—. Los de la Científica han seguido trabajando para extraer huellas de los sobres de azúcar con otros procedimientos. El que se halló en el piso de Fina París, tras dejarlo en la campana de cianocrilato, ha proporcionado una huella débil, pero suficiente para ser cotejada cuando proceda. De momento no corresponde a ningún delincuente con antecedentes.

—Como dijo Galván —recordó Roberto—, en el primer asesinato teníamos que encontrar los errores. Tras ello nuestra asesina tomó medidas, entre ellas recoger los sobres de azúcar con guantes o al menos no directamente con los dedos. La buena noticia es que tenemos el código genético y la huella de una mujer sin antecedentes; la mala que no somos personajes de una película de polis americanos.

—Hay más —siguió Álvaro—. Nos han llamado de Madrid, Roberto. Los colegas del grupo han localizado a Enrique Yagüe Soler, el administrador de We-Coach-U. Se trata de una web que se dedica a prestar servicios de bienestar emocional *on line*. Hace un año contrataron a una mujer llamada... —Álvaro consultó su inseparable *tablet*—... Daniela Montes Monroy, quien les remitió escaneados su DNI y su título de *coach* personal. Le pagaban los servicios prestados a una cuenta bancaria de Open Bank...

—Ya estamos —lamentó Roberto.

—Efectivamente —corroboró Álvaro. Me miró—. Es una de esas cuentas que se dan de alta *on line* en la que no se llega a comprobar la autenticidad del DNI que se aporta, y que permite al titular extraer dinero desde cualquier cajero con la tarjeta de crédito que le remiten. Pero en su caso decidió ir en persona a recogerla en una de sus oficinas. No hay domicilio verdadero, únicamente el que aportó en la fotocopia de su DNI falso.

—Ya veo que no sabemos quién es Daniela —concluyó Roberto—. ¿Se ha pedido a Open Bank un listado de esos cajeros? ¿Hay imágenes de la sucursal donde recogió su tarjeta de crédito?

—No, no sabemos quién es Daniela —respondió Álvaro—. Y sí, hemos pedido ese listado: se trata de cajeros de Madrid. Todos ellos se encuentran a dos kilómetros escasos de la sede social de We-Coach-U. Son cajeros de fachada, probablemente sin imágenes. Y ya sabes que transcurridos más de quince días ningún banco almacena las grabaciones de sus cámaras.

Pensé en mi suegra. Por aquella época visitó en reiteradas ocasiones Madrid acompañando a su marido en su gira de hospitales y especialistas en depresiones. Dijera lo que dijese Roberto, no pensaba descartar lo evidente.

Mi jefe se sentó en el extremo de una mesa, se cubrió momentáneamente la boca con las manos en un gesto que evocaba el rezo, y emitió un profundo y prolongado suspiro.

—Así que nuestra psicópata suele compartir el mismo cielo que nosotros. Primero, Madrid, y ahora, Menorca —pensó en voz alta Roberto.

—Según Yagüe, a juzgar por la voz de la tal Daniela, se trataba de una mujer española de entre cincuenta y sesenta años —continuó Álvaro, impaciente por soltar todo lo que tenía—. Pese a que se lo pidieron en reiteradas ocasiones, nunca les dio un teléfono, siempre contactaban mediante el programa Skype y correos electrónicos que todavía conservan. Durante el día de hoy nos los van a facilitar. Queda confirmado que su cuenta de correo electrónico era

tuangeldelaguarda@hotmail.com, el mismo que apareció en el presunto suicidio de A Coruña. ¿Apuestas una cosa?

—Ya —dijo Roberto, resignado—. ¿Que probablemente usó una IP enmascarada?

—Aún no he recibido las cabeceras técnicas de esos correos, pero estoy seguro de ello. Nuestra asesina se maneja bien en la red.

—¿Qué problema tuvieron con ella? —pregunté.

—La bomba estalló cuando una de las clientas de la web se quejó a Enrique Yagüe de que la *coach* Daniela Montes era una impostora. Parece ser que la propia clienta era certificada como tal y estaba segura de que aquella mujer sabía de *coaching* tanto como ella de arquitectura.

—¿Una *coach* que solicita los servicios de una colega de profesión? —preguntó Roberto.

—¿Acaso tú no acudirías a una comisaría a denunciar algo que te pasara? —planteé.

Roberto me lanzó una mirada de desconcierto.

—Se me olvidaba que tu religión te prohíbe pedir ayuda a los demás —concluí.

Álvaro carraspeó y continuó informándonos.

—Enrique Yagüe confesó a nuestros colegas que no la dio de alta en la Seguridad Social por petición expresa de la propia Daniela. A raíz de la advertencia de la clienta comprobó que el certificado de *coach* personal era un documento falso. En principio quería denunciarla, pero llegaron a un acuerdo beneficioso para ambos: él no pisaba comisaría alguna y ella se olvidaba de los más de mil quinientos euros que le debía.

—El maldito dinero —profirió Roberto.

—Yagüe también nos dijo que era una mentirosa compulsiva, que solía inventarse verdaderas películas para pedirle que la sustituyeran en las sesiones de *coaching* telefónico que tenía concertadas a través de la web.

—¿Qué tipo de películas? —pregunté, pensando en Amparo.

—Que si sufría esclerosis múltiple y no podía ni levantarse de la cama, que si tenía que cuidar de un familiar tetrapléjico... La más llamativa es que en menos de tres meses murió su padre dos veces y le pidió una semana para poder desplazarse hasta su pueblo natal.

—¿Qué pueblo? —quise saber.

Álvaro se encogió de hombros.

—Yagüe no supo decírmelo. Me prometió que indagaría con otros colegas suyos que en alguna ocasión hablaron con Daniela. Pero María, esa va a ser una mentira más, no creo que ese dato nos ayude.

—No estés tan seguro de eso, Álvaro —respondí—. Un psicópata miente mucho debido a que su naturaleza le pide manipular al resto de las personas. Además, ya sabemos que nuestra monstruo no es ninguna estúpida. Como dijo Galván, probablemente sufrió algún tipo de agresión o abuso sexual durante su infancia, en su entorno familiar o cercano. La figura de un padre maltratador es una imagen

omnipresente. Que pusiera como excusa la muerte de su padre en dos ocasiones hace que descarte la opción más sencilla: que se trate de un error. Creo que la segunda vez que le dijo a Yagüe que su padre había fallecido era cierto; tuvo que descolocarla tanto que ni siquiera recordó que ya lo había utilizado como excusa anteriormente.

—Si Yagüe recuperara la conversación y tuviéramos la fecha exacta de defunción, podríamos comprobar por aproximación de edad los hombres fallecidos aquel día en España —propuso Álvaro, algo inseguro.

—Cada día fallecen en este país mil personas más o menos —afirmó Roberto—. Es un trabajo de chinos, y más si buscamos hombres mayores de setenta años.

—Solo sigo tus consejos, jefe. No descartar ninguna gestión, agotar todas las vías —se defendió Álvaro.

—Esa es la actitud —agradeció Roberto—. Insiste con Yagüe para que aporte más datos. Se nos está escapando algo.

Viernes, 20 de septiembre, mediodía

Me ofrecí a Roberto para ser yo quien tomara declaración a Úrsula, la nuera de Beatriz Bravo. Desde el principio supe que tenía enfrente a una mujer sensible, que en su día lo había dejado todo por trasladarse a Menorca y vivir junto al hombre al que amaba. Las constantes depresiones de su suegra terminaron por anclar a la pareja y erradicar toda posibilidad de que pudieran llevar a cabo sus sueños. Pese a todo, Úrsula no hablaba de su suegra con rencor, más bien todo lo contrario. Sí que hablaba con dureza de la vida, del injusto Dios en el que ella todavía creía y que la había dejado viuda a los cuarenta y dos años y sin una suegra a quien, pese a todos sus males, quería como a una segunda madre. Repasamos juntas la declaración. Beatriz Bravo tenía como amiga desde la infancia a Paula Pons, jamás tuvo ordenador y nunca asistió a curso alguno de internet. Beatriz Bravo y depresión eran sinónimos. Úrsula se desmoronó al recordar los reiterados mensajes finalistas que su suegra emitía semana tras semana. Los mismos mensajes que su marido y ella trataban de descifrar y les condicionaba a diario su estado de ánimo. «No hay nada peor que convivir con un suicida, por eso dejamos de vivir juntos los tres. Éramos ella o nosotros», me confesó ya fuera de declaración. Firmamos las copias preceptivas, nos regalamos un par de miradas cómplices y supe que ninguna de las dos tenía prisa por volver a su hogar.

—Está casada —observó tras fijarse en mi anillo—. ¿Tiene suegra?

Asentí.

—Pero no se llevan demasiado bien, ¿verdad? —preguntó con una tierna sonrisa.

—No —respondí con tristeza.

—En mi caso no siempre fue un camino de rosas. Más bien me pasaba lo que a usted.

«No tienes ni idea de lo que pasa en mi casa», callé.

—Tengo una especie de receta para solucionar el problema con las suegras —continuó—. Un cuento oriental que encontré en internet.

—¿Un cuento?

No estaba para cuentos, y menos si eran chinos, pero aunque fuera únicamente por empatía decidí escucharla. Con un gesto de la mano le invité a que arrancara.

—En algún lugar de China una joven llamada Wei se casó y se fue a vivir con su marido y la madre de este. Después de un tiempo la convivencia entre Wei y su suegra se hizo insoportable. ¿Le suena la historia, agente? —preguntó. Yo asentí y seguí su discurso, atenta—. Según una antigua tradición china, la nuera tiene que cuidar a la suegra y obedecerla en todo. —Fruncí el ceño, preguntándome si los

viajes de Bruno a Shanghái terminarían por causarle un lavado de cerebro. Ella prosiguió—: Wei, harta de las artimañas de su suegra, decidió visitar a un reconocido curandero. Después de escuchar su historia, él tomó un paquete de hierbas y le dijo: «No las uses de una sola vez, porque ello causaría sospechas. Te recomiendo que le suministres dosis pequeñas cada dos días en su ración de comida. De este modo envenenarás lentamente a tu suegra. Eso sí, para que nadie sospeche de ti cuando ella muera, tienes que evitar discutir con ella, escucharla y ayudarla a resolver sus problemas.» Wei agradeció al curandero su prescripción y regresó a casa. —Me pregunté qué habría visto Úrsula en mí para contarme aquel cuento en el que una nuera deseaba aniquilar a su suegra—. Pasaron las semanas y cada dos días Wei servía a su suegra una comida especialmente condimentada para ella. Siguiendo a rajatabla las instrucciones del curandero, aprendió a controlar su temperamento, obedeció a la madre de su marido y sobre todo la trató como si fuese la suya propia. Seis meses después aquella casa era otra. Wei no había tenido ni una discusión con su suegra, que se había convertido en una mujer más afable. Sin darse cuenta pasaron a tratarse como madre e hija. Wei, arrepentida de sus actos, visitó al curandero: «Quiero evitar que mi suegra muera —le expuso—. Se ha transformado en otra mujer y la quiero como si fuese mi madre. No puedo matarla, no quiero matarla», declaró con desesperación. El curandero se acomodó, sonrió abiertamente y dilató su respuesta. «No te preocupes. No es tu suegra la que ha cambiado, sino tú, y con ello has transformado tu realidad. Las hierbas que te di no son más que vitaminas.»

Nos miramos durante un instante.

—Es una bonita reflexión —dije—, y se la agradezco, Úrsula. Sin embargo, en mi caso no es tan sencillo.

—Usted inténtelo, agente, ¿quién sabe?

Asentí, incrédula.

—¿La encontrarán? —preguntó.

—El único que puede hacerlo está tras esta pared —indicé con un dedo—. Sí, la vamos a encontrar.

Abatida, Úrsula se incorporó de la silla, aunque en su mirada me pareció ver un diminuto brillo.

—¿Se marcha de la isla?

—Sí, necesito reencontrarme.

Por un momento anhelé haber sido yo quien hubiese pronunciado aquellas palabras.

Convocados con urgencia por Roberto, tomé asiento junto a Álvaro en la sala de *breafing*. A la hora de comer la contaminación acústica de la comisaría resultaba casi inapreciable. Roberto nos conminó a sustituir un pequeño tentempié por una charla telefónica con Galván. Configuró su teléfono móvil en modo altavoz y lo situó sobre

una mesa que servía de centro de gravedad para ese triángulo de policías que ansiaba celebrar su primera detención en equipo.

—Gracias por esperar a que terminara de comer, Roberto —se oyó la voz de Galván—. ¿Está ahí mi alumna favorita?

—Aquí estoy —respondí con cariño. Mi estómago me secundó emitiendo sonidos de ultratumba. Álvaro sonrió en silencio.

—Bueno, chicos, Roberto me ha puesto al día. Todo indica que nuestra monstruo se está poniendo nerviosa. ¿Qué opinas al respecto, María?

No tuve que pensar demasiado, yo misma me había hecho esta pregunta.

—Creo que en un principio se trataba de una psicópata organizada, pero tras esta última muerte empiezo a etiquetarla como desorganizada —aporté.

—Estoy contigo a medias —dijo Galván—. Cierto es que ha cambiado el modo de matar, en esta ocasión a golpes, con saña. No domina su compulsión de matar, pero creo que no mata a cualquiera, sigue eligiendo a sus víctimas.

—De hecho, Beatriz era amiga de Paula Pons, la tercera víctima —recordó Roberto.

—Y nuestra asesina conoció a Paula Pons a través del foro de suicidas —rememoró Galván—. ¿Habéis podido leer los mensajes de chat entre Paula Pons y nuestra asesina?

Roberto y yo dirigimos nuestras miradas a Álvaro.

—No todos —se excusó—. Básicamente Paula le expone sus problemas personales y le pide consejo para quitarse la vida de la manera más efectiva y menos llamativa.

—Ya —dijo Galván, ganando tiempo—. ¿Roberto?

—Dime.

—Antes me comentabas que Beatriz había perdido un hijo.

—Sí —contesté yo—, eso es lo que nos ha contado su nuera.

—Perder a un ser querido es uno de los motivos más recurrentes en los suicidas —pronunció Galván con gravedad. Nos buscamos con la mirada los tres, conscientes del momento por el que mi maestro estaba atravesando—. Según información que me pasasteis no me consta que Paula Pons tuviera antecedentes psiquiátricos ni tratamientos por depresión. Tampoco me consta que tuviera hijos, sin embargo algo me dice que en sus conversaciones con la asesina lamenta la pérdida de un ser querido, ¿es así, Álvaro?

—Si me dais tres minutos os lo confirmo. —Mi compañero encendió su *tablet*—. Voy a poner como criterio de búsqueda en los chats entre Paula Pons y nuestra asesina la palabra «hijo».

No transcurrieron ni dos minutos.

—Bingo —exclamó Álvaro—, aquí lo tengo. Paula Pons comenta en más de seis ocasiones que recientemente ha perdido a un hijo. Una de las veces afirma que su hijo tenía cuarenta y dos años.

—Aquí tenéis el motivo del cambio en su modo de asesinar —conjeturó Galván—. Dejad que os lea la cita del sobre de azúcar que encontrasteis en casa de Beatriz: «¿Qué es un suicida? ¿Su propio verdugo o su propia víctima?» Valeriu Butulescu.»

Típico de Galván. Una vez que había extraído sus propias conclusiones, disfrutaba viendo cómo escalábamos la cima que él ya había conquistado.

—Beatriz era una suicida; Paula Pons, no —pensé en voz alta.

—Pese a ello, Paula Pons accedió al foro *Punto final* y pidió ayuda para llevar a cabo su suicidio —expuso Roberto, torpedeando mi afirmación.

—Beatriz no tenía ordenador en casa —nos recordó Álvaro—, pero tenía una buena amiga.

—Paula Pons —expuse.

—Eso es —intervino Galván, ansioso—. Paula Pons fingió ser quien no era: una suicida. Y eso cabreó mucho a nuestra monstruo. Ello explicaría su cambio en el modus operandi, su incontrolable agresividad a modo de venganza. Beatriz Bravo la engañó. Por eso creo que sigue siendo una psicópata organizada, María, que únicamente se ha desviado de su metodología por exigencias del guion. Sabe que esta vez ha arriesgado demasiado, que además su última víctima no murió en casa y que puede haber desvelado algún detalle a la policía. No descarto un período de enfriamiento, un dejar pasar el tiempo ante el riesgo de ser detenida. Sin embargo, hay una cosa que me preocupa.

Cada vez que Galván pronunciaba esa frase me recorría un escalofrío.

—Con Beatriz Bravo ha descubierto un nuevo modo de matar, una nueva y sanguinaria manera de lograr un orgasmo para su mente enferma.

Viernes, 20 de septiembre, 18.00

Álvaro interrumpió mi disputa con la dichosa máquina de *vending* de comisaría. Aquel tragamonedas se mostraba en desacuerdo con mi decisión de saltarme la dieta. Había pulsado la combinación de letras y números que deberían haber dispensado la elegida chocolatina y sin embargo me sirvió un zumo de zanahoria con manzana, ideal para mi sistema inmunológico y desintoxicar mi organismo, pero incapaz de acallar los sonidos de cañería que mi estómago emitía.

—¿Sabes quién está denunciando una agresión sexual en la oficina de denuncias?
—preguntó mi compañero sujetando unos papeles con la mano.

Negué con la cabeza.

—La amiga de tu vecina.

—¿Qué amiga?

—El pibonazo con el que nos cruzamos el otro día en tu escalera.

La vida me ofrecía una segunda oportunidad. Pulsé con tiento la combinación que exigía la chocolatina y recogí feliz mi petición, rica en calorías y en endorfinas. Le ofrecí el zumo a Álvaro.

—De zanahoria y manzana —le anuncié—; dicen que prolonga la erección.

Álvaro me entregó la copia del atestado sin demora. Abrió la consumición y la engulló antes de que pudiera leer la primera frase. Se trataba de una denuncia por abuso sexual. La amiga de Lola afirmaba ser una *escort* de lujo que ofrecía sus servicios a través de una web. Según sus manifestaciones, uno de sus clientes, asesorado por la cocaína, se empeñó en demostrarle que cualquier orificio suyo le pertenecía. No teniendo suficiente con ello también se empeñó en dejarle quemaduras de cigarrillo por todo el cuerpo a modo de tatuaje cariñoso.

—¡Qué hijo de puta! —exclamé.

Álvaro extrajo de su bolsillo el móvil. Pulsó algo sobre la pantalla y la giró para que yo pudiera verla. Una web ofrecía un abanico de servicios sexuales a precios equiparables a la mitad de nuestro sueldo. Pulsé la opción de visualizar fotos de las *escorts* y no tardé en reconocer el cuerpo y la melena de la denunciante. Se trataba de fotografías realizadas por profesionales del *flash*, capaces de despertar fantasías a maridos aletargados y de crear adicciones a solitarios empeñados en no dejar de serlo. Continué viendo las sugerentes instantáneas sin pestañear. Primero reconocí la habitación, a continuación, las largas piernas, y finalmente, el rostro, aunque ligeramente difuminado, de mi particular Ingrid Bergman.

Lola también me había mentido.

Viernes, 20 de septiembre, 20.00

Roberto Rial se retrepó abstraído en la silla del oficial Garrido. Los compañeros de la Judicial preferían no compartir espacio con aquellos a quienes llamaban «los señoritos de Madrid». Había pedido a Álvaro y María que lo dejaran a solas; necesitaba reordenar ideas y tratar de poner orden al cúmulo de información que barajaban desde hacía días. Cuando los casos se enquistaban siempre confiaba en su subconsciente, esa grabadora de imágenes y sonidos insumisa que en alguna ocasión decidía compartir sus recuerdos almacenados. Y cuando eso ocurría, ante los ojos de sus compañeros parecía que había sido otro golpe de suerte o una extraña intuición de policía veterano. Roberto Rial era ante todo un observador de gestos nimios, de las palabras que se callan y de las miradas que no dejan de hablar. Descolgó el teléfono que reposaba en el extremo de una mesa caótica colmada de papeles, vetusto material de oficina y algún que otro ejemplar de prensa deportiva. Marcó el número que Álvaro le había facilitado y tomó aire, apoyando dos dedos en la sien y dejando que su nuca se apoyara en el reposacabezas de la silla. Al otro lado de la línea la voz de Enrique Yagüe carraspeó en cuanto Roberto Rial se identificó.

—¿En qué puedo ayudarle, inspector? —masculló el administrador de la empresa We-Coach-U.

—Llevo días preguntándome una cosa, señor Yagüe.

—Usted dirá.

—Es sobre Daniela.

—La supuesta Daniela.

—No fue tan quisquilloso a la hora de comprobar su titulación.

Enrique Yagüe decidió limitarse a contestar, visto que aquel hombre no invitaba al compadreo.

—Uno de mis compañeros —continuó Rial— me contó que la supuesta Daniela pidió en dos ocasiones que la sustituyeran por un mismo motivo, la muerte de su padre.

—Correcto.

—Me pregunto cuánto tiempo transcurrió entre esas dos ocasiones.

Yagüe se tomó su tiempo, demorándose hasta el extremo de que por un momento Roberto creyó que se había caído la línea.

—Dos, tres meses tal vez.

—¿Por qué no le echó en cara su mentira?

—No lo sé, inspector. Supongo que por su llanto, el dolor que transmitía...

«Es una manipuladora, finge sentir lo que cree que alguien en su situación

siente», pensó Rial.

—¿En alguna ocasión han tenido un caso de suicidio entre sus clientes?

El silencio de Yagüe confirmó que Rial acababa de dar en la diana.

—Sí —contestó el hombre con un hilo de voz—. Como también los han tenido en alguna ocasión los del Teléfono de la Esperanza.

—No se ponga a la defensiva, Yagüe, no voy a por usted.

Roberto oyó la respiración acelerada de su interlocutor.

—Fue en Sevilla, si no recuerdo mal. Al no percibir el ingreso mensual por parte de una clienta nuestra, pese a que insistimos en llamarla y en enviarle correos electrónicos, finalmente le reclamamos la cuantía mediante un burofax. Uno de sus familiares nos informó de lo sucedido y nos advirtió de que nos daba una semana para que cerráramos nuestra web, de lo contrario tomaría medidas judiciales.

—Supongo que era una clienta de Daniela.

—Supone bien, inspector.

—Necesito que haga un esfuerzo. Cierre los ojos —pidió Roberto—, cálmese y relájese durante un minuto.

Roberto se mantuvo en silencio durante ese tiempo, tratando de percibir el compás de la respiración de Yagüe. Cuando estimó que tenía a su testigo preparado, procedió.

—Trate de recordar su voz. ¿La tiene?

A Yagüe le llevo un rato.

—Ya.

—Preste atención a la entonación, a cualquier palabra que no suela escuchar en su entorno.

—Desde luego, esa mujer no era de Madrid.

—Eso ya lo sé. Recuerde su voz una vez más, su peculiar modo de hablar —insistió Roberto.

—Si le digo la verdad, creo que tenía un deje catalán, como usted.

Roberto sonrió; aquel tipo tenía el oído fino.

—Conmigo ha acertado —admitió Roberto.

—¿Con ella no?

—Creo que no, Yagüe, aunque algo me dice que no va mal encaminado. Gracias por el esfuerzo.

—Una cosa más, inspector. —Su tono indicaba incomodidad—. Cuando nos enteramos del suicidio de la anciana sevillana hablé con la tal Daniela. ¿Sabe qué me dijo?

Roberto no contestó.

—Que ese tipo de muertos son los menos muertos, aquellos que no importan a nadie. Menos muertos, inspector, esas dos palabras se me quedaron grabadas, sobre todo por el desprecio con que las pronunció.

Roberto agradeció a Yagüe la valiosa información, colgó el aparato y esbozó una

sonrisa de satisfacción. De no ser por los orígenes de su abuelo materno, Roberto no habría prestado atención a ciertos detalles de los que ahora tomaban forma. Con lo que tenía no bastaba para proceder a su detención, necesitaba pruebas fehacientes, irrefutables en cualquier sala de juicios.

Álvaro entró en el despacho con aires de vencido.

—He extraído las IP de las cabeceras técnicas de los correos electrónicos que la tal Daniela envió a Yagüe y nada, todas están enmascaradas. La muy cabrona sabe lo que se hace.

Roberto asintió divertido sin abrir boca. Álvaro no comprendía su reacción.

—María me ha pedido que te diga que se ha ido a casa —informó Álvaro siguiendo las instrucciones de su compañera—. Tiene una movida con una amiga.

—He localizado un objetivo, Álvaro. Es el momento de tender nuestras trampas. Sé por dónde se mueve la presa.

Álvaro no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Me lo vas a contar o no?

Roberto Rial le indicó con un gesto que tomara asiento.

—María no debe saberlo. De momento.

Sábado, 21 de septiembre, 09.00

Los gritos de Sánchez resonaron en todas las plantas de comisaría. En esa ocasión sus víctimas eran las tres mujeres de la limpieza. No estaba dispuesto a soportar más quejas de ellas ni a escuchar las reiteradas disputas impropias de tres adultas que parecían haber olvidado que trabajaban en una comisaría y no en un supermercado. Roberto Rial y María acabaron por abandonar el despacho de la Judicial y echar un vistazo a aquel espectáculo en el que Consuelo, cabizbaja, parecía ser la más afectada de todas ellas.

—No tengo por qué aguantar vuestras tonterías. Desde hoy una de vosotras dejará de trabajar aquí —decidió Sánchez.

—Yo he sido la última en llegar —dijo Consuelo con un hilo de voz—. ¿No será mejor que sea yo quien presente la dimisión, señor Sánchez? —propuso—. Al menos no me eche.

Sánchez no cabía de orgullo en su traje gris marengo, arrugado y dos tallas más pequeño de lo que realmente necesitaba. Exhibir su poder cual emperador romano le ponía.

Ninguna de ellas se atrevía a decir nada.

—No tiene cojones ni para decidir a quién despedir —susurró María a Roberto, a escasos metros de la escena.

—Está bien, no se hable más, tal vez sea lo mejor, Consuelo. Y no te preocupes, te doy un par de días para que tú misma presentes la baja. —Sabiéndose observado, Sánchez alzó la voz—. Para que luego vayan diciendo que soy un cabrón. Tengo una reunión con el jefe de la policía local, espero que cuando vuelva mi despacho esté como una patena.

—Descuide —respondió Consuelo.

Cuando Sánchez se esfumó y las otras dos mujeres de la limpieza hicieron lo propio, María se acercó a Consuelo, que con aire ausente permanecía apoyada en el carro donde transportaba productos de limpieza, rollos de papel higiénico y su inseparable radio.

—¿Te puedo ayudar en algo? —se interesó María.

Consuelo sonrió brevemente.

—Dame cinco minutos, le limpio la mesa a ese imbécil y me invitas a un café con leche y a una ensaimada —respondió la mujer, más serena.

Media hora más tarde Roberto Rial siguió su instinto y, aprovechando la ausencia de

Sánchez, se dirigió apresuradamente a la tercera planta, subiendo los peldaños de dos en dos y maldiciendo el pésimo estado de forma en que se encontraba. Entró en el despacho de Sánchez y llevó a cabo su cometido, lo que apenas le supuso un minuto. Llamó a Álvaro desde su móvil y le ordenó que le esperara en la habitación de su hotel. Depositó los efectos en el interior de un sobre oficial y puso pies en polvorosa.

Álvaro le franqueó la entrada de la habitación con expectación.

—Encárgate de que esto llegue hoy mismo al grupo de la policía Científica de Madrid —exigió Roberto, haciéndole entrega del sobre.

—Es sábado, pero voy a intentarlo. ¿Por qué no se lo entregamos a la Científica de Ciudadela?

—No seas ingenuo. Si al final resulta que estoy equivocado, Sánchez tratará de hundirme. En Madrid jugamos en casa.

—¡Quién diría que eres de Barcelona! —bromeó Álvaro mientras abría el sobre con tanta delicadeza como si se tratara de un explosivo—. ¿Unas pilas y un botellín de agua?

—Que busquen huellas en las pilas y extraigan el ADN que pueda contener la boca del botellín.

—¿Qué hacemos mientras no tengamos los resultados?

Roberto lo tenía todo pensado.

—Vamos a crear un perfil en el foro *Punto final* y pasaremos las noches conectados en esta habitación. Desde ahora mismo somos una mujer de sesenta y ocho años, residente en Ciudadela, con fuertes depresiones, cansada de vivir y ansiosa de que una mano amiga la ayude a diseñar su propia muerte.

Álvaro se acomodó frente a su ordenador portátil y dejó que sus dedos ejecutaran la sugerente propuesta de Roberto.

—Si estoy en lo cierto, Álvaro, a la operación Faith le quedan dos telediaros.

Sábado, 21 de septiembre, noche

Recibí la noticia de que mi suegra no iba a cenar con nosotros como una suerte de tregua a mi avalancha de malas noticias. En el comedor, Bruno acunaba a mi pequeño con esmero mientras Amparo despotricaba de todo bicho viviente. Me encerré en la cocina, conecté mi iPod y elegí por compañía a los Tears for Fears. Espolvoreé la plancha con sal gorda y ubiqué de manera estratégica unas rodajas de merluza fresca. Sonaba el *Woman in Chains* cuando trocé unos tomates y los mezclé en una ensaladera con trocitos de bonito, dados de queso fresco y pan tostado desmenuzado. Lo aliñé todo con aceite de oliva y terminé sazonando con vinagre de Módena. Me sorprendí con la mirada perdida en los azulejos de la cocina, canturreando «*Well, I feel deep in your heart there are wounds time can't heal*», y me entraron ganas de llorar. Le di la vuelta a las rodajas de merluza y apoyé las manos sobre la fría encimera de granito. En apenas unos días la operación Faith había logrado sustraerme de mi letargo, sacudir mi conciencia y devolverme el maldito insomnio. Roberto me había pillado con la guardia baja, sin defensas emocionales. Desde nuestro primer encuentro en Menorca presentí que con su mirada de halcón había detectado el tipo de herida que yo llevaba auestas. Cerré los ojos, me dejé abrazar por el final liberador de la melodía, «*so free her, so free her...*», y cuando terminó me enjuagué la cara en el fregadero. Recuperé el ritmo normal de la respiración y, con él, la serenidad. Coloqué la merluza en una fuente y salí hacia el comedor con la intención de sondear definitivamente mis sentimientos respecto a Bruno. No estaba dispuesta a permitir que el tiempo decidiera por mí, dejar mi destino en manos de una moneda lanzada al aire sin saber siquiera si quería cara o cruz.

Depositó la fuente de pescado sobre la mesa y Bruno me entregó a Hugo para que lo arropara en su cuna.

—Creo que ya está grogui. Ya pongo yo la mesa, cariño —propuso con calidez.

Al regresar del dormitorio Bruno tenía el semblante demudado y Amparo andaba trajinando en el interior de su bolso.

—Tampoco es para ponerse así —insistió ella.

—Te he dicho que ya vale, mamá, ya está. Tema zanjado.

Amparo farfulló de manera incomprensible. Aprecié cierto temblor en sus labios y por un instante pareció que iba a obedecer las indicaciones de su hijo.

—A ver qué opina María...

—Mamá —gritó Bruno.

—No grites —exigí, lanzando una mirada a nuestro dormitorio.

Bruno amenazó con un dedo a Amparo.

—Y todo porque llevo en el bolso una fotografía de mi nieto y otra de Sonia —dejó caer la bruja con su habitual teatralidad, hablando una vez más a ese público inexistente—. ¿Qué hay de malo si la chica y yo éramos uña y carne?

Bruno cerró momentáneamente los ojos, suspiró y se acercó a mí, acariciándome la espalda.

—No le hagas caso, cenemos.

Obvié el gesto y el comentario de Bruno.

—¿Te refieres a la ex de tu hijo? —le pregunté con toda la serenidad que pude.

—La misma. —Sonrió—. ¿Acaso no puedo llevar una fotografía de una amiga en el bolso?

—La verdad, Amparo, me preocuparía que llevaras la mía. —Negué impulsivamente con la cabeza—. Cena tú si quieres —le dije a Bruno—. Yo me voy a la cama.

Bruno trató de detenerme, pero me zafé con facilidad.

—No dejes que te afecten sus gilipolleces.

—No son gilipolleces, Bruno, es maldad.

—Maldad fue buscar que te dejara preñada el primer ingeniero que se te acercó en la isla —replicó Amparo, colgándose el bolso en el hombro y marchándose apresuradamente a su cita.

Me quedé petrificada, dolida y menguada. Sentía una profunda tristeza y de pronto me vinieron a la memoria las palabras de mi padre: «Nadie sabe las consecuencias de la maldad que siembra.» Pese a ello tenía decidido ser yo la que diera el siguiente golpe en esa batalla demoledora. Al oír cómo se cerraba la puerta, con la mirada fija en un horizonte que únicamente yo veía, me despedí de Bruno.

—Nunca dejes a Hugo a solas con tu madre —ordené—. Nunca.

Encaré el pasillo con una incipiente migraña.

—¿Se puede saber por qué? Dame una razón, María, dame una razón y te haré caso.

Estuve tentada de detener mi paso, volverme y decirle que su madre era una psicópata. Me flaqueaban las piernas y una suerte de niebla cubría todos mis pensamientos. Desdeñé la idea de sincerarme, no debía gastar más energía de la necesaria. Entré en mi habitación y me refugié en el olor a inocencia con que mi pequeño me acogía siempre.

La voz del teléfono móvil parecía achispada y afligida, tal vez por ello tardé unos instantes en reconocerla.

—¿Puedes hablar? —me preguntó Roberto.

—¿Cuándo te ha importado a ti eso? —respondí entre susurros.

—Solo son las diez de la noche y ya estás tumbada.

—Y tú algo tocado.

—Ya sabes cómo son las neveras de las habitaciones de los hoteles. Ningún bocadillo de jamón y muchos botellines contra el olvido.

—¿Qué quieres, Roberto?

Tardó demasiado en darme un motivo que justificara su llamada, y eso, según me había enseñado el propio Roberto Rial, indicaba que no pensaba contestar a mi pregunta y que debería extraer yo solita mis conclusiones.

—Me ha llamado el administrador de We-Coach-U y me ha dado algunos detalles más de nuestra asesina. Fumaba, cuidaba de un familiar enfermo... Poco más.

De nuevo la investigación aportaba los mismos síntomas para la enfermedad que yo pretendía diagnosticar: mi suegra era una psicópata asesina.

—¿Cuántos botellines te quedan en esa nevera? —pregunté.

—Suficientes.

—Resérvame un par de ellos, hoy no quiero olvidar.

Me levanté de la cama, besé a Hugo y me encerré en el baño para tratar de ocultar con mis cremas faciales las improntas de mis preocupaciones. Salí de esa casa con el *Woman in chains* todavía sonándome en la cabeza. Sin pronunciar una sola palabra, sin emitir ante Bruno una excusa baladí. Pedaleé arropada por la cálida luz de las farolas de Ciudadela, por el empedrado centenario de sus calles y por la presencia de un mar oscuro y silencioso que se dejaba oler. Estaba decidida a satisfacer las demandas de mi piel y de todos mis sentidos. Decidida a iniciar el fin de mi presunta vida equilibrada.

Tercera Parte

VICI

Domingo, 22 de septiembre, 09.00

A la mañana siguiente desperté desnuda, acorralada por los brazos de Roberto y con la espalda dolorida por la extraña posición en la que me había acurrucado junto a él. Me incorporé en silencio y estuve un buen rato contemplando aquel cuerpo de hombre que tanto placer me proporcionaba. Me duché disfrutando de la presión del agua que únicamente dispensan los hoteles y dejé que mi sentimiento de culpa se diluyera por el desagüe junto con el champú. Me sequé y me escruté frente al espejo. La maratón sexual había obrado milagros en mi piel y hasta diría que había perdido algo de cintura. Horas antes, embriagados y ansiosos por entregarnos, Roberto había accedido a regañadientes a mi petición de tomar declaración a mi suegra, imponiéndome únicamente dos condiciones: que lo haría en calidad de imputada y que yo no participaría. Me puse la misma ropa con la que me había vestido la noche anterior para desquiciar a mi jefe y resolví acercarme hasta la cafetería del hotel. El día prometía ser largo y mis emociones se habían alzado. Ordené a mi cabeza que no formulara preguntas del tipo «¿y ahora qué?». La vida ya me había enseñado que todo se evapora y que tratar de prolongar un momento era un gran error.

La comisaría estaba vacía a excepción del policía de seguridad y de un Zambrano que no podía disimular que todavía no se había acostado. Me saludó con un gruñido indescifrable y se encerró en la oficina de denuncias. Preparé la sala de interrogatorios con la austeridad que el espacio precisaba. Esperé a mis compañeros en la sala adjunta, tomándome el segundo café de la mañana, con el estómago encogido y la sensación de que tal vez me había precipitado. Se trataba de una estancia en la que si se permanecía a oscuras y gracias a los espejos semiplateados, podíamos contemplar cuanto ocurriera en la sala de interrogatorios. Una vez más las películas americanas habían sido capaces de crear una engañosa conciencia colectiva en la que los polis escuchábamos y grabábamos todas las declaraciones. Lo cierto era que ni teníamos medios ni leyes que nos los permitieran. Nuestra democracia malentendida se había encargado de parir normas que en nombre de los derechos humanos y la omnipresente Ley de Protección de Datos satisficieran al delincuente y sodomizaran a las víctimas una y otra vez.

Me atraganté cuando vi que Álvaro y Roberto franqueaban caballeramente la entrada a la sala de interrogatorios a Amparo, que parecía serena y a la vez frágil. Mirarla desde cierta distancia me daba otra perspectiva muy diferente a la que me tenía acostumbrada. Álvaro le ofreció una silla de plástico y le señaló el vaso de agua que reposaba sobre la mesa. Ella le dio las gracias con una vaga mueca y clavó sus ojos penetrantes en el espejo que nos separaba. Con un gesto Roberto pidió a su

compañero que los dejaran a solas.

Álvaro entró en la sala contigua, se acercó sigilosamente y me acarició un hombro.

—Estate tranquila —dijo.

Asentí.

—Ha pedido un abogado de oficio —añadió él a título informativo.

—Eso sí que es noticia. Siempre ha presumido de tener amigos en las altas esferas de la sociedad menorquina.

—Pues ha dicho que necesita el dinero para cosas más importantes.

Me pregunté qué cosas serían esas más importantes que salvar su propio culo.

—Voy al despacho de la Judicial. Roberto me ha pedido que revise una información pendiente.

—¿No te quedas? —pregunté, sorprendida.

—El tiempo corre en nuestra contra, María. Si no es ella, nos quedará mucho por hacer.

De nada servía replicarle. La huella de Roberto era patente en él. Callé.

El interrogatorio había empezado. Sabíamos que disponíamos de más o menos una hora antes de que llegara el letrado y le aconsejara que se acogiera a sus derechos y no declarara en dependencias policiales. Roberto le dejó claro desde el principio que no estaba detenida. Mantener el contacto visual es propio de inocentes o de culpables inteligentes, pensé. Mi suegra contestaba las preguntas con rapidez, sin pensar las respuestas, sin esquivar la mirada ni desplegar sus habituales gestos teatrales. Roberto exhibía distintas caras en función de las preguntas que formulaba. Aprecié una ligera tensión en sus mandíbulas, preparadas para hincar el diente a su presa. No importaba lo que él pudiera pensar acerca de la posible autoría de Amparo. Cuando Roberto tenía a un sospechoso frente a él, la caza era la caza. Le acercó el formulario que recogía sus derechos como imputada y le informó detenidamente. Amparo firmó el documento con desconfianza y se sujetó una mano para no mostrar el temblor que la sacudía. Por debajo de la mesa una de sus piernas se agitaba descontrolada. La presión iba cayendo sobre ella pregunta tras pregunta. Roberto agotó pronto la primera fase de cuestiones genéricas, de trivialidades que buscaban una posible contradicción. Estaba preparado para registrar cualquier signo delator que Amparo pudiera emitir. Desde el otro lado del espejo yo deseaba que mirara hacia arriba, que pestañeara sin parar, que sintiera una insoportable sequedad en la boca y que pensara demasiado sus respuestas a fin de poder inventarlas. Amparo no emitía ninguno de esos signos delatores excepto el temblor de sus extremidades, el mismo que en alguna ocasión ya había percibido en casa.

Roberto entró en materia y pasó a leerle fragmentos de atestados policiales. Amparo escuchaba atenta y seguía sin gesticular. Negaba muchas de las preguntas que Roberto le formulaba, empezaba a incomodarse aunque no perdía los papeles. Roberto depositó un calendario en el centro de la mesa y le señaló los días marcados.

Ella apenas pensó su respuesta: volvió a mirar hacia mi refugio y explicó qué había hecho los días en los que se habían cometido los asesinatos. Roberto se puso en pie. Tocaba la fase de aislamiento, pero antes el investigador debía lanzar la bomba. Que la acusación la haga un policía ya no inquieta a nadie. Que la haga la ciencia suele dar más resultado. Roberto se acercó a Amparo, se agachó a su lado y le soltó el sermón que correspondía en ese momento del interrogatorio.

—Los análisis de ADN demuestran que has sido tú. Esa no es la cuestión, Amparo. La cuestión es saber por qué lo hiciste. Si me lo explicas, tal vez el juez lo tenga en cuenta para reducir tu pena.

Pude leer la respuesta en los labios de Amparo: «Yo no he matado a nadie.» Roberto la dejó a solas, ni siquiera se molestó en responderle. Me hizo una visita.

—No es ella —dijo con serenidad.

—Apriétala más.

—Mírala.

Hablábamos sin mirarnos, totalmente centrados en la silueta solitaria de mi suegra, reducida a su mínima expresión en aquella estancia impersonal y austera.

—Pero si no para de temblarle la pierna, Roberto.

—Sí, y también las manos, pero es que resulta que esta mujer no ha pisado una comisaría en su vida. Mostrar ansiedad no es indicio de culpa.

—No haberla traído si tan claro lo tienes.

—Confiaba en tu criterio, María.

—¿Confiabas? —repetí molesta—. ¿Eso fue antes o después del polvo que echamos?

Roberto chasqueó la lengua, pero no me contestó. Llegué a pensar que aquella mañana dominical Roberto Rial estaba manteniendo dos tipos de interrogatorios, el de una sospechosa de asesinatos en serie y el de una amante. Continuamos vigilando taciturnos los inexistentes signos delatores de Amparo durante un tiempo impreciso. Roberto regresó a la sala de interrogatorios. Ambos bebieron agua y Roberto inició el juego de los silencios, los efectivos silencios. «Un minuto de silencio vale más que mil palabras —solía decirme mi padre—. El primero que habla tras un silencio, pierde.» Roberto llevaba ya un buen rato de nuevo en su silla, pero Amparo no había abierto la boca. Transcurrido el tiempo oportuno, él le hizo un par de preguntas. Me alcé a por un botellín de agua y al acomodarme de nuevo frente a aquella representación de cine mudo descubrí que mi suegra lloraba desconsoladamente. Me acerqué tanto al espejo que sentí su frialdad en la nariz. Aquel llanto era inédito para mí. Era un llanto sincero. Amparo acercó el pecho al borde de la mesa y se inclinó hacia delante, tratando de acortar el espacio que la separaba de su interrogador. Sin pestañear siquiera, Roberto adoptó en su silla la misma postura, logrando así una mayor sintonía psicológica y emocional, una empatía que abriera el canal de los secretos de la imputada. Ella arrancó a hablar atropelladamente, señalándose diferentes partes del cuerpo. Por sus gestos faciales y los círculos que dibujaba en el

aire con los dedos, Amparo trataba de recordar datos precisos. Roberto asentía y hasta me pareció que por un momento la miraba con ternura. Cuando Amparo terminó su extendido monólogo sin que Roberto la interrumpiera, señaló hacia mí, se encogió de hombros y agradeció el pañuelo que él le ofreció. Tras ello mi jefe le ofreció un cigarrillo, Marlboro, tal y como yo le había informado. Roberto solo fumaba en los interrogatorios. «El humo invita a la confesión», decía a menudo. Se apoyó en el respaldo de la silla y se relajó, algo que solo hacía cuando había descartado al sospechoso. Extrajo su móvil y escribió algo.

Recibí un mensaje.

«No es ella.»

«Muéstrale fotos de los escenarios del crimen», le pedí.

«No es necesario.»

«Por favor.»

Roberto dirigió su mirada más inquisitiva hacia donde yo me encontraba, tomó aire y se guardó el móvil en el bolsillo del pantalón. Abrió su *tablet* y la encaró hacia Amparo. Con un dedo fue deslizado una tras otra las instantáneas tomadas en los distintos domicilios de nuestras víctimas. Amparo se cubrió la boca con las manos y su pierna dejó de temblar. Se estremeció cuando vio a sus compañeras del curso de internet para mayores. Se abrazó y lloró de nuevo, aunque en esa ocasión fueron lágrimas de rabia, de impotencia ante la injusticia que acababa de contemplar. Era el mismo tipo de lágrimas que nosotros habíamos aprendido a retener, aunque las llevábamos por dentro. Me hundí al momento. Lo supe en cuanto dejé que mi memoria de registros humanos cotejara aquella reacción de Amparo. La psicópata que buscábamos tenía que carecer de empatía, no podía sentir, únicamente podía suponer qué sentimos los demás. Una mente enferma no podía verter lágrimas por una injusticia. Pensé que Roberto tenía razón y me sentí la mujer más ridícula del planeta. Mi temperatura corporal se disparó y mis pensamientos se aglutinaron tratando de encontrar soluciones a la inminente avalancha de acusaciones familiares. Había perdido la batalla, pero no era eso lo que más me preocupaba. Como el loco que en los inicios de su enfermedad todavía es capaz de plantearse que pueda estar enfermo: así me sentí yo, capaz de plantearme si debía dejar este trabajo. No había sido capaz de discernir que mi suegra únicamente quería aniquilar una cosa: mi personalidad.

Álvaro irrumpió de nuevo en la sala, sobresaltándome.

—¡Tenemos una IP!

—¿Qué? —pregunté con un hilo de voz.

Al otro lado del espejo Roberto y Amparo habían transformado el interrogatorio policial en una charla cordial, incluso íntima.

—Nuestra asesina ha cambiado recientemente la contraseña de su correo electrónico y tuvo un descuido la pasada madrugada. Se olvidó de enmascarar la IP de conexión. La que tenemos pertenece a Telefónica. —Álvaro sostenía un oficio

policial a modo de bandera—. Tramité la solicitud de mandamiento judicial para que la compañía nos facilitara el domicilio que corresponde a esa IP de conexión.

—¿Y ya te han contestado? —pregunté, atónita ante tanta eficacia.

—Recuerda que somos los amigos que tenemos —afirmó Álvaro, triunfal.

Me apresuré a golpear el espejo con los nudillos. Era la señal para que el interrogador se acercara a nuestra sala. Roberto interrumpió educadamente a Amparo, le acercó la cajetilla de Marlboro y desapareció por la puerta.

—Te has equivocado, María —me advirtió en cuanto entró en la sala—. ¿Qué queréis?

—Tenemos una IP, Roberto —anunció Álvaro.

El rostro de nuestro jefe se iluminó.

—¿Por qué lloraba tan desconsoladamente? —le pregunté.

Para Roberto mi suegra había pasado ya a un segundo plano.

—Le he dado mi palabra de que dejaría que te lo contara ella.

—¿Hablas en serio?

—Cuéntame, Álvaro —pidió Roberto, haciendo caso omiso de mi pregunta.

No podía creer que en apenas veinte minutos aquella arpía hubiera conseguido un trato de favor.

—Nuestro monstruo vive o ha vivido en el centro de Menorca —anunció Álvaro —, tal y como advirtió Galván cuando nos habló del perfil geográfico de los asesinos psicópatas. Se trata de la casa de una mujer separada y su hija de veinte años; parece ser que suelen alquilar una de las habitaciones a gente de paso en la isla. La conexión con Telefónica está a nombre de la propietaria de la casa.

—¿Es ella? —preguntó Roberto.

Álvaro me miró antes de responder y Roberto hizo lo propio.

—¿Vais a decirme qué pasa? —exigí.

—Yo también tenía una sospechosa —admitió Roberto—. Continúa, Álvaro.

Dirigí a Roberto una severa mirada.

—Tu amigo el de la Científica ya nos ha respondido. No se moja del todo en que las huellas que ha obtenido de las pilas sean las mismas que las del sobre de azúcar de la primera víctima. Tienen ocho puntos característicos coincidentes.

«¿Huellas de pilas?», me pregunté en silencio.

—¿Y sobre el ADN del botellín de agua? —inquirió Roberto.

—Me ha dicho que va a hacer todo lo posible para que lo tengamos antes de dos días, que le debes ya unas catorce comidas.

—Esa será la prueba definitiva —dijo Roberto orgulloso.

—¿Me has excluido? —grité, indignada.

—Era solo una intuición, María. Si lo hubieras sabido antes hubiéramos perdido tu naturalidad.

—¿Mi naturalidad? ¿A qué te refieres?

—Álvaro, anula la llamada del letrado. No vamos a tomar declaración a Amparo.

Acompáñala a su domicilio y llama a Sánchez. Dile que necesitamos apoyo, en concreto dos policías y un vehículo sin distintivos para que vigilen durante veinticuatro horas un domicilio del centro de Menorca.

—Procedo —respondió Álvaro—, aunque no hace falta que la acompañe. Tu marido y tu hijo están esperando arriba, María.

Álvaro abandonó la sala a toda prisa, antes de que estallara la tormenta.

—Déjame que te cuente —me pidió Roberto.

Me encaminé hacia la puerta.

—No me necesitas —lamenté con voz apagada.

—Ahora tenemos que olvidar eso, María. Escúchame solo cinco minutos, te pongo al día y después sube a hablar con tu familia, antes de que te arrepientas.

Tenía las pulsaciones disparadas y sentía frío. Me apreté las sienes con la palma de las manos. Cuando Roberto empezó a hablar, sus palabras me aguijonearon el estómago y me sentí sin fuerzas para replicar. Escuché sumisa su explicación y cuando oí el nombre de la asesina que en breve íbamos a cazar, sentí que me flaqueaban las piernas. Me gustara o no, Roberto tenía razón: había cosas que de momento había que olvidar.

Domingo, 22 de septiembre, 12.00

Cuando entré en la sala de espera para denunciantes, lo encontré deslizándose el cochecito de Hugo de un lado a otro, tratando de que se durmiera. Jamás había visto aquella expresión de odio en la mirada de mi marido.

—¿Estás loca?

—Lo siento, yo...

Bruno negaba con la cabeza, con la mirada clavada en mí y la boca entreabierta.

—Tu madre no está bien, reunía todas las características del perfil que...

Bruno estalló en cólera.

—Vete a la mierda, María. La que no está bien eres tú. Estás desquiciada con este caso, eres otra, te olvidas de cuidar a tu hijo, me tratas como si fuera un extraño... ¿Qué madre antepone su trabajo a su bebé? Dime, ¿qué tipo de madre hace eso?

—No antepongo nada a Hugo, pero tampoco quiero dejar de ser quien soy.

—¿Dejar de ser quien eres? ¿Es eso lo que crees que te pasa por cuidar de nuestro hijo? ¿Acaso te pedí que dejaras de trabajar?

Zambrano asomó por la puerta.

—¿Todo bien, María?

Asentí, agradecida, y Zambrano regresó a su sueño interrumpido, cerrando la puerta lentamente, sin perder de vista a mi acompañante.

Bruno necesitó sentarse.

—¿Dónde estuviste anoche? —me preguntó, desconsolado.

Llegó Amparo acompañada por Álvaro, quien hizo gala de su genuina habilidad para este tipo de situaciones esfumándose. La presencia de mi suegra evitó que tuviera que dar una respuesta a Bruno. Madre e hijo se abrazaron entre lágrimas, mientras Bruno le susurraba palabras tranquilizadoras y ella me taladraba con la mirada.

—En mi casa no va a entrar ninguna otra mujer para cuidar de Hugo. Mi hijo tiene una abuela —reivindicó Bruno, dándome la espalda—. Si no estás de acuerdo, será mejor que te busques un buen abogado.

Tragué saliva y sentí que el estómago me ardía.

—Además, hay alguien que se merece una disculpa —exigió Bruno.

Apreté los puños y los dientes. Había heredado el orgullo de papá.

Permanecí en un obstinado silencio.

Amparo esbozó una sonrisa maléfica por encima del hombro de Bruno: era su momento de gloria. Se acercó y me susurró al oído:

—*Veni, vidi, vici.*

Mi suegra me mostró orgullosa el paquete de Marlboro que le había regalado Roberto y apoyó un dedo sobre el escudo, donde distinguí impresa la locución latina.

Cuando mi única familia abandonó la comisaría, me sentí condenadamente sola. Me dejé caer sobre una de las frías sillas de plástico que había en la sala y pensé en la rapidez con que me había derrotado mi suegra. Acababa de perder la batalla y decidí aceptar la derrota. Mi padre solía decirme que nunca me arrepintiera de nada, que el arrepentimiento termina aniquilando.

Domingo, 22 de septiembre, 21.00

A la hora de la cena nuestro monstruo mordió el anzuelo. Habíamos convertido la habitación de hotel de Álvaro en un verdadero centro de operaciones. En la pantalla del portátil aparecía una conversación entre dos usuarias del foro *Punto final*. Una de ellas era Enriqueta, nuestra suicida débil, influenciada, poco ducha en internet y ansiosa por encontrar a alguien que la ayudara a llevar a cabo su deseo. La otra, una tal «tubuenaaamiga», según ella de cincuenta y cinco años, psicóloga y a punto de abandonar la isla para ocuparse de un familiar enfermo. Celebramos ver en pantalla la proposición de «tubuenaaamiga»: «Mañana podría ir a visitarte a tu casa y así nos hacemos compañía.»

Álvaro nos miró con aire de satisfacción, disfrutando de su primer caso de homicidio, con el que se estaba estrenando a lo grande. Consultamos el plano de Ciudadela y marqué con el dedo la calle Alaïor.

—¿Qué número le digo? —me preguntó Álvaro.

—El 24 —respondí con seguridad. Roberto me escrutó con curiosidad.

Álvaro contestó a su nueva amiga virtual tal y como hubiera hecho una Enriqueta cualquiera que se encontrara en aquella misma situación: «Vivo en la calle Alaïor, número 24, de Ciudadela. Muchas gracias, querida, no tengo a nadie en esta vida y tú pareces buena persona. Te invito a merendar, hasta mañana.»

La réplica de nuestra asesina en serie no se hizo esperar: «Mañana será un buen día para las dos.»

—Menorca es impresionante —afirmó Álvaro—, pero echo de menos mi café con leche en vaso y mis porras. Madrid nos espera.

Álvaro dio por concluido el chat y Roberto preguntó por la emisora policial cómo estaban las cosas en el domicilio del objetivo.

—Sin novedad, jefe —respondió la voz hastiada del oficial Garrido.

Pese a que era muy poco probable que el objetivo saliera esa noche a la calle, Roberto les exigió máxima alerta. Se trataba de una asesina en serie, no quería ningún tipo de error.

—¿Es de fiar? —quiso saber Roberto en cuanto dio por concluida la comunicación.

—¿Garrido? Es un capullo, pero muy bueno en la calle —respondí.

Roberto asintió, concentrado en sus pensamientos.

—¿Me dejas las llaves de tu habitación?

Mi pregunta sorprendió a Roberto, receloso de mis intenciones.

—Llevo un día sin cambiarme —confesé, risueña—. Afortunadamente siempre

tengo ropa limpia en mi taquilla. —Alcé con una mano una bolsa que contenía unos vaqueros, unas braguitas, un sujetador, una camiseta de tirantes y una cazadora tejana de entretiempo—. Me ducho y si te parece te llevo a la calle Alaior. Así te haces una idea del lugar.

Roberto rectificó su movimiento de entregarme las llaves.

—Álvaro...

—Recibido, jefe —respondió, divertido—. Si surge cualquier cosa os llamo.

—Pídete para cenar lo que quieras —dijo Roberto, esbozando un sonrisa de complicidad—. Hoy pago yo.

Cinco minutos después el cuerpo desnudo de Roberto me envolvía bajo el agua. Nuestras manos enloquecieron tratando de reencontrar rincones de piel olvidados. Enjaboné su miembro erecto como si el tiempo fuera una invención, y las prisas, una utopía. Me arrodillé, dejé que mi lengua hiciera de las suyas y cuando nuestra temperatura fue superior a la del agua que emanaba de la ducha, dejé que él tomara las riendas. Me embistió por detrás con esa violencia comedida que tanto me excitaba y antes de lo esperado, con aquella extraña sincronización que desde el principio nos había acompañado, alcanzamos nuestros destinos.

—¿Qué haremos? —me preguntó con su boca pegada a la mía, dejando que las sábanas de la cama secaran nuestros cuerpos.

En ese instante sentí que lo odiaba. Roberto Rial era capaz de desestabilizarme con una sola mirada, de extraer mi lado más irracional, aquel que no podía mantener escondido durante tanto tiempo. El día había sido una mezcla de emociones y no estaba dispuesta a responder a la pregunta más complicada que me habían formulado en mi vida.

—¿Tu pescado preferido continúa siendo el bacalao? —pregunté.

Asintió sonriente y en su cara se formaron dos hoyuelos irresistibles que a menudo, sin avisar, acudían a mi recuerdo y me provocaban un delator suspiro.

—En la calle Alaior hay un restaurante donde sirven el mejor bacalao de la isla. Can Lluís, ¿te suena?

—Lo tenías todo planeado —concluyó Roberto—. ¿Tiene algo que ver con el de Barcelona?

Roberto tampoco había olvidado el restaurante favorito de nuestra ciudad.

—Mismo nombre, misma especialidad culinaria, pero distintos propietarios. Si te parece bien cenamos, hablamos de trivialidades y me dejas en casa.

—Mañana tenemos que madrugar —advirtió Roberto.

—Por eso quiero que me dejes en casa después de cenar —respondí con aire socarrón.

Me levanté de un salto de la cama y dejé que Roberto se recreara en mi silueta recuperada a base de dieta, estrés laboral, nefastas relaciones emocionales y sexo del bueno.

Lunes, 23 de septiembre, 07.00

El lóbrego cielo de Ciudadela dejaba entrever algunos jirones anaranjados. Llegué a comisaría somnolienta. No había podido pegar ojo durante toda la noche, invadida por un ejército de confusos pensamientos y la hostilidad que me brindaba mi propio hogar. Candé la bicicleta en el lugar de siempre y al momento alguien me pellizcó en la cintura.

—Tranquila, que no soy tu suegra —soltó con mofa Zambrano.

Mi semblante no invitaba a continuar bromeando.

—Vale, vale... Ya veo, hoy toca estar de mala hostia.

—Ayer llegaste apestando a alcohol —le recordé—. ¿Acaso hice yo algún comentario?

Zambrano se encogió todo él y puso la misma cara que debía de poner cuando el director de su colegio le llamaba la atención en su despacho.

—Tienes razón y te lo agradezco; fue una noche de esas —logró decir mientras cruzábamos la puerta de seguridad—. Por cierto, en mi cajón tengo un fax para ti desde hace días.

—¿Un fax?

—Es una respuesta del padrón municipal, el domicilio de un tipo. Espero que no te sepa mal, pero me permití husmear en Google quién era.

Me había olvidado completamente de la petición que había hecho días atrás respecto al domicilio de la persona que chateaba con mi suegra. Acompañé a Zambrano hasta la oficina de denuncias, aquel lugar que veía tan lejano y al que sin embargo nadie me había dicho que no tuviera que regresar. Mi compañero me entregó el fax y las anotaciones que él mismo había incorporado. Se trataba de Eugenio del Amo de Cerro, un eminente neurólogo que había decidido regresar a su ciudad natal. Consulté en internet más datos acerca del neurólogo y hallé un número de teléfono. Llamé sin pensármelo dos veces y una voz grave y sosegada me invitó a que dejara un mensaje. Me identifiqué como policía, le facilité mi móvil y le rogué que me aclarara qué relación tenía con Amparo Parra. El hecho de haber eliminado las sospechas que había hecho recaer sobre mi suegra me permitía fijarme en aquello que mi enturbiada mirada no había reparado hasta entonces. Agradecí a Zambrano su gestión con una palmada en la espalda y esperé en la sala de *breafing* a que llegaran mis compañeros.

—¡Qué madrugadora! —exclamó Roberto, recién afeitado y dejando un fuerte rastro de Esencia de Loewe, incrustada en su piel y en mi memoria.

—No he dormido muy bien —dejé caer sin añadir más detalles—. ¿Alguna

novedad?

—Según la última comunicación de Garrido hace diez minutos, ninguna —respondió Álvaro.

Sonaron un par de golpes en la puerta y al instante asomó la cabeza de Zambrano.

—A sus órdenes, jefe, con su permiso —saludó Zambrano a Roberto. Este asintió—. Una tal Lola Luna recibió una citación policial para que se pasara hoy por comisaría. La orden lleva el número del carné profesional de María.

Álvaro cazó mi mirada y al instante desvió la suya, tratando de que Roberto no descubriera en qué habíamos invertido el tiempo durante nuestra principal investigación. Mis neuronas se habían concentrado en solucionar el caso Faith y se habían olvidado de la citación policial que dejé en el buzón de Lola el mismo día que descubrimos su verdadera profesión.

—¿Te importa si...? —me dirigí a Roberto.

—Tienes diez minutos. A las ocho y media he citado a Sánchez y a toda la Judicial. —Consultó el móvil—. Galván ya está en camino.

Un minuto después había sacado dos cafés con leche de la máquina y me encontraba sentada cara a cara frente a Lola.

—¿Te referías a este tipo de invitación cuando me dijiste que me debías una? —preguntó, arrancándome una sonrisa efímera—. Pensé que me citabais por la agresión sexual de mi amiga.

—Amiga y compañera de trabajo —apunté.

Lola echó la cabeza hacia atrás, miró un segundo el techo, suspiró y me miró fijamente. Se mordía el labio inferior, signo irrefutable de que estaba dispuesta a hablar.

—¿Qué quieres saber? —preguntó.

—Llevo muy mal que me engañen las personas a las que quiero.

—Y yo que me juzguen.

—No te juzgo.

—Lo harás.

—Lola, has sido mi apoyo durante mucho tiempo. Solo quiero hablar tranquilamente y saber si puedo ayudarte en algo.

—Estoy bien, María. —Su semblante no contradecía sus palabras—. Entiendo que por las cosas que ves en la calle tengas una idea preconcebida, pero esto es muy distinto.

—¿Qué es lo distinto?

—Que me gusta lo que hago.

Aparté el café de la mesa por miedo a que de un manotazo lo hiciera saltar por los aires.

—Me mientes.

—No te miento —replicó, alzando la voz. Le ofendía más que la llamara mentirosa que prostituta—. Con dos o tres clientes a la semana me sobra, cobro

mucho, soy discreta y a mi hijo no le falta de nada. Te lo agradezco, María, pero no necesito tu ayuda.

—De momento.

—Lo que le ocurrió a mi amiga fue culpa suya. Mezclar cocaína con el trabajo termina pasándote factura. Yo no tomo nada, tengo treinta y cinco años, un pasado con turbulencias y la necesidad imperiosa de no pasar penurias.

La creí.

Consulté el reloj y Lola reparó en ello.

—Soy una *escort*, María, y de momento voy a seguir siéndolo.

Asumí aquellas palabras con cierta incompreensión, como si nos separaran tres generaciones.

—No vuelvas a mentirme, Lola.

—No era una mentira, era un secreto. —Sonrió—. La vida es muy sosa sin secretos. Todo el mundo tiene una caja repleta de ellos. ¿Qué me dices de ti?

Me incorporé de la silla y Lola me secundó, sosteniéndome la mirada y esperando mi respuesta. Estuve a punto de mentir cuando reparé en lo que acababa de exigirle a mi amiga.

—Digamos que he acumulado un secreto en esa caja que todos tenemos.

Ambas reímos a carcajadas, nos abrazamos estrechamente y nos despedimos con un par de besos y la promesa de seguir siendo más amigas que vecinas.

Fui la última en llegar a la reunión. Roberto me fulminó con la mirada y, tras consultar el reloj, Sánchez volteó un dedo para indicarme que ya hablaríamos. Tomé asiento junto a Álvaro y mientras Roberto arrancaba agradeciendo a todos los presentes su presencia, saludé a Galván con una sonrisa que fue devuelta. Su carácter humilde no le permitía acomodarse en las primeras filas y había optado por sentarse en un ángulo alejado.

—Seré breve —dijo Roberto—. Como todos sabrán, se han cometido cuatro asesinatos en la isla en un período de catorce días. Todos ellos han sido ejecutados por la misma persona. En la operación Faith, la asesina ha incurrido en una serie de errores que nos han llevado finalmente a su identificación. —Roberto omitió mencionar su intuición, la veterana mirada de un caimán con colmillos retorcidos que le empujó a sospechar de quien nadie sospechaba—. No les voy a dar detalles concretos, no tenemos tiempo para ello. —Sánchez carraspeó, molesto por el comentario—. Sin embargo, sí que les voy a dar toda la información que precisen para evitar cualquier riesgo. Antes que nada quería agradecer el esfuerzo que han hecho todos los integrantes de esta comisaría. Puede que al principio se cometieran algunos errores, pero finalmente los aciertos han sido más, y con eso me quedo. También agradezco la dedicación de algunos de ustedes, que hoy todavía no se han acostado —dijo mirando a Garrido—. Por ello quiero ser breve, para que puedan

descansar algo y estén de nuevo aquí a las quince horas. Una pieza clave para la resolución de este caso ha sido el profesor de universidad Paco Galván, un *profiler*, o perfilador criminal si lo prefieren. Paco, por favor, acércate aquí e infórmanos sobre nuestro objetivo.

—¿En Madrid ya están al corriente de que incluyes personal ajeno en las investigaciones? —interrumpió Sánchez.

Ante esta pregunta Galván se detuvo a medio camino y esperó una réplica por parte de Roberto.

—Ahora que lo dices... —Roberto fingió exageradamente su gesto, abriendo la boca y apoyando la palma de la mano sobre la frente—. Será mejor que les llames y les informes de mis extravagancias. Eso sí, mientras lo haces voy a seguir trabajando, si no te importa.

Sánchez enrojeció de tal modo que en algunas de las filas se abrió la puja «ictus sí, ictus no», con clara ventaja del «no».

Mi maestro se acercó tímidamente hasta la posición central que ocupaba Roberto, a quien estrechó la mano antes de ocupar su sitio. Galván se colocó sus gafas, depositó sobre la mesa varios folios y carraspeó. Aunque tenía mejor aspecto que la última vez que lo vi, la tristeza insistía en acompañarle.

—Hoy van a detener ustedes a una psicópata asesina en serie a la que todos conocen —empezó. Conservaba esa habilidad de robar la atención desde el mismo instante en que abría la boca—. Les adelanto que su verdadero nombre es Blanca Pachés Badenes, y no el que ustedes saben. En cuanto vean su fotografía ya sabrán su edad, su físico y quizás algunos detalles que yo ahora mismo desconozco. Lo que no saben es que tuvo una infancia dura. Se crio sin madre desde los cinco años y vivió junto a su padre, un estibador portuario jubilado por continuas depresiones con tendencias paranoicas, que la agredió sexualmente durante años. Sabemos que el hombre terminó suicidándose hace apenas un año y ese episodio, aunque nos parezca inverosímil, desencadenó en ella el irresistible impulso de matar, de llevar a cabo las fantasías que hasta la fecha había imaginado. He consultado en bases de datos judiciales y he encontrado algunas denuncias de un familiar en las que ponía en conocimiento de la fiscalía de Castellón, ciudad en la que nació nuestro objetivo, las presuntas agresiones sexuales a la hija. Jamás se le pudo detener; en aquella época los métodos de análisis científico no estaban al nivel de los actuales. A día de hoy nuestro objetivo no tiene familia, pese a que finge tenerla, probablemente posee una inteligencia superior a la media, y es violenta únicamente a solas con sus víctimas desvalidas. Cuando la detengan puede llevar encima algunos de los efectos que suele dejar como firma particular en los escenarios de sus fechorías. Es manipuladora, mentirosa y se maneja mal cuando se siente acorralada. Creo que si no se lo impedimos, en breve abandonará la isla, logrará otra identidad y dejará que transcurra suficiente tiempo para proseguir con su misión: eliminar con sus propias manos a los seres débiles y depresivos que cualquier día, basándose en su propia experiencia,

pueden llegar a causar mal a un menor. Probablemente ella cree que hace el bien y considera que con sus actos está evitando que otro menor pase por lo que ella tuvo que pasar. Les he preparado un expediente individual con más información. El inspector jefe Roberto Rial ha añadido un plano del domicilio del objetivo y del lugar en el que ustedes tienen que establecer la vigilancia.

Roberto reclamó a Álvaro con la mirada, le entregó las carpetas que Galván había traído y le pidió que las repartiera.

—Es muy importante que los investigadores no la presionen cuando la detengan —señaló Galván—. Dejen que hagamos uso de todas nuestras herramientas en el interrogatorio que realicemos en comisaría. Este tipo de mentes son como un molusco: si se cierran no hay nada que hacer, y que yo sepa nuestras leyes no nos autorizan a sumergir a este tipo de criminales en agua hirviendo. —Arrancó unas risas en las caras de expectación—. Aunque estamos en posesión de mucha teoría sobre este tipo de mentes, casi nunca conseguimos responder muchas de las preguntas.

Un murmullo estalló en la sala cuando los primeros compañeros comprobaron quién era el objetivo. El hecho de pensar que la dueña de aquella mente enferma les había sonreído a diario, les había preguntado por sus familias o incluso ellos mismos le habían confesado sus odios hacia sus superiores los dejó paralizados. Roberto comprobó con satisfacción que durante las últimas veinticuatro horas Sánchez y Garrido habían sido discretos. Los rostros consternados del resto de compañeros acreditaban el cumplimiento de la exigida cautela.

—Solo un minuto, por favor —dijo Roberto, reclamando silencio—. Nuestro objetivo cayó ayer en nuestras redes. Esta tarde tiene una cita en el número veinticuatro de la calle Alaior de Ciudadela.

—¿Una cita? —preguntó el policía más joven de la Judicial.

—Así es. Ha quedado para merendar con Enriqueta, una sexagenaria solitaria creada por nosotros mismos en el foro de internet donde la asesina suele cazar a sus víctimas. —Busqué con la mirada a Álvaro y le guiñé un ojo—. Enriqueta es la mujer a la que jamás logrará matar. Hoy todos somos Enriqueta.

Lunes, 23 de septiembre, 17.00

Roberto cubrió todas las posibilidades que su retorcida mente había previsto. Un vehículo sin distintivos policiales con el indicativo K-3 esperaba en las inmediaciones del domicilio del objetivo. Ese mismo vehículo contaba con el apoyo de una motocicleta, el K-4, por si el objetivo decidía bajarse del autobús antes de llegar a su destino. En la estación de autobuses de Ciudadela había comisionado a cuatro policías de paisano, dos hombres y dos mujeres, que, ataviados con bermudas, gorras y mapas de la ciudad respondían al indicativo K-2. Por último, el indicativo K-1 estaba integrado por Roberto, Álvaro, Garrido y una servidora. Mi jefe me recriminó al oído haber elegido aquel lugar. Se trataba de una calle peatonal en la que no podíamos estacionar un vehículo sin que llamáramos la atención. Antes de que le respondiera, sonrió. Decidimos esperar en el interior del restaurante Can Lluís. Estábamos dando buena cuenta de nuestro segundo café y una coca casera que el propietario había tenido a bien obsequiarnos, cuando el indicativo K-3 informó de que el objetivo había subido al autobús previsto y se dirigía hacia Ciudadela.

—A menudo las cosas salen mejor de lo que uno espera —dijo Garrido.

—Ha habido cuatro mujeres muertas —lamentó Roberto.

—Somos pocos, jefe —replicó Garrido—; no podemos erradicar toda la maldad.

—Somos menos de los que piensas, pero si de veras crees eso que dices, dedícate a otra cosa —sentenció Roberto, tras lo cual apuró su café.

La discusión filosófica se prolongó hasta que el indicativo K-2 intervino con un nuevo comunicado para confirmarnos que el objetivo había descendido del autobús de línea. Procedían a su seguimiento a pie y en veinte minutos, si no había cambio alguno, asomarían por la calle Alaior. El objetivo llevaba un bolso de grandes dimensiones, iba vestida con unos vaqueros, una camisa amplia de lino y calzaba unas abarcas. Seguramente del número treinta y seis, pensé.

Antes de lo previsto la vi enfilarse por la calle. Roberto había decidido que fuera yo quien le saliera al paso. Su semblante se demudó en cuanto nuestras miradas se cruzaron.

—María —balbuceó.

Consuelo escrutó mi mirada; la suya ya no era serena y en ella pude distinguir la ira contenida.

—¿De paseo? —preguntó, insistiendo en su disimulo, tan atenta a mis movimientos y palabras que no logró descubrir la más de media docena de ojos que la estaban acechando a escasos metros.

—¿Para qué todo esto, Consuelo? ¿O tal vez debería llamarte Daniela Montes

Monroy? La *coach* que inducía al suicidio por todo el país. ¿O mejor Blanca? — Consuelo empalideció y se vio obligada a apoyarse en una fachada. Distinguí a Roberto y vi que se disponía a intervenir, pero con un gesto de la mano le pedí que esperara—. ¿Qué has hecho, Blanca?

Fue entonces cuando Consuelo advirtió la presencia del dispositivo policial que ocupaba la calle. Vencida y sin energía para enfrentarse a mí se dejó caer al suelo en posición fetal y negó impulsivamente con la cabeza.

—No lo sé, no lo sé...

Esas fueron las únicas palabras que Blanca Pachés Badenes pronunció poco antes de que procediéramos a su detención. Como en otras ocasiones, nuestro monstruo se había encogido en el desenlace final hasta quedar reducida a un ser vulnerable, quebradizo ante lo inesperado. De algún modo se había convertido en cada una de las víctimas cuya vida había arrebatado. Toda su violencia, su odio y su prepotencia se habían volatilizado. No era la primera vez que presenciaba cómo alguien de esa calaña quedaba convertido en un guiñapo. Laura me ayudó a incorporarla, la empujamos contra la pared y la esposamos. Concluí que para hacer mal no se requieren grandes dotes, ni siquiera una presencia sobrecogedora. Matar no tiene ningún mérito. En el interior del bolso de Blanca Pachés Badenes hallamos un frasco de viaje de colutorio, los habituales guantes de plástico que utilizaba en comisaría, un cedé grabable y un sobre de azúcar, cuya cita impresa rezaba: «“El niño conoce instintivamente a su amigo y a su enemigo.” Walter Scott.» En ese momento lamenté no haber sido durante todos aquellos días la niña que una vez fui.

Lunes, 23 de septiembre, 21.00

El interrogatorio de Blanca Pachés terminó antes de lo esperado. Una amnesia fingida y habitual entre los de su especie le impidió recordar absolutamente nada. Curiosamente, en uno de los silencios que aplicó Roberto, ella terminó por afirmar que si había hecho algo malo que no alcanzara a recordar, pedía perdón a la familia de las víctimas. Todo ello sazonado con unas lágrimas de cocodrilo contra las que ya estábamos vacunados. Nos intrigaba el porqué de sus tarjetas de visita en cada una de las escenas del crimen, el porqué del enjuague bucal vertido con saña en la boca de las víctimas y, sobre todo, a fin de ahorrar horas de investigación, el número de suicidios inducidos que habría consumado sin mancharse las manos.

Álvaro pasaba con el dedo una y otra vez las fotografías de las víctimas que la asesina conservaba en su teléfono móvil.

—Estas fotos tienen algo inquietante.

—No es lo que tienen —respondió Roberto—, es el hecho de que sepas quién es la autora de las fotos y el momento en que las tomó.

—Sea lo que sea, me provocan un escalofrío —confesó Álvaro.

—¿Alguna de ellas aparece con el rostro cubierto por una toalla? —preguntó Galván.

Mi compañero negó con la cabeza.

—Nos engañó —concluyó Galván—. Les cubrió el rostro para hacernos creer que tenía una estrecha relación con ellas. A nuestra asesina le importaban un carajo esas mujeres, no sentía nada, ni siquiera un ápice de vergüenza. Por eso no dudó en hacer su particular reportaje fotográfico sin cubrir el rostro de cada una de ellas. De hecho disfrutó coleccionando esas miradas vacías causadas por sus propias manos. Deberíais incorporar este dato en el atestado, para abundar más en su psicopatía.

—Así lo haremos —corroboró Roberto.

—Nunca conseguimos saber toda la verdad —concluyó Galván con el semblante derrotado—. Siempre queremos obtener respuestas, encontrar alguna lógica que haga comprensibles las muertes.

Galván regresó a su casa cabizbajo, con las vacuas respuestas de siempre y apesadumbrado ante el inminente primer cumpleaños de Rocío sin Rocío.

Propuse a Roberto que saliéramos de la comisaría y fuéramos a dar un paseo bordeando el puerto de Ciudadela. El guiño de una luna menguante y pálida anunciaba que la isla podría tomarse un respiro en las noches venideras.

—Una menos —sentenció Roberto con las manos en los bolsillos, arrastrando los pies. Imité su modo de andar, tal vez en un intento de frenar el curso del tiempo.

—¿Qué te hizo sospechar de ella? —pregunté.

—Mi abuelo era de Vinaroz. Murió hace muchos años, pero todavía recuerdo expresiones propias de Castellón. De hecho mi madre también las empleaba.

—¿Qué expresiones?

—¿Recuerdas el «mone» al que aludió Beatriz Bravo, la última víctima?

Traté de evocar la voz de la señora Carmen, y sí, esa expresión era muy propia de ella. ¿Cómo se me había pasado?

—A Consuelo se le escapó en un par de ocasiones.

—¿Solo por eso ya sospechaste que era ella?

—En la charla que mantuve con Yagüe, el administrador de We-Coach-U, me dijo que a juzgar por su acento la tal Daniela podía ser catalana. Ya sabes que quienes no están acostumbrados, a menudo confunden el acento catalán y el valenciano. Para mí el detonante fue la indiferencia con la que habló sobre las mujeres asesinadas la vez que la llevamos en coche.

—Yo no lo recuerdo así, simplemente estaba cabreada con el sistema.

—No, María. Cosificó a las víctimas. Desde aquel día me puse en guardia. Comprobé que calzaba un treinta y seis, que era zurda y que manipulaba a sus compañeras de trabajo. Además, tal como advirtió Galván cuando hizo el perfil, de vez en cuando Consuelo hacía alarde de una humildad artificial.

—Siempre te fijas en todos los detalles —reconocí con admiración.

—En los detalles reside la verdad.

Nos quedamos callados.

—No olvidemos que Álvaro halló la IP de conexión a internet y con ella el domicilio.

—Álvaro tiene madera —comenté—. Aun así, Galván tiene razón: nos faltan muchos porqués.

—La vida, como nosotros, también se acoge al derecho de guardar silencio, María.

Roberto detuvo su paso sin dejar de mirarme a los ojos.

Una pequeña embarcación se hacía a la mar, sin miedo a la oscuridad, sin miedo a ser engullida por cualquier arrebato de la naturaleza. Se hacía a la mar porque ese era su hábitat, no había sido construida para pasarse la vida amarrada a un puerto.

—Supongo que yo no tengo los mismos derechos que tiene la detenida a guardar silencio —lamenté.

Roberto me engullía con su mirada ávida de respuestas.

—Supones bien.

Le cogí la mano, reemprendimos la marcha y sonó el arcaico *ring* de mi móvil. Hay vidas que podrían resumirse en un solo hecho. A veces ese suceso dura un segundo, en otras ocasiones se prolonga algo más. Podría decir que aquella llamada cambió definitivamente el destino de mi vida. La voz grave del neurólogo Eugenio del Amo de Cerro me preguntó si podía atenderle. Accedí con el corazón desbocado.

—¿Puede decirme por qué están investigando a Amparo, agente?

—No la investigo, es mi suegra.

Roberto tensó su cuerpo y se distanció de mí unos metros sin dejar de mirarme, aunque de un modo muy distinto al que venía haciendo.

—Nos criamos en el mismo barrio —me explicó el neurólogo—. Pese a que hace dos años decidí jubilarme, no pude negarle mi ayuda cuando se presentó en mi casa con los resultados médicos. —Del Amo esperó un instante, ante mi silencio, suspiró—. No sabe de qué le hablo.

—No.

—Amparo sufre de esclerosis lateral amiotrófica, o lo que es lo mismo, ELA.

—Por su tono es algo grave.

—Una de las enfermedades degenerativas más crueles que he tenido que afrontar a lo largo de mi carrera. Los síntomas varían, pero suele iniciarse con debilidad muscular, dolor de extremidades, problemas al respirar, al hablar... En ocasiones el mero diagnóstico puede provocar cuadros depresivos.

Eso lo explicaba todo, me dije. Sus constantes quejas, la dificultad de ciertos movimientos y ese olor mentolado que ofrecen algunas pomadas analgésicas y que yo confundí, obcecada en mis pensamientos, con un enjuague bucal. Alguien que recibe una condena de este tipo también necesita salir y exprimir sus últimas oportunidades de sentirse viva. El inexplicable tesón de Amparo por conocer a hombres se debía a su secreta cuenta atrás.

De repente me sentí como Wei, la protagonista del cuento chino que temía por la vida de su suegra.

—¿Qué podemos esperar? —pregunté con la voz rota.

—Sería un milagro que siguiera viva dentro de un año.

El neurólogo intuyó mi llanto.

—Lo siento mucho —dijo a modo de despedida antes de colgar.

Devolví el móvil al interior de mi bolsillo y me sequé las lágrimas. Roberto acortó la distancia que nos separaba y me alzó el mentón.

—¿Amparo? —preguntó temeroso.

—¿A qué esperabas para contármelo?

—Le di mi palabra.

—¿Por qué tanta insistencia en joderme la vida?

Roberto me acarició el pelo.

—Amparo no quiere ser una carga, María. Me dijo que si llegabas a odiarla, te opondrías a tenerla en casa. Confiaba en que fueras tú la que convenciera a su hijo de tenerla en algún lugar habilitado para ello.

Sentía rabia y tristeza. De pronto quise marcharme de aquel lugar, pero no sabía adónde ir. Mis piernas estaban confundidas ante las extrañas órdenes que mi cabeza emitía.

—¿Qué ocurre, María?

—Que la vida se ha cansado de esperarme y acaba de decidir por mí.

*Lunes, 24 de septiembre.
Cala Murta, Mahón, 18.00*

Un cielo encapotado plantaba cara al alborotado mar que abrazaba la Cala Murta. La naturaleza se mostraba enojada por la pérdida de Rocío y se solidarizaba con las emociones de mi maestro. La ceremonia resultó ser tal y como Galván deseaba: rápida, sencilla y teniéndonos a mí y a Roberto por única compañía. Galván se tomó su tiempo para elegir la ola en la que esparcir las cenizas de su mujer. Al cabo, una ola fragorosa y llena de energía, como había sido Rocío, acogió entre su espuma y la posidonia los últimos restos de quien quiso reposar en ese retiro de pescadores. Roberto y yo le esperábamos sentados, con la espalda apoyada en los tradicionales *llaüts*, espectadores taciturnos de aquella escena conmovedora.

—Rocío se ha ido —logró decir Galván entre sollozos—. Creo que con su muerte ya ha empezado la mía.

—No digas eso —le pedí.

Se dejó caer a mi lado y me apoyé en su hombro. Me abrazó tembloroso y comprendí que nos habíamos convertido en tres almas a la deriva.

—¿Habéis terminado? —preguntó Galván, y nos encallamos en aquella pregunta—. El atestado, me refiero.

—Finiquitado —respondió Roberto.

Roberto y yo nos miramos. Decidimos que Galván llevara las riendas del momento.

—¿Sabéis qué decía Rocío sobre los psicópatas? —Negamos en silencio—. ¿A qué os recuerda la conducta de la asesina que detuvisteis ayer? Me refiero a qué os recuerda su nula empatía emocional, su narcisismo, su falta de valores y de metas, el que no le guste trabajar, su infelicidad, el modo en el que manipula a cuantos la rodean, su incapacidad para querer, su arrogancia, el hecho de no aceptar las críticas ni más opciones que las suyas, el creerse superior, el querer imponer sus ideas...

—Estás enumerando los rasgos que definen la psicopatía —dije.

—Efectivamente —corroboró Galván—. Rocío leyó estos rasgos y concluyó que vivimos en una sociedad psicópata.

Roberto esbozó algo parecido a una triste sonrisa.

—Rocío sabía muy bien lo que se decía —añadí.

—En fin, tal vez ya es hora de que entierre a todos esos monstruos y me dedique a pescar —dijo Galván, como pensando en voz alta—. Por cierto, Roberto, ¿cuándo regresas a Madrid?

No pude evitarlo. Tensé el cuello ligeramente y con él mi cuerpo entero. Galván

captó el gesto y habló de nuevo antes de que Roberto respondiera.

—Mejor me voy. —Señaló con un dedo hacia aquella maravilla protegida por muros de cal y con vistas a la vida—. Quiero entrar a solas. Va a ser la primera vez que cruce esa puerta sin la presencia de mi Rocío.

Se alzó con gesto abatido.

—Allí dentro os espera un amigo y una botella de vino.

Roberto agradeció sus palabras, esperó a que Galván se marchara y entonces entornó los ojos sin dejar de mirarme.

—¿Sabes que hubo un tiempo en que le odié? —dije.

—¿A Galván? —preguntó Roberto, extrañado.

—Me dolió que no viniera a mi boda.

Roberto lanzó una piedra al mar. Solo botó una vez.

—No pudo asistir. La ceremonia coincidió con el entierro de mi madre.

Me quedé helada.

—¿Por qué no me lo dijo?

—Apuesto a que no se lo preguntaste.

Todo sale a flote, no importa lo mal que una lo haga ni el tiempo que haya transcurrido. Todo sale a flote.

—¿Por qué nunca se marcha el pasado? —me lamenté.

—Tal vez porque llamas pasado a lo que es presente.

Resoplé.

—No puedo abandonarle ahora —confesé sin demasiados preámbulos. Ambos sabíamos a quién me refería.

—¿Y cuándo crees que podrás? ¿Cuando la enfermedad termine con tu suegra? ¿Cuando te perdonen? —soltó Roberto, iracundo—. ¿Un mes después de su entierro?

—Ya basta, Roberto...

—¿Cuando tu hijo necesite que sus padres estén juntos? ¿Cuándo, María, cuándo?

Bajé la mirada. La tramontana empezaba a hacerse notar y mi cuerpo parecía haberse contagiado del temblor de Galván.

—Sé que Bruno no es quien finge ser.

—¿Qué quieres decir?

—Que Rocío tenía razón. Somos una sociedad psicópata, Roberto. Unos pocos matan. Los demás son infieles, delincuentes de guante blanco, políticos corruptos ansiosos de poder, policías que manipulan a víctimas y a todo ser viviente a cambio de trincar al asesino... Bruno no es una excepción, pero también sé que me quiere.

—¿Y tú a quién quieres? —Roberto disparó con la misma munición que había utilizado yo poco antes de poner fin a nuestra historia en Barcelona. En aquella ocasión él no respondió.

Le sonó el móvil, miró enojado hacia la pantalla y presionó un botón para silenciarlo.

—Álvaro —dijo—. Anda nervioso por saber a qué hora llegaremos mañana a

Madrid.

Sonreí un instante.

Roberto hizo el ademán de volver a preguntar lo que ya había preguntado, pero le sellé los labios colocando un dedo sobre ellos.

—Sí, Roberto, todavía te quiero.

Él encajó mi respuesta como si se tratara de un gancho directo a la mandíbula. Se estrujó el pelo cortado a cepillo, cerró los ojos un instante y suspiró.

—¿Qué he dicho ahora para que te pongas así? —quise saber.

—Hay palabras que nos condenan, María —dijo con aflicción—. Si me quieres «todavía», entonces me quieres menos.

—Eres un radical.

—Blanco o negro, María, sin grises. Lo contrario no funciona.

Roberto se incorporó con gestos enérgicos y cierta incomodidad.

Algo en mí necesitaba prolongar ese instante que jamás iba a volver. Me lancé sobre él y estuvimos abrazados un tiempo indeterminado. Jamás olvidaré a qué huele la Esencia de Loewe si la condimentas con salitre marino.

—Dicen que los abrazos que duran más de diez olas son peligrosos —me advirtió.

Grabé su mirada azul en mi memoria, con todo detalle.

Nos cogimos de la mano y emprendimos el camino hacia la botella de vino que Galván nos había ofrecido. Roberto Rial fue la oferta sentimental más inquietante que recibí en mi vida. Uno de esos tipos que convierten el amor en zozobra.

Agradecimientos

A los integrantes de la Policía Científica y del Grupo de Investigación Tecnológica de la Comisaría Provincial de Castellón, en especial, a Vicent, Ángel y David, por ilustrarme en víctimas fallecidas por ahorcamiento, y todo lo relativo al instrumental con el que operan a diario. A Zapi, Rober, José, Ángel y Sergio, por soportar mis paranoias durante el proceso de creación de esta novela. A Toni Pérez Moreno, subinspector de policía y *profiler*, por su indispensable aportación en todo lo que se refiere a perfiles criminales. A Jordi Abenoza, por su apoyo en mis novelas desde el primer día. A Xavi Ruiz, también conocido como Hubman, porque, sin él, Menorca hubiera tenido otra mirada. A Toni Rivas, por hablarme de la canción *No nos dejan ser niños* y alegrarse por cada nuevo proyecto que arranco. A Rosario Raro, escritora y doctora en Filología Hispánica, por estar desde el minuto cero y regalarme sus consejos. A mi agente editorial, Marta Sevilla; no es un tópico afirmar que sin ella esta novela no existiría. Y a mi editora, Rosa Moya, por ser para mí un pilar que desborda energía positiva y sabe muy bien por dónde pisa.

Y cómo no, a ti, que sostienes entre tus manos esta novela y me has dado un voto de confianza para poder colarme durante un «rato» en tu vida.

Notas

[1] Bebida popular de Menorca que se obtiene mezclando Gin Xoriguer con limonada.
(N. del A.) <<